

La última pieza de un puzle por montar

Otra historia de Jacobo Fernández

FELIPE CAÑO



LEIBROS
EDITORIAL



La última pieza de

un puzle por montar

T.L,

Felipe Caño

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Diciembre de 2019

Título Original: La última pieza de un puzle por montar

© Felipe Caño 2019

© 2019 Editorial Leibros

www.leibroseditorial.es

Ilustración Desiré: Javier de Inocencio

Diseño de Portada: Javier de Inocencio

Foto contraportada: Felipe Pérez Garre

Maquetación: M^a Belén Serrano Juárez

ISBN: 978-84-121185-6-8

Depósito Legal: M-37850-2019

Impreso por: DSIG

Impreso en España-Printed in Spain

La última pieza de

un puzle por montar

Capítulo I

Y heme aquí, en el despacho que tengo en la buhardilla de casa, con un montón de fotografías revueltas sobre la mesa. Unas en blanco y negro y otras en color, pero todas habiendo sufrido el deterioro natural de los años y del almacenaje en una caja de zapatos.

Es una pena la pérdida de nitidez sobre todo en las caras, pero la memoria restablece cada uno de los rostros de los allí presentes.

Ella aparece en pocas fotos, pero en todas noto cómo su rostro da signos de que por fin descansa en paz.

7

Capítulo II

Todo comenzó el jueves 21 de julio. Tras varias tentativas, por fin veía cumplido uno de mis sueños de adolescencia, comenzaba El Camino de Santiago.

En diferentes ocasiones había intentado realizarlo, pero siempre, por unas cosas o por otras, lo dejaba aparcado para “más adelante”. Y por fin, a mis cuarenta y cinco años, iba a emprender una aventura más propia de gente joven, iba a peregrinar a Santiago de Compostela tal y como lo habían hecho millones de personas desde el siglo IX.

Una vez tomada la decisión, tras dos meses preparándome físicamente e indagando en Internet todo lo que aparecía sobre el tema, comenzaba una aventura planificada para cinco días pero que en realidad no finalizaría hasta muchos meses después.

Ahí se iniciaba la andanza para mí, pero en verdad los hechos comenzaron días antes cuando me pasé por la Parroquia de Santiago y San Juan Bautista, muy cerca del Palacio Real de Madrid, con el fin de adquirir la Credencial del Peregrino, cartilla en la que hay que estampar cuantos más sellos sean posibles al paso por las iglesias, restaurantes, ayuntamientos... de las ciudades, pueblos, villas y aldeas del trayecto, y que sirve para que, una vez en Santiago, el 9

Deán de la Catedral te firme la Compostela, documento que acredita la gesta. Allí una joven y simpática periodista seguida de un cámara, iba preguntando a los presentes su nombre, edad, el día que tenían previsto comenzar y desde que punto exactamente.

Mi primer error fue contestar a sus “amables preguntas”, y el segundo que se emitiese en un programa monográfico titulado “El Camino de Santiago en un año no Compostelano” en la 2 de TVE, cadena que nadie dice ver pero que en este caso no fue así, llegándose a ver hasta en Bruselas a través del Canal Internacional.

Mi pretensión era realizar El Camino como se venía haciendo siglos atrás, con una mochila, unos

bastones, una cantimplora y una concha del peregrino. Por falta de tiempo y exceso de trabajo, mi socio y amigo Nacho únicamente me había “concedido” un máxi-mo de cinco días para ausentarme de la oficina, para ausentarme e incomunicarme totalmente de la vida cotidiana, por lo que había decidido comenzar en la localidad de Sarria que dista ciento dieciséis kilómetros de Santiago y que cumple con la frontera de más de cien kilómetros de “peregrinación andando” para obtener la ansiada indulgencia plenaria y la Compostela que lo acredite.

Tenía calculado realizarlo en cuatro etapas y era por eso por lo que elegí salir el 21 de julio para concluir el 25, día del patrón de España, Santiago Matamoros, jornada de máximo esplendor en Galicia y por ende de El Camino. La parte bonita era esa y la menos bonita la masificación de peregrinos en una ciudad pequeña con la ocupación al 110% tanto en albergues como en hoteles. Pero esto ya lo vería al llegar.

10

La manera más rápida y directa de acceder a Sarria era por ferrocarril, saliendo de la estación de Madrid-Chamartín a las diez y media de la noche el 21 de Julio, llegando a las siete menos cinco de la mañana a ese pequeño pero bonito pueblo lucense por el que atraviesa el conocido Camino Francés que parte de Saint Jeant Pied de Port a setecientos setenta y cinco kilómetros de Santiago.

Esperanza mi mujer y mis hijos, Mabel y Carlitos, me acompa-

ñaron hasta la escalerilla del tren como si me fuese a perder; era la primera vez desde que tenían uso de razón que su padre les dejaba para emprender una aventura que, después no fue de cuatro días como estaba programada sino de muchos, muchos días más.

Esperanza no veía con buenos ojos mi marcha, pero tal era la ilusión que llevaba manteniendo años atrás en realizar la peregrinación, que no tuvo más remedio que ceder ante el despliegue de argumentos.

Mi intención era hacer El Camino en solitario, por lo que había renunciado en Madrid a proposiciones de amigos y familiares en acompañarme. Quería reorganizar mi vida después de unos meses muy duros tanto en el terreno laboral como en el personal. La cantidad de trabajo a punto estuvo de desbordarnos tras concesiones de obras de perforación y anclado en zonas portuarias del norte de la península y Canarias, estábamos en racha por lo que prácticamente habíamos tenido que duplicar nuestra plantilla con el trabajo que ello implica tanto en selección, formación y control.

Necesitaba tiempo para mí, tenía que poner en orden mi vida y nada mejor que El Camino de Santiago en el que únicamente debía 11

andar, pensar, comer, pensar, dormir y pensar, pensar..., o al menos eso creía yo.

A las diez y media de la noche partía en el TrenHotel Alvia 00751. La experiencia del coche-litera fue divertida y cansada, con mis años uno no está para dormir en una litera de menos de sesenta centímetros de ancha por uno con setenta y cinco de larga. La co-comodidad es relativa, qué duda cabe que mucho mejor que sentado en una rígida butaca, pero mucho peor que un auténtico coche-ca-ma de los Carlson Wagonlit de toda la vida.

El compartimiento disponía de cuatro literas de las que únicamente tres correspondían a peregrinos que partían del mismo destino que yo, Sarria.

Afortunadamente, el convoy disponía de coche-cafetería, todo un lujo pese a tener que esperar más de veinte minutos para que me tocara el turno y poder pedir un café con leche que me hiciera conciliar el sueño en mi diminuto catre.

Durante la espera llamó mi atención las pintas de las personas que ocupábamos los alrededores de la barra de la cafetería, para mí que prácticamente todos éramos aspirantes a peregrinos. El aspecto de los allí reunidos pasaba de gente con porte de ir a un día de pic-nic, a personas con mallas y camisetas de *running*..., pero de entre todas destacaba la de una mujer medianamente alta, con melena a media espalda, botas de media caña con apariencia de ser estrenadas ese día, pantalones camperos a media pantorrilla y camisa de cuadros, pero todo ello conjuntado, lo que le hacía más una modelo en su pasarela que una peregrina. Pese a su impecable estilismo, lo 12

que más me llamó la atención fue su cálida mirada de ojos color miel, que en nada me resultó extraña sino todo lo contrario. En la única vez que se cruzaron nuestras miradas hizo una mueca de medio saludo, motivo por el cual mi autoestima se vino arriba, daba la impresión que se había fijado en mí ante tal avalancha de gente en aquel coche-cafetería.

Con una puntualidad suiza, a las siete menos cinco de la ma-

ñana bajábamos al andén quince personas, mis dos compañeros de literas, la de melena castaña con de ojos de miel y once peregrinos que por sus caras se notaban que habían sido menos afortunados en lo que a descanso de la noche anterior se refiere. El sol, a punto de dejarse ver, daba un tono tenebroso a una estación formada únicamente por una coqueta cantina y un hall de estación, con ventanilla y despacho de jefe de estación compartidos por la misma persona.

La hacendosa señora que atendía en la cantina, mantenía el fogón de la cocina cargado de hogazas de pan tostándose para los quince bisoños peregrinos que llenábamos su establecimiento, e intentando que termináramos nuestro desayuno lo antes posible para no coincidir con otro convoy que llegaría media hora después procedente de Santander.

Una vez degustado las primeras viandas de Galicia y tras colocar los dos primeros sellos en la Credencial del Peregrino, el de la cantina y el que nos selló el Jefe de Estación, comenzamos nuestro peregrinar por estas enigmáticas tierras, y digo esto en plural ya que, aunque mi pretensión era hacer todas las etapas en la soledad de mis pensamientos, esta se vio truncada por la charla amena y 13

desenfadada de Emilio, también asombrado de haber comenzado a vivir “El Camino”. Emilio no parpadeaba para no perderse detalle del momento, y en él me veía reflejado.

Parecía un anacronismo, en pleno siglo XXI, en plena era de las comunicaciones unos “iluminados” comenzaban una singular experiencia donde, por decisión propia, iban a estar apartados del mundanal ruido de las noticias, sin radio ni televisión ni prensa, sin Internet..., solamente unidos al mundo por la llamada de rigor que todas las noches hacíamos a nuestras familias con el fin de relatarles lo bonito y cansado que iba siendo El Camino y a la vez tranquilizarles con que estábamos bien de salud.

Al inicio de la primera etapa programada hasta Gonzar, tras habernos presentado de forma “oficial” Emilio y yo, y con apenas media hora de camino, vimos, a la salida de una curva, a una persona sentada junto a una gran mochila roja en el medio de la vereda, con claros signos de enfado y con una bota en sus manos.

En ese momento creí que el destino había llamado a mi puerta por que aquella persona de la bota en las manos no era otra que la atractiva joven de ojos color miel del coche-cafetería. No hizo falta que nos habláramos Emilio y yo, para intentar “socorrer” a la compañera peregrina porque ambos paramos en seco y le preguntamos si le ocurría algo. No sé si como peregrinos con el fin de ayudar o como viejos galanes de películas de los años 80.

Desiré, como dijo llamarse, únicamente tenía una pequeña ampolla producida por el estreno de sus botas. La guía del “peregrino novato” insiste en su punto primero que no hay que estrenar nada

14

durante las etapas que comprenden la peregrinación, que todo tipo de ropa tiene que haber sido probado con anterioridad. No era nada grave, aunque si bastante molesto. Menos mal que Emilio nos sorprendió con unas tiritas que llevan unos productos que sirven para acelerar el proceso de cicatrización de la rozadura y posterior ampolla.

Esta sería la primera vez que me sorprendió Emilio, pero no la última ya que a lo largo de El Camino evidenció ser una persona con infinidad de recursos y soluciones.

Lo que pretendía ser una etapa en solitario en plan meditación, pasó a ser una marcha de tres “amigos” por lo bien que encajamos y relacionamos; Emilio no dejaba de contarnos anécdotas de sus veintiocho años de militar en compañías de acción inmediata, tanto en España como fuera, y Desiré mucho más reservada contando que vivía fuera de España, en Bruselas, que le hacía mucha ilusión completar El Camino, que sus últimos años de formación los había vivido en Canadá y que en El Camino buscaba encontrarse con su vida, «averiguar las piezas que a todo el mundo le faltan para montar el puzle de su historia». Esas fueron sus palabras textuales, a las que no hice caso en un principio ya que me pareció una pedantería propia de una joven de pocos años, veinticinco, que quería estar a la altura de la locuacidad de Emilio. Aun así, continuamos la marcha de forma individual pero arropada entre nosotros.

Dicen que nadie logra hacer El Camino solo y es una gran verdad, aunque quieras estar solo hay un montón de gente tras de ti, gente dispuesta a darte conversación, apoyo, ayuda y... lo que haga falta. En esos momentos se magnifican las frases solidarias y única-15

mente nos quedamos con la esencia positiva del ser humano. Es un hecho contrastado que solo se logra sentir cuando te encuentras...

en El Camino.

La primera etapa la terminamos en buena forma, con la fuerza que da la novedad y la ilusión del primer día pese a que había que sumar, a los treinta con cuatro kilómetros de la etapa, el cansancio de la noche anterior en la litera del TrenHotel. Habíamos llegado a la localidad de Gonzar poco antes de las cuatro y media de la tarde, algo más de siete horas nos había llevado llegar a ese diminuto pueblo compuesto por no más de quince casas de las cuales solo estaban

habitadas tres, dos de ellas reconvertidas en albergues de peregrinos. Durante el trayecto nos habíamos encontrado con un buen número de caminantes todos ellos con bastantes etapas en sus piernas, con un aspecto cansado y un tanto destartado.

A la reconfortante ducha estilo cuartel, por lo espartana de las instalaciones, se unió la cena con productos de la localidad, entre ellos los consabidos caldos (vinos) de la tierra, haciendo todo ello un bálsamo para la posterior dureza de las literas, el olor a pies y el concierto de viento producido por los ronquidos de las más de cincuenta personas que compartíamos albergue.

Esos minutos previos al sueño se nos soltó a todos un poco más la lengua y cada uno contó lo que quería que conociéramos de su vida, como si de un “fuego de campamento” se tratara. Gran parte del tiempo fue para Emilio, militar, anti-belicista, erudito..., un singular personaje que posteriormente demostraría ser, además de una gran persona, una inestimable ayuda para la consecución de las 16

últimas piezas del entramado puzle que terminaríamos por montar.

Desiré nos contó que trabajaba en una oficina del Ministerio de Asuntos Exteriores en Bruselas, en un proyecto de igualdad dentro de la Unión Europea, que su formación universitaria y de postgrado fue en un pequeño pueblo en Canadá, en Wolfville en Nova Scotia, y que de allí pasó a Bruselas sin hacer escala en España en lo que al tema laboral se refiere. Que se quedó huérfana muy joven y que sus abuelos maternos la habían educado como a una hija. Cuando llegó a mí el turno de presentaciones, apenas había tiempo para explicar que era un padre de familia con dos hijos, con una mujer a la que amaba, y socio de una empresa que se dedicaba a las perforaciones y anclaje de estructuras al terreno.

A las diez y media de la noche Morfeo comenzó a visitarnos y decidimos irnos cada uno a nuestra correspondiente litera antes de quedarnos dormidos sobre el pringoso mantel que cubría la mesa del comedor.

17

Capítulo III

Comenzamos la segunda etapa con energías renovadas, con la ilusión de jóvenes y de no tan jóvenes, ya que Desiré acababa de cumplir veinticinco, Emilio sobrepasaba el medio centenar y yo los cuarenta y cinco.

Eran las seis y media de la mañana, con los primeros rayos de sol y, con un café de máquina como desayuno, empezamos a andar hasta que una hora después vimos un pequeño bar en el que pudimos tomar un café de verdad y acompañarlo con algo sólido que nos ayudara a imprimir el mismo ritmo con el que concluimos el día anterior.

A media jornada, a la salida de Palas de Rei, nuestra marcha era ágil y amena, parecía como que nos conocíamos de hacía años, cuando la realidad era que cuarenta y ocho horas atrás, nada sabíamos de la existencia de los otros. Emilio se mostraba como una persona cercana con un *background* impresionante, con experiencias de todos los tamaños y colores. La portadora de la gran mochila roja se integraba y demostraba ser muy viva y rápida de reflejos.

Parecía imposible de pensar, el motivo por el que me había inmerso en semejante aventura no era otro que estar solo para re-plantear mi vida, necesitaba de la soledad para organizar mi futuro 19

próximo, y nada más lejos de mis previsiones, me encontraba a varios cientos de kilómetros de mi casa, con dos desconocidos que no cesaban de hablar durante la marcha y lo peor es que me encontraba a gusto y lo veía enriquecedor.

Las primeras horas de esta segunda etapa se desarrollaron de forma perfecta, compartiendo charlas, viandas y camino hasta que a la altura de Leboeiro a escasos cinco kilómetros de Melide, nuestro programado fin de etapa, notamos tanto Desiré como yo, que Emilio había dejado de involucrarse con sus jocosos comentarios en la conversación, a la vez que daba evidentes signos de cansancio, mostrando su sombrero un exceso de sudoración y un ligero temblor sus manos.

Busqué en la mirada de Desiré al cómplice de mi pregunta:

—¿Estás bien, Emilio? ¿Qué tal vas?

Recibiendo únicamente como respuesta un lacónico “bien”

acompañado de un leve movimiento de cabeza.

Con la excusa de que se me había metido una piedra en la bota, paramos unos minutos, dejando sobre el suelo nuestras pesadas mochilas, momento en el que vimos que la camiseta gris de Emilio estaba completamente empapada de sudor. Pasaban los minutos y este no se recuperaba de la fatiga que le había producido el último repecho del camino.

Y en un ataque de lucidez dijo en voz muy baja.

—Saca el *tester* del bolsillo derecho de mi mochila, por favor.

—¿Que saque qué?

—El *tester*, soy diabético y me está dando un bajón bastante fuerte.

20

Dicho esto, su cara pasó del color rojizo producido por el esfuerzo, al color pálido de la cera.

—Me parece que la medición me la vais a tener que hacer vosotros, no me encuentro bien, comienzo a marearme.

A la vez que pronunciaba las palabras, su sudoración aumentó de forma notable pudiéndose ver como en su frente perlada de gotas de sudor, estas comenzaban a surcar el rostro.

—Emilio, me vas a tener que decir cómo. Nunca antes he visto un aparato como este.

A lo que Desiré, tomando el *tester* de mis manos dijo:

—Yo sí sé cómo hacerlo, tú encárgate de que no se caiga, ayúdame a sentarse.

Y tomando la cabeza de nuestro compañero entre sus manos le preguntó:

—Emilio, ¿dónde guardas los sobres de azúcar o los caramelo-litos? Si eres diabético seguro que llevas algo de esto siempre a mano.

Y con un ligero asentir con la cabeza, haciendo un esfuerzo para sacar algo de su bolsillo del pantalón, nos mostró unos caramelos de menta y unos cilíndricos sobres de azúcar.

—No te tomes aun nada, antes hemos de saber en qué estado te encuentras.

Dicho lo cual, pinchó uno de sus dedos con algo parecido a un bolígrafo, saliendo una diminuta gota de sangre que tomó Desiré para introducirla en el *tester*.

Al ver la respuesta de este aparato exclamó: 21

—Tómame inmediatamente un sobre de azúcar, el aparato marca que tienes cincuenta por lo que estás en un estado hipoglucémico medio.

En el transcurso de los siguientes minutos la sangre fue volviendo al rostro de Emilio, comenzando a hilvanar frases que hacía unos instantes hubiesen sido prácticamente imposibles de pronunciar.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor, poco a poco parece que vuelve a mí la vida, es una situación muy desagradable, te encuentras despistado, lento de reflejos tanto físicos como psíquicos. En dos palabras “hecho una mierda”. Aunque con cincuenta no es necesario que me pinche ahora, lo haré cuando llegemos a Melide.

—¿A qué ha sido debido?

—Realmente no lo sé. Ha podido ser por falta de hidratación, alimentación insuficiente, cansancio..., a un cúmulo de casualidades.

Conversación que Desiré interrumpió con:

—Chicos, ahora que Emilio ya es consciente os diré que son las tres y veinte de la tarde y si seguís con la intención de pernoctar en Melide lo vamos a tener difícil si no reaccionamos ya. Emilio, no estás en condiciones de comenzar la marcha ahora y menos de forzar el paso por lo que si nos encontramos a poco más de cinco kilómetros, llegaríamos a Melide alrededor de las cinco y ya sabéis que llegando más tarde de las cuatro perdemos toda posibilidad de encontrar cama donde dormir.

Tanto Emilio como yo seguíamos con atención la charla que nos estaba dando.

—Propongo que, llegados a este punto, continúe yo la marcha sola e intente reservar estancia en alguno de los dos albergues que hay.

—Pero no se permiten las reservas, solo se admiten de forma presencial.

—Para un caso como este estoy segura que harán una excepción. Así que me adelanto, reservo y vuelvo en vuestra ayuda.

Parecía extraño que la cabeza más joven del grupo fuese la que estaba determinando la hoja de ruta para lo que restaba de etapa.

—Dame la mochila de Emilio y de esa forma podrás ayudarle mejor a caminar.

—¿Qué te has creído? ¿Superwoman? ¿Cómo vas a llevar dos mochilas si apenas puedes tú con la tuya?

—La mía abulta mucho pero no pesa tanto, ten en cuenta que más de la mitad son cremas, champús, sales de baño..., es que yo no voy a ninguna parte sin ellos.

—Me encuentro mejor, puedo caminar solo.

—Pues entonces lo haremos de la siguiente forma: Emilio, caminarás a mi lado comentándome en todo momento como te encuentras. Desiré, tú marcha hacia Melide y reserva tres camas. No lo tendrás fácil, pero confío en tus dotes persuasorias. Y yo cargo con las dos mochilas. Tened en cuenta que únicamente faltan cinco kilómetros para llegar.

A lo que Desiré aceptando con un ligero movimiento de cabeza dijo:

—Desconocía tus dotes de mando, pero como diría un romano:

«tu fama te precede».

—Tendremos tiempo de discutir sobre eso. Marcha ya para Melide.

Y sin mediar palabra, cada uno sabedor de su cometido en ese momento, comenzamos a ejecutar las órdenes impartidas.

Emilio se comportó mejor de lo que esperaba, superando el cansancio y la fatiga que mostraba su cara con los frutos secos que nos quedaban e hidratándose con toda el agua disponible.

En una de las innumerables paradas que realizamos, cuando nos encontrábamos según mis cálculos a un kilómetro y medio de Melide, viendo ya los para-rayos del campanario de la iglesia, con el calor haciendo mella en mí, unido a la tensión de controlar los gestos y expresiones de Emilio y los once kilos que debía pesar su mochila, apareció acercándose por el camino una fina figura a paso firme.

No me podía haber imaginado un par de horas antes, que ver a Desiré me iba a producir tal grado de euforia.

Euforia que llegó a su máximo nivel en el momento en que me quité las dos mochilas de la espalda.

Mis fuerzas estaban en la “reserva”. En mis cálculos había tenido en cuenta el esfuerzo físico y psíquico, pero no el calor, ese calor producido por el sol de justicia, que, por la hora, se había situado sobre nuestras cabezas.

La última media hora de la etapa parecía que los estaba haciendo medio flotando al tener que cargar únicamente con mi mochila ya que Desiré tomó la de Emilio, cosa que la agradecí enormemente.

24

Había conseguido la última litera libre de los albergues y un par de camas en un hostel cercano. La muchacha había demostrado que, pese a su juventud, disponía de talento e ingenio para conseguir lo que se había propuesto y no era otra cosa que poder pernoctar los tres en Melide.

Dejamos ya instalado en su litera a nuestro compañero en el

“Albergue de Peregrinos Melide”.

Y tras despedirnos del “aun algo” disminuido Emilio, tomamos rumbo al anhelado hostel no sin antes haber quedado que a las nueve pasaríamos a recogerle para ir a cenar a la pulpería más famosa de la localidad e incluso de El Camino, Casa Ezequiel.

Eran las cinco y media y pensamos que, antes de ducharnos y relajarnos, sería conveniente comiéramos algo, aunque fuese un simple plato combinado; dicho y hecho, a las seis y cuarto entrábamos en la recepción de la pensión Berenguela momento que Desiré aprovechó para soltarme:

—Vamos a tener que darnos prisa con las duchas, en algo más de dos horas y media hemos quedado con Emilio. ¿Te duchas tú primero y luego lo hago yo?

A lo que exclamé:

—¿En pleno siglo XXI todavía comparten baño las habitaciones!

—No cada habitación tiene su baño.

—¿Entonces?

—Te dije que había conseguido camas para los tres, a Emilio una litera en el albergue y para ti y para mí dos camas solo que en la misma habitación.

25

Y al ver mi cara de asombro, inmediatamente soltó:

—Una habitación, un baño, dos camas y las ideas muy claras de que no haremos nada que no queramos los dos o podamos arrepentirnos después.

Yo hasta entonces presumía que pocas cosas me podían sorprender a mis cuarenta y cinco años, pero en esta ocasión no fue así.

Entré en la habitación después de Desiré, como si de un peque-

ño ternero se tratase, callado, sumido en un sinfín de pensamientos raros que concluían en que iba a compartir fonda con una muchacha bella, de figura espectacular, al parecer muy liberal..., y de la que podía, por edad, ser su padre.

Llegamos al acuerdo que yo pasase primero en el turno de ducha, pero con la condición de que me diera prisa para que Desiré dispusiese de más tiempo en los que utilizar todos los potingues que previamente había sacado de su mochila roja y colocado sobre el amplio lavamanos. Parecía mentira que hubiese sitio para su ropa en aquella mochila por la cantidad de frascos que transportaba.

Obediente de mí hice caso y media hora después me encontraba fuera del baño, refugiado alrededor de una gran toalla, arrastrando los pies al caminar tras la sensación de relajación mayúscula que había experimentado bajo el agua caliente, muy caliente.

—¿Qué tal te encuentras?, pareces otro.

—Sí, necesitaba la ducha, me encuentro relajado, aunque muy cansado por todo lo acontecido hoy. Además, tengo bastantes molestias en las cervicales y lumbares, me está pasando factura el haber cargado, y mal, con las dos mochilas.

26

A lo que Desiré extendiendo sus brazos dijo:

—Ven, siéntate en esta silla, apóyate en el respaldo, respira profundamente y relájate.

Mi asombro había escalado un peldaño más.

—¿Has oído hablar del Reiki?

—No, ¿qué es?

—Es una técnica, relativamente moderna, desarrollada por un monje japonés, que canaliza la energía que nos rodea, la energía del cosmos hacia nosotros, empleándola para equilibrar y sanar.

—Lo siento, pero no creo en esas cosas.

—En ningún momento he dicho que creas, solo te pido que te relajes y “te” dejes hacer.

Comenzó colocando sus manos a la altura de mi cabeza explicando que en este tipo de tratamientos se comienza siempre por la cabeza, conectando nuestro séptimo chacra con el cosmos.

Todas esas teorías me parecían patrañas de libros de autoayuda.

En verdad no sé con quién me conectó, pero a los pocos instantes comencé a notar una grata sensación de paz y tranquilidad, apenas sentía sus manos y si un estado de profundo bienestar.

Tal fue lo gratificante del momento que caí en un reconfortante sueño del que, al parecer, no desperté hasta pasada una hora, al escuchar el ruido producido por el secador de pelo.

Faltaban pocos minutos para las ocho y me encontraba como nuevo, tenía la impresión de haber dormido de manera profunda por más de diez horas.

27

Abrí la puerta del baño, no sin antes haber pedido permiso mediante un par de golpes con los nudillos, y de nuevo vi ese hermoso cuerpo, en esta ocasión secándose su abundante melena mitad castaño clara mitad castaño oscura.

—¿Qué tal te has despertado? Que sepas que has dormido casi una hora y que tus ronquidos se oían hasta debajo de la ducha.

—No sé lo que has hecho, pero parece que me he quitado incluso años de encima.

—Tampoco es para tanto

—¿Cómo que no?, es una maravilla. ¿Cómo dices que se llama eso que me has hecho?

—Reiki, se llama Reiki.

—Pues tienes que enseñarme más de esa técnica. Al final me harás romper con mis principios racionalistas, en no creer en nada que no se pueda medir o pesar.

Y continuando con el secador en la mano y la toalla anudada por encima de sus pechos comentó:

—Ahora quien está cansadísima soy yo, el agua caliente me ha producido una bajada de tensión y me da la impresión que hoy vas a salir tú solo a cenar con Emilio.

—Eso no puede ser. Yo no sé hacer... Reiki, pero hace algunos años presumía de dar buenos masajes. ¿Te atreves a recibir uno?

Y mostrando dudas en su rostro indicó:

—Sí, pero solo en las piernas, el dolor me llega de los gemelos a los isquiotibiales. El paso corto producido por el peso de las mochilas ha hecho que fuerce la parte posterior de las piernas.

28

—Pues tumbate en la cama, espero estar a tu altura.

—¿Cómo?

—Sí, que espero dejarte al menos tan bien como me dejaste tú.

¿Tienes aceite para masajes?

—Tengo varios, elige el que desees, están en el baño, en mi neceser.

Y aprovechó mi marcha al cuarto de baño para tumbarse en una de las dos camas, aun juntas, situándose boca abajo sobre una toalla grande de baño colocada encima de las sábanas y con otra toalla más pequeña cubriéndola desde su definida cintura hasta algo más abajo de su culo. Únicamente me separaba de todo su esplendor esa pequeña toalla de manos.

La fotografía era para enmarcar, un cuerpo grande, bonito, moreno, con el pelo mojado que hacía aún más hermoso su tono atezado, unas piernas largas y esbeltas... Y todo ello iluminado por los últimos rayos de sol que penetraban tímidamente por el balcón.

Aun de pie, empecé a extender el aceite aromático elegido entre un sin fin de marcas que llevaba en su neceser. Sus pies dieron el pistoletazo de salida a tal monumental marcha haciendo especial hincapié en sus diminutos dedos en los que comenzaban a parecer unas incipientes y pequeñas ampollas. Continué por tobillos, gemelos y tibiales, notando que Desiré comenzaba a relajarse por la profundidad de sus inspiraciones.

Ante la imposibilidad de realizar bien mi trabajo, de forma pausada, me subí de rodillas sobre la cama con la intención de no forzar mis castigados lumbares, momento en el que noté como debajo de 29

mis pantalones de chándal, algo iba tomando cuerpo y dureza, una creciente lascivia empezaba apoderarse de mí.

Durante el tiempo transcurrido desde el comienzo del masaje no habíamos cruzado palabra alguna y me alegraba que los pensamientos no se pudiesen escuchar, ya que, ante tal cuerpo con semejante piel, mi libido aumentaba por momentos pese a todos los esfuerzos que realizaba para que no siguiera en ascenso.

Después de las corvas de las rodillas comencé con la parte posterior del muslo, los isquiotibiales estaban rígidos como piedras y me costó varios minutos que soltaran su tensión.

Los movimientos ascendentes de mis manos finalizaban en la frontera que marcaba la toalla que cubría sus glúteos, pero en un movimiento rápido que me pilló desprevenido, quitó la toalla que nos separaba, dejando ante mí la imagen de un culo bien formado, duro y turgente.

Como bien mandado que soy, proseguí con el masaje, esta vez saltándome las barreras que antes limitaban mi acción, pero aun con una ligera duda de si era una auténtica declaración de intenciones o tan solo la necesidad de masaje para una parte más de su cuerpo.

Dediqué especial atención a esa zona, viendo cómo se desplazaban de un lado para otro, pero siempre basándome en un masaje terapéutico alejándome, en lo más posible, del erótico, pese a que no se si llegué a cumplir mis intenciones.

Todo daba a entender que aceptaba la propuesta de sexo, pero no podía caer en una negativa llegado a ese punto.

30

Mi grado de excitación era mayúsculo pese a que mi parte racional dominaba a mi parte animal.

Pero a los pocos minutos se despejaron todas mis dudas, tras el movimiento que hicieron sus piernas al separarse y dejar libre una circunscripción hasta ese momento prohibida o cuanto menos reservada.

Sin embargo, el pistoletazo de salida a la batalla sexual se produjo instantes después de un beso carnoso, cálido y lento que deposité en la parte baja de su espalda tras el cual, de un blinco, se puso boca arriba mostrando una sonrisa inmensa que reflejaba satisfacción a la vez que deseo.

Sus ojos brillaban infinitamente más que hacía unos minutos, y el color de su piel había adquirido un tono increíblemente luminoso.

—Creí que no te ibas a decidir nunca. Te puedo asegurar que ahora me encuentro más húmeda que cuando salí de la ducha. Ni un minuto más hubiese soportado impasible sintiendo esas manos que estaban haciendo de mí tu esclava.

Y agarrándome de la pechera de la camiseta, me atrajo sobre ella. Su lengua inició una exploración de mi boca llenándola de fluidos que me excitaron aún más. Sus manos tiraban de mi camiseta forzándome a quitarla.

Como en los coches de carreras sus movimientos habían pasado en una aceleración de cero a cien en cinco segundos, parecía querer recuperar los minutos perdidos en el hasta ahora exitoso masaje.

Dando muestras de saber lo que quería, su mirada se fue haciendo más intensa, corroborando con ello la primera impresión al 31

verla en el coche-cafetería, sus ojos me resultaban familiares. Pese a todo estaba seguro que era una paranoia mía ya que de ser verdad jamás me habría olvidado del nombre de semejante encanto.

Ya completamente desnudos, nuestros cuerpos comenzaron a girar sobre si mismos con la intención de ser quien llevase el tempo del partido; ambos éramos delanteros natos y siempre queríamos llevar la iniciativa. El no haber separado las camas fue un acierto ya que de hacerlo hubiésemos perdido la mitad de nuestro campo de acción.

Mi atención no tardó en desplazarse hacia sus pechos generosos, redondos, de opulentos pezones erectos.

Era consciente que estaba atravesando la frontera con el peligro que eso conlleva, entraba en la zona sacra y prohibida de la “sin razón” tras el punto de “no retorno” que dicen los pilotos.

Sus labios continuamente iban al encuentro de los míos, aceptando su pizpireta lengua.

Su cuello delgado y hermoso sensiblemente arqueado hacia atrás, dio las primeras muestras de que cedía la batuta del concierto que estábamos interpretando.

Y tras un signo de aquiescencia, la tomé entre mis brazos y ella sabedora del placer que se la venía, apenas se movió guardando fuerzas para el asalto final; estaba como expectante, intentando convencerme que desconocía como iba a terminar aquella batalla de sensaciones pese a que notaba que se encontraba al borde del estremecimiento total.

Notaba que el placer nos llegaba a paso firme por lo que aceleré el ritmo de mis caderas ante lo que fue el estallido final.

32

Ambos nos unimos al placer a la vez, algo infrecuente y más entre nuevos amantes. Aquel primer encuentro se merecía una calificación alta.

El sublime arrebató de placer me cegó por unos instantes y cuando de nuevo abrí los ojos, la volví a ver, pero esta vez en forma de gata sumisa, vencida por la intensidad de un coito que parecía haberse prolongado por tiempo indefinido.

Quedamos totalmente extasiados por unos minutos. Desiré ya-cía a mi derecha atravesada entre las dos camas, su sudorosa piel tostada brillaba al igual que la larga y centelleante melena cubriendo parte de sus pechos.

La magnitud de su sonrisa se nubló cuando en un intento de incorporarme para volver a repartir besos entre sus caderas, mi joven amante miró el reloj de la mesilla y exclamó:

—No, se nos ha hecho tarde, ya teníamos que estar en el albergue recogiendo a Emilio.

Mandando al traste un posible nuevo intento de comenzar a poseerla.

Tras una ducha rápida con la que eliminar los efluvios del combate anterior, salíamos de la Pensión Berenguela dirección al Albergue de Peregrinos con el tiempo justo como para llegar diez minutos tarde.

Durante los trescientos metros que distaba el albergue, no abrimos la boca para emitir palabra alguna, en nuestros ojos se reflejaban escenas catalogadas de únicas y posiblemente irrepetibles; desconocía los motivos por los que habían ocurrido ese cúmulo de 33

situaciones que derivaron en uno de los polvos más intensos y extraños que recuerdo en mi vida, en casi medio siglo.

En el camino no me atreví a tocar ni un milímetro de su piel con el fin de que no se rompiera ese

sueño, porque estaba seguro que era un bello sueño con el que la vida nos premia sin saber realmente el motivo.

Su melena peleaba con la pequeña brisa que se había levantado al caer el sol y su piel desprendía una luz mágica con el ocaso, propia del lugar donde nos encontrábamos, en Galicia con lo aficionados que son a las leyendas de sus “Bruxas”.

Vimos a Emilio bastante recuperado después del susto de esa mañana, pero no al 100% puesto que nos dejaba hablar sin meter alguno de sus cuentos y chascarrillos en la conversación.

La cena en Casa Ezequiel se demoró bastante en primer lugar por la espera a que nos dieran mesa al no haber reservado antes, y a la cantidad y calidad de las raciones que tomamos. Nos demoramos más tiempo del que yo quería debido a que aun pretendía continuar con la bonita obra de teatro de la que ya habíamos consumido el primer acto y nos restaba el epílogo.

Los tres nos conocíamos de hacía relativamente pocas horas, pero quien nos hubiese visto en el restaurante creería que los tres éramos viejos amigos con un montón de vivencias en común; es difícil empatizar tanto y tan bien tres personas pese a que dos, solo dos habían encajado minutos antes cuan figuras de trivial.

Muy a pesar mío eran las doce cuando entrábamos de nuevo a la pensión Berenguela, me encontraba ansioso de terminar la 34

segunda parte del *match*, esa mujer había tomado el rumbo de mi deseo llegando a obsesionarme con la demanda de más sexo.

Pero mi ímpetu inicial se fue al traste cuando Desiré dijo:

—El día ha sido muy largo, estoy muy cansada y hoy creo que no mejoraríamos el “juego” anterior.

Y al ver mi cara de frustración apuntilló:

—Mejor mañana por la mañana, incluso cualquier otro día, la vida no se acaba hoy, ¿verdad? Además, hemos quedado con Emilio a las seis y media de la mañana para marchar hasta Salceda.

Y ahí me quedé sin entenderlo, pero comprendiendo, en mi fuero interno seguía dominando la razón y esta me decía que me encontraba reventado de la marcha de más de treinta kilómetros, de la tensión de ver como Emilio se disipaba entre mis manos, de hacer de mulo de carga con dos mochilas llenas a reventar, de comer tarde y mal, y de quemar las pocas calorías disponibles con un lance de sexo por sexo de muy alto nivel.

Después de reconocer que mi joven acompañante tenía una vez más razón, y de una nueva ducha muy caliente, me tumbé en mi cama y creo haberme quedado dormido según estaba recostándome en ella.

Capítulo IV

Desperté, en la misma posición en la que me había acostado la noche anterior, al oír el sonido del viejo teléfono de la habitación. A duras penas lo tomé y escuché:

—Buenos días, señor, son las once de la mañana y le llamo como nos ordenó su sobrina.

En ese momento toda mi cabeza era un nido de preguntas sin respuestas. Colgué el teléfono no sin antes dar las gracias, pero sin tener claro que es lo que quería decir esa voz metálica que salía por el auricular de baquelita de un teléfono del siglo pasado.

Poco a poco se fue haciendo en mí la luz, a la vez que comprobé la existencia de una nota escrita a mano, en la mesilla.

Tomé las gafas y me dispuse a leer:

«Gracias por dos días fantásticos con una tarde mágica, pero la realidad me ha superado... Ella tenía razón. Hoy invito yo».

En ese momento no entendía absolutamente nada, me sentía decepcionado y lo que es peor, abandonado como si fuese una mas-cota al inicio de la Semana Santa olvidado en una gasolinera.

37

«¿Qué es lo que había hecho mal? ¿Qué era eso de mi sobrina?».

La razón regresó a mi diciéndome que tenía otros treinta kilómetros de etapa por delante y que salía con retraso de casi cinco horas sobre el horario de salida previsto. Ya tendría tiempo, durante la etapa, de pensar, meditar y aclarar todas las ecuaciones pendientes.

Así fue que, dicho y hecho, al poco rato dejaba el bonito pueblo de Melide dirección Salceda, no sin antes hacer acopio de fuerzas con un notable desayuno propio del lugar.

Según decían la mañana había amanecido bonita, con buen tiempo y sin apenas nubes que presagiaran lluvia, pero según transcurría el día, el azul claro del cielo se tornaba gris en una clara alegoría a mi estado anímico.

Tenía pensado de haber salido a las seis y media de la mañana llegar a Salceda a las tres de la tarde, siempre que el tiempo me respetase. La primera premisa ya estaba incumplida puesto que había salido casi cinco horas más tarde y la segunda también tenía pinta de ser incumplida al comenzar a llover a los pocos minutos.

La fuerte tormenta y el cansancio producido por el mal estado de los embarrados caminos, hicieron que mi programación se fuera desajustando cada vez más; eran las ocho y media cuando me decidí a abandonar el planteamiento de llegar a Salceda, teniendo que hacer noche en Arzúa, en el albergue Río Vello, uno de los dos que tiene el pueblo y a once kilómetros del esperado Salceda.

Me encontraba cansado, empapado e incomunicado, no me explicaba cómo no había tomado nota de los móviles de Emilio y 38

Desiré, al igual que no sabía el motivo por el que me había dejado en el hostel, abandonado y con una casi ilegible nota tanto por su grafismo como por su contenido. ¿Qué era eso que había superado la realidad? ¿Quién era la que tenía razón? ¿Y hoy invito yo?

Me costó conciliar el sueño, más por desconocer las respuestas a las preguntas que me fui haciendo durante toda la jornada, que por el propio cansancio de la etapa.

39

Capítulo V

La cuarta jornada comenzó justo todo lo contrario a como terminó la anterior, abriendo un día radiante, con el frescor de las seis y media de la mañana, pero sin visos de agua, bastante había soportado la tarde anterior. Afortunadamente, la ropa y la mochila se habían secado y la vida comenzaba de nuevo.

Las dudas planteadas el día previo habían dejado de atormentarme y visto el desarrollo de la etapa llegué a la conclusión que El Camino comenzaba ese día y que por fin iba a tener una o dos jornadas para ir solo conmigo mismo. Una o dos jornadas en función como se me diera la marcha, distaba treinta y nueve kilómetros de Santiago y para una única etapa era mucho, pero para dos era bastante poco.

No sé si era el deseo de alcanzar a mis compañeros de aventura, el averiguar el significado de la nota o las dos anteriores más el porqué de la espantada de la misteriosa y atractiva joven de ojos color miel, hicieron que mi marcha se fuese acelerando kilómetro a kilómetro y que me presentara en Santiago de Compostela a las cinco menos cuarto de la tarde entrando a las cinco en la Oficina de Acogida al Peregrino para presentar la Credencial con todos los sellos habidos y por haber, canjeándola por la deseada Compostela, en la que figuraba:

41

Capitulum hujus Almae Apostolicae et Metropolitanae Ecclesiae Compostellanae

sigilli Altares Beati Jacobi Apostoli custos, ut omnibus Fidelibus et Peregrinis

ex toto terrarum Orbe, devotionis affectu vel voti causa, ad limina Apostoli

Nostris Hispaniarum Patroni ac Tutelaris SANCTI JACOBI comenientibus, authenticas visitationis literas expediat, omnibus et singulis praesentes inspecturis, notum facit: Jacobi Fernandez Garrido.

Hoc sacratissimum Templum perfecto utique pedibus sive equitando itinere postrema centum millia metrorum, birota vero ducentorum, pietatis causa devote visitasse. In quorum fidem praesentes literas, sigillo ejusdem Sanctae Ecclesiae munitas, ei confero.

Datum Compostellae die 25 mensis Julii anno Dni 2015

Firmado por Segundo L. Pérez López

Dean de la SAMI Catedral de Santiago

Por fin lo había conseguido y tenía un documento que lo acreditaba; gesta hecha realidad después de muchos años queriendo comenzar y... terminar el ansiado Camino de Santiago.

Dentro de la fastuosa catedral, después de dar el tradicional saludo al Santo, coincidí con Emilio que, tras fundirnos en un gran

abrazo, preocupado me preguntó si me había recuperado de la gastroenteritis que me había hecho “descansar” un día en Melide.

Aunque con las ganas de explicarle toda la verdad, le dije que

“ya” me encontraba perfectamente. Él también me contó que su bajada de azúcar fue una más, que de vez en cuando le suele ocurrir pero que no tiene mayor importancia, que es el tributo que pagan los diabéticos a los pequeños excesos del día a día.

Y como “buenos y viejos amigos” nos fuimos a cenar después de asistir a la emocionante Misa del Peregrino, con la inenarrable música de sus órganos del siglo XV y el baile de su magnánimo botafumeiro, con su metro y medio de altura llegando a alcanzar velocidades de setenta kilómetros hora según me informaron allí.

Me contó que marchó con Desiré los siguientes días a mi “gastroenteritis” y que esa misma mañana entrando en Santiago la perdió y que no había vuelto a verla desde entonces.

Emilio, en su línea de astuto observador, me preguntó directamente.

—¿Qué ha ocurrido entre Desiré y tú?

A lo que haciéndome de nuevas contesté:

—Nada. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Has visto algo raro en nosotros?

Y con una sonrisa socarrona me respondió:

—Jacobo, te lo pregunto sin ningún tipo de maldad. El día que te quedaste en Melide con la gastroenteritis continuamos juntos El Camino, y vi a Desiré como mucho más tranquila, habiendo dejado de mantenerse a la defensiva como en los dos días anteriores, y ese

es el motivo por el que te he preguntado eso, pero vamos, no debes de contestarme si no quieres.

Seguía sorprendiéndome el poder de observación de este hombre y la claridad con la que exponía las cosas; por todo esto le conté la historia de principio a fin, eso sí, sin entrar en detalles personales.

Durante la cena le fui explicando que, aunque era la primera vez que había visto a esa muchacha, nuestra relación había sido muy fluida, que algo había en ella que me llamaba la atención y de forma agradable. Que habíamos practicado sexo poco antes de irnos a cenar con él y que me dejó dormido en el hostel, con órdenes de no molestarme hasta las once de la mañana y con una nota que aún conservaba y que le enseñé.

Emilio me dijo que había notado complicidad entre nosotros desde el momento en el que la encontramos sentada al borde del camino, y que la cena en Melide era para un estudio psicológico, que notaba química entre nosotros y que sabía que, si no había pasado nada, algo iba a pasar.

Mi compañero seguía asombrándome más y más, hasta el punto de consultarle sobre mis reacciones ante conversaciones y comentarios anteriores.

Me llegó a insinuar que Desiré parecía estar enamorada de mí, cosa que no creí ni por un momento.

—Es alucinante la forma de reaccionar ante un mismo impulso varias personas, y una cosa es como vemos los hechos nosotros y como los ve un tercero. En todo momento hubo atracción física

44

y eso influyó sobremanera en la relación. Al hablar con ella me daba la impresión que nos conocíamos de siempre y esos ojos...

esos ojos tenían una mirada mágica. El día que te dio el bajón de azúcar, percibí complicidad entre nosotros, y de no haber sido por el hándicap de la edad y por mis obligaciones familiares, podría haber desembocado en algo de más calado. Te repito que quiero y estoy enamorado de Esperanza, mi mujer, pero Desiré tiene algo especial y familiar, su habla, su forma de decir las cosas, sus gestos..., y que conste que no estoy enamorado de ella, al menos no he tenido tiempo.

La verdad es que su mirada marcó algo en mí que no solo fue...

físico.

El cansancio de la jornada y los últimos comentarios iban haciendo mella en mí y tras acercarnos a la estación de ferrocarril para la compra de los billetes de vuelta a nuestras respectivas casas, nos despedimos al no pernoctar en el mismo albergue y no coincidir la hora de marchar de Santiago a León para Emilio y a Madrid para mí. Esta vez no cometí el mismo error e intercambiarnos correos electrónicos, móviles y direcciones. Por parte de ambos había intención de mantener esa bonita amistad que nació en El Camino y por El Camino, cosa que así pasó.

Esa noche no me dio tiempo a pensar en nada por el cansancio acumulado de los treinta y nueve kilómetros de la etapa, pero al día siguiente tuve siete horas del viaje de regreso para analizar y escudriñar todo lo ocurrido en esos cuatro días en El Camino, en el mágico Camino de Santiago.

45

Era increíble el impacto que me había causado una muchacha, de apenas veinticinco años, con la

que me encontraba sumamente a gusto tanto en el terreno físico, como en el psíquico. Me hubiese gustado oír de sus labios que todo lo vivido en esos “dos fantásticos días”, como ponía en su nota de despedida, habían sido verdad, me hubiese gustado preguntarle a quien buscaba que no era yo, que quien era esa que decía tener razón, quería saber de dónde salía esa mirada profunda y familiar que me producía bienestar.

El Camino me había enseñado infinidad de cosas y había puesto en tela de juicio pensamientos propios como que podría con la soledad más absoluta, quedando claro que necesitaba de los demás y, por ende, conociendo a dos personas que habían marcado un antes y un después a la aventura deseada por años.

46

Capítulo VI

La reflexión y los análisis posteriores al Camino no concluyeron en el viaje de vuelta, esos se prolongaron por una semana más. En cuanto tenía un rato de relax, mi mente volvía a recordar momentos, lugares y situaciones vividas, sobre todo las que tenían como protagonista principal a Desiré.

En casa, mis hijos decían que El Camino me había hecho más reposado, más tranquilo..., y en parte tenían razón, El Camino me había hecho más prudente. Todos mis pensamientos relacionados con esos días terminaban chocando contra el muro del desconocimiento de quién era Desiré, de qué pretendía, y... qué había conseguido; estaba seguro que buscaba algo y ese algo lo había hallado.

A nadie conté las peripecias de los cuatro días a excepción de Nacho, mi amigo y socio en la empresa de excavaciones y perforaciones. Al comienzo de mi relato creyó que le estaba tomando el pelo, que era una broma, pero cambió por completo de opinión al ver mi cara seria, rayando el enfado; no podía soportar que a la única persona que le contaba lo sucedido no me creyera. Le narré todo lo sucedido, no solo porque es mi mejor amigo sino también, porque quería que me diera otro enfoque, que arrojara un poco de 47

luz a esta historia sin sentido. Además de un fantástico polvo, había algo más que no llegaba a comprender.

A la semana de mi “regreso a la normalidad”, ya todo había quedado en el recuerdo y poco o nada restaba de aquellos cuatro días de camino, todo a excepción de una bonita experiencia con una veintañera y una incipiente amistad con el peculiar Emilio Sáez de la Pique Comandante del Grupo Especial de Operaciones de Intervención Inmediata del Ejército de Tierra, como me explicó en la cena del último día, tras compartir mantel y copas.

A las tres semanas todo formaba parte de la historia personal, sin trascendencia alguna en el día a día. El trabajo me volvió a absorber y más al ir viendo como se iban acercando en el horizonte las fechas en que se determinaba si nos habían concedido alguna de las tres macro-operaciones a las que optábamos como miembros de la UTE Santa Bárbara para las ampliaciones de los puertos de Valencia, Gijón y Puerto Chico en Tenerife. Nuestra participación en las obras de mejora del superpuerto de Bilbao dos años antes, nos había dado un plus de calidad dentro del sector y esto

nos ayudaba a embarcarnos en operaciones cada vez más importantes. En el caso de que nos concedieran alguna de estas labores implicaría un trabajo adicional y en muy poco tiempo, nos encontraríamos dedicados en cuerpo y alma las veinticuatro horas del día, tendríamos que adquirir maquinaria, ampliar nuestra plantilla..., y un sin fin de actuaciones inmediatas.

Mientras no se sabía si nos conferían los nuevos trabajos —la decisión se prolongó más de lo previsto—, la tensión se mascaba 48

en la oficina, pero nada se podía hacer hasta entonces, nada excepto estar preparados.

Todo fue así durante los siguientes tres meses... hasta que un día recibí una llamada en mi móvil —de un número desconocido—.

Y a mí.

—Sí, dígame.

Mi interlocutor desde la otra parte de la línea dijo con voz sensual.

—Hola, guapo. ¿Encontraste en El Camino lo que ibas buscando?

La voz era especialmente familiar pese a que había variado en exceso su tono en un intento de despistar mi atención, pero la pista de “El Camino” me dejó muy fácil quien estaba al otro lado de la línea. Por lo que respondí en manera seria.

—Creo que te equivocas, la pregunta no deberías hacérmela a mí, yo no buscaba nada, eras tú la que al parecer no encontrabas lo que andabas buscando.

—Perdona, pero tuve que hacerlo.

—¿El qué tuviste que hacer? ¿Quién te obligaba?

—Me obligaba... Yo y mi realidad.

—Te noto enigmática, tanto como la nota que dejaste en la mesilla del hostel.

—Me parece que no he hecho bien en llamarte. Será mejor que lo dejemos. Un beso... Voy a colgar.

Y, tras un silencio valorativo por ambas partes, comprendí que había que bajar el tono de la conversación.

49

—No creo que debas hacerlo, perderíamos los dos.

—Dime solo un motivo para que no lo haga.

—Pues... que tenemos una conversación pendiente.

—Esa es la razón por la que te he llamado. En un par de semanas pasaré por Madrid, debo asistir a unas Jornadas sobre “La igualdad de género en la política exterior de España” en el Ministerio de Asuntos Exteriores y tengo todavía la agenda ligera de eventos.

—¿Cuándo vienes?

—Estaré en Madrid los días 28, 29 y 30 de septiembre, pero, en el caso de que quieras, únicamente podré estar contigo la mañana del último día, el viernes, hasta que tome el avión de regreso a Bruselas.

—¿Te contrato de taxista?, el avión sale a las cinco menos veinte y me dan el billete cerrado.

—Luego disponemos hasta las cuatro menos veinte, ¿no?

—No, al tener pasaporte diplomático solo debo de estar veinte minutos antes para embarcar. Así que, hasta esa hora, seré toda tuya

—apuntilló con una carcajada socarrona.

—Pero para ser... toda mía, antes tienes que aclararme bastantes cosas.

—Todo lo que tú quieras preguntar y... yo pueda contestar

—respondió de nuevo en tono intrigante—. Te confirmaré unos días antes, pero haz lo posible, concédeme la mañana del 30 de septiembre.

—Lo haré, pero ya sabes la condición.

50

Y con un: «a sus órdenes». Me colgó.

Durante el resto del día regresaron a mí las preguntas sin respuesta y los fantasmas de aquellas dos jornadas, de esas menos de cuarenta y ocho horas que estuvimos juntos y que se marcaron a fuego en mi mente. No solo por el polvo que disfrutamos, sino por lo que llegué a sentir por y con esa joven.

Los días pasaron rápidamente hasta que poco antes de la hora del almuerzo del 29 de septiembre, recibí de nuevo llamada del número que había grabado con el nombre de Desiré.

—Buenos días.

—Buenos días, guapo. Te recuerdo la cita de mañana. Vendrás,

¿no?

—Sí.

—Te espero a partir de las diez de la mañana en el Hotel Villa Magna. Está en el paseo de la

Castellana número 22.

—Sí, sé dónde está ese hotel.

—Te espero en el Hall para desayunar juntos. ¿De acuerdo?

Además, paga el Ministerio.

—Mañana a las diez en el Hall del Hotel.

—La reunión de trabajo del día anterior termina con un cóctel que da la Embajada Americana así que es posible que la noche se alargue, de ser así a lo mejor vas a tener que subir a despertarme.

De todas formas, dejaré dicho en la recepción que te permitan entrar.

—Procura mejor estar en el Hall.

—Conforme.

51

Y sin más, se despidió sin muestra alguna de aprobación a la inminente cita con un lacónico: «Besitos».

Esa tarde convencí a mi socio Nacho, que al día siguiente llegaría más tarde a la oficina por tener que resolver unos temas en el banco y de paso aprovecharía para comprar algo para mi esposa Esperanza, se acercaba el día de su cumpleaños. No tenemos que darnos explicaciones entre Nacho y yo porque somos socios desde hace casi dos décadas y además amigos de la infancia, por lo tanto, nos conocemos perfectamente.

A las diez del 30 de septiembre me encontraba en el Hall del Hotel haciendo tiempo hasta la llegada de Desiré, leyendo la prensa deportiva que estaba sobre la espectacular mesa de mármol de una de las salas que conformaban el gran hall de entrada.

Eran las diez y cuarto cuando pregunté a la recepcionista si había algún mensaje de la señorita Baute para mí, y tras preguntar mi nombre, me dijo:

—Efectivamente, la señorita Baute le espera en su habitación, la 529. Tome el ascensor del fondo hasta la quinta planta.

Y tras una risa políticamente correcta se despidió con un: «Que tenga un buen día».

Eso es lo que pedía yo, un buen día. Tomé el ascensor y tuve que llamar hasta en tres ocasiones en la puerta de la 529 sin recibir respuesta. Comenzaba a sentirme incómodo en aquel pasillo con moqueta en paredes y suelo, con una iluminación indirecta que daba una sensación extraña de falsa tranquilidad. Al cuarto intento la puerta se abrió muy despacio y apareció ante mí un cuerpo fino

52

y estilizado envuelto de media pierna hacia arriba con un albornoz gris claro con ribetes negros,

que más que tapar las bondades del cuerpo que cubría, las realzaba y de qué manera.

Sin mediar palabra alguna depositó un tímido y corto beso en mis labios.

—Perdóname, pero anoche se alargó la velada en la Embajada Americana, no veía la forma de marcharme sin que pareciera una descortesía. Era la más joven de la reunión, así que como comprenderás el aburrimiento estaba asegurado, el 80% pasaba de los cuarenta.

—¿Se es viejo a partir de los cuarenta?

Y viendo Desiré que no había sido muy afortunado su comentario, cambió rápidamente de conversación.

—No escuché el despertador.

Y dirección al cuarto de baño dijo:

—Ponte cómodo que en unos minutos salgo de forma más...

“presentable”.

Y me quedé allí, en aquella amplia habitación con una cama XXL con cabecero de madera color blanco roto, con mesillas a juego, al igual que el biombo que separaba los dos ambientes, el dormitorio y el pequeño recibidor con muebles estilo victoriano también blancos.

Los pocos minutos que estuve solo en aquella monumental estancia, se me hicieron interminablemente largos. Por lo destartada que estaba la ropa supuestamente del día anterior, se notaba el cansancio con el que había llegado al hotel aquella noche.

53

Y en un momento en el que me encontraba abstraído buscando la unión de la moqueta gris del todo el perímetro, se abrió la puerta del cuarto de baño y salió ella. Apareció enfundada en una camisa negra entallada, la cual realzaba su figura, y un diminuto tanga, también del mismo color, que alargaba hasta el infinito sus morenas piernas.

—No te asustarás por verme así a estas alturas de la película

—dijo ante mi cara de sorpresa—, es que así estoy más cómoda y solo tengo que enfundarme los vaqueros cuando tengamos que marcharnos. ¿Seguro que no te molesta?

A lo que armándome de machismo contesté:

—No, no solo no me molesta, sino que me agrada ver así un cuerpo tan bonito como el tuyo.

—Bueno, ya está bien de cumplidos. Te veo un poco espeso.

¿Te ocurre algo?

—Pues ya metidos en materia he de decirte que sí, apareces en mi vida, pones todo patas arriba, me alucinas con una tarde de primer nivel y desapareces como si de un mal sueño se tratara. Bueno, peor que eso, te vas y me dejas un mensaje que para descifrarlo hay que comprender los manuscritos del Mar Muerto.

—Bueno, tampoco es para que te pongas en ese plan. —Y al tiempo de levantarse, borrándose la sonrisa que mantenía hasta ese instante, dijo—: mejor nos presentamos de nuevo y olvidamos lo dicho hasta el momento, porque de no ser así esto tiene visos de terminar mal.

Después de recapacitar su última frase respondí: 54

—De acuerdo, me fastidia, pero tienes razón.

Y antes de poder levantarme para comenzar de nuevo “la reunión”, Desiré agachó su rostro hasta llegar a la altura de mi cara, depositando un tierno beso en la punta de mi nariz. Siguió con pequeños besos en el resto de mi rostro, pero en estas ocasiones ya no solo sonreía ella sino, también yo comenzaba a hacerlo.

Sin dejarme levantar del sillón me preguntó con voz suave.

—¿Qué tal todo este tiempo en el que no nos hemos visto? Yo me acordé mucho de ti.

—Muy bien, trabajando mucho.

—¿No me has recordado? —aseveró ronroneando.

—Pasados los primeros días no he vuelto acordarme de nada de aquella aventura.

—¿Aventura? Me gusta el término. —Y volviendo a ponerse a mi altura tras otro beso, este ya en mis labios con la colaboración de su lengua comentó—: cómo me excita tu sinceridad.

Momento que aprovechó para depositar sus largas piernas sobre las mías quedando mi cara a la altura de sus pechos.

En ese momento me percaté que la gravedad no le afectaba y que sus pezones intentaban abrirse paso entre la camisa.

Con voz aún más sensual musitó bajito junto a mi oreja derecha.

—¿Te han dicho que cuando te enfadas te pones muy sexi?

Pudiendo ver un primer plano de sus turgentes pechos, amplios, fuertes, poderosos.

—Guapo.

55

Me indicó a la vez que tomaba mi cabeza entre sus manos y la acercaba aún más a su informal escote.

Intentaba aguantar el tipo, quería hacerme pasar por un hombre duro que soportaba situaciones límite como esa, pero la verdad es que me costaba una barbaridad concentrarme en la forma de soportar su acoso, veía muy cerca el derribo. Quería ser yo el que llevara el

“tempo” del lance por eso hasta ese instante solo me dejaba querer.

Ni en el mejor de mis sueños me hubiera figurado una escena igual y menos soportando estoicamente la excitación sometida.

Mi mirada pivotaba entre tres puntos concretos, tres puntos en los cuales era imposible mantener la visual.

Si miraba para arriba la excitación venía por esos ojos que tanto me atraían y me hacían literalmente, temblar al observar el deseo reflejado en sus pupilas.

Si miraba hacia el frente, topaba la visión con dos pechos duros y bien definidos, que hacían lo imposible para zafarse de al menos un botón de la camisa ante la cercana liberación.

Y si miraba hacia abajo observaba unos muslos moldeados y fuertes, de piel dorada que hacían de frontera inferior de las puntillas del tanga negro, mientras que de frontera superior hacía su vientre plano.

Era conecedor que tenía la batalla perdida y más al comenzar Desiré a mordisquearme suavemente los lóbulos de las orejas alter-nando con su lengua exploradora.

Estábamos practicando un juego del que ella se sabía vencedo-ra, su única duda era “el cuándo”.

56

A punto estuve de volver a la discusión de su “espantada” en Melide, pero no quería romper el encanto del momento.

Comprobando que mi resistencia estaba agotada, augurando una derrota anunciada, la tomé entre mis brazos como si de una pluma se tratara y sin saber de dónde había salido tal cantidad de fuerza, la deposité suavemente sobre la interminable, amplia y mullida cama.

Durante la marcha ella se agarró a mi cuerpo como si de una lapa se tratase, dejándose hacer en todo momento.

Poco tardé en desabrochar los cuatro botones que mantenían juntas las estructuras formadas por la camisa y su torso.

Se dejaba hacer y continuaba mis movimientos de forma sumisa. Todo esto me hacía recordar lo que los marineros llaman “calma chicha” que no es otra cosa que el estado de calma casi absoluta que precede a las grandes tormentas.

Su mirada me seguía llamando, desconociendo el qué.

Ya sin camisa su cuerpo era todo un espectáculo, sobre el blanco absoluto de las sábanas aparecía

ella, con el toque dorado de su piel y su pelo castaño que como los mil colores de la miel pasaba de tonos amarillos a rojizos, llegando en algunos momentos a ser casi negros. Daban ganas de parar y observar con detenimiento semejante obra de arte de la diosa naturaleza.

Sus únicos movimientos en ese momento se limitaron en colaborar conmigo en desprenderme de chaqueta, camisa, pantalones y calcetines.

Ante el juego de tensa inmovilidad que estaba practicando, le di media vuelta comenzándola a besar y acariciar desde la punta de

los dedos de sus piernas hasta el cabello más largo de su cuidada melena. No hubo centímetro de su piel que no fuese acariciado besado o mordido.

Mi amante soportaba estoicamente mi acoso, pero el relé de su cuerpo me informaba que estaba al límite de su tensión, su piel se ponía de punta allí por donde pasaban mis labios o mis manos y ambos eran acompañados por pequeños escalofríos.

Una vez terminado el estudio de su parte trasera la di media vuelta a lo que colaboró con gusto apareciendo una amplia sonrisa en sus labios. Los ojos los mantenía cerrados pero lo que nunca sabré es si debajo de los párpados tenía también los ojos en blanco.

Al comenzar de nuevo por sus pies una frase rompió el silencio producido por la tensión sexual que aguantábamos ambos.

—Si vas hacer lo mismo por delante, toma un frasco de aceite de mi neceser.

Me levanté a la velocidad del rayo y desde el baño pregunté:

—¿Cuál? Tienes muchos, de Mesk, de Ámbar, de...

—Cualquiera, pero no tardes.

Y así fue. Menos mal que tomamos la precaución de extender las toallas de baño sobre la cama porque ambos terminamos con todo el bote sobre nuestros cuerpos, cosa que contribuyó y de gran manera a que los juegos siguientes y la penetración se espaciase por mucho, mucho tiempo.

El combate estuvo muy promediado, a cada rato permitíamos al otro nuevas formas y variables al sexo que estábamos participando.

58

En mis más de cuarenta años no había tenido una contrincante en el juego del amor que se compenetrara tanto y también como Desiré. Su experiencia en este campo era profunda pero no chaba-cana, notable y con mucha clase. A punto estuve de preguntarle de donde había sacado ese estilo amatorio tan depurado, pero no era oportuna la pregunta y seguro que se lo tomaría como una ofensa, nada más lejos de mi intención.

Terminado el coito aparecimos con los cuerpos boca arriba, mirándonos fijamente a los ojos,

esos ojos..., con un rictus de alegría reflejada en nuestra mirada, esos ojos..., bueno, al menos eso era lo que veía en Desiré.

De nuevo fue ella la que rompió el silencio post coito con un:

—Me muero de hambre, estoy en ayunas y después de todo este ajetreo, como no coma algo, terminaré por comerte a ti como si fuese una “mantis religiosa”.

Y con una medio sonrisa por la frase y por lo que representaba, accedí, pero con la condición que se encargara ella y me sorprendiera. Yo mientras me daría una ducha rápida para eliminar la grasa de los aceites.

Antes de que terminara de ducharme se presentó el servicio de habitaciones y al salir con el albornoz que antes había usado Desiré, el cual me quedaba bastante peor, vi en la mesa blanca de la entrada una enorme bandeja con una tetera llena de café, dos tazas, azucarero, fuente de tostadas, vasos de zumo, cruasanes..., y con un:

—Todavía no se “todo” lo que te gusta.

59

Me besó, pero esta vez en forma de cumplido antes de comenzar con aquel desayuno.

Después de unos minutos de silencio y de no dejar nada comestible sobre la mesa, al ver su reloj exclamó:

—Es la una y cuarto, a este paso pierdo el avión.

—Pero si no tienes que estar allí hasta las tres y cuarto. Faltan dos horas y el recorrido en coche no llega a los treinta minutos.

Recuerda que tienes pagado el “servicio taxi”.

Y con una pícaro sonrisa apuntilló:

—Sí, ya lo sé. Pero ten en cuenta que tengo que hacer la maleta, ducharme, darme mis potingues y arreglarme.

Dicho lo cual, de un ágil salto, se metió en el cuarto de baño.

Pasaron treinta minutos sin saber nada de ella, me percataba donde estaba por el ruido del agua al caer en la ducha. Después se abrió la puerta y apareció, con diminutas gotas de agua esparcidas por todo su cuerpo como única indumentaria y apoyada sobre el quicio de la puerta como si de una Marilyn Monroe de los 70 se tratara.

—Necesito un hombre, en principio podrías valer tú, pero de no ser así puedo llamar al servicio de habitaciones.

Y como un pardillo piqué, repuesto después de la ducha del esfuerzo anterior y con la esperanza

de continuar la fiesta, pero mis pretensiones se vieron truncadas al saber el motivo real para el que quería que entrara en el baño, este no era otro que esparciera crema por toda su espalda y lugares por los que ella no podía hacerlo.

A las dos y cuarto salíamos del hotel dirección aeropuerto. Mi amante como una rosa y yo con más grasa en las manos que un 60

mecánico. Por más que me lavé, los restos del aceite a floraban de nuevo.

Ya en el coche, según nos acercábamos al destino final de nuestro viaje, sin haber conocido aún ninguna respuesta a las preguntas que realicé por teléfono, comenzó a mostrarse nerviosa, y por las formas en las que se movía, llegaría a decir que inquieta.

Al abandonar el parking del aeropuerto de Barajas-Adolfo Suárez-

rez en la entrada de la Terminal 4, volví a preguntar por la nota que dejó en el hostel de Melide a lo que me respondió de forma lacónica.

—¿Hiciste la mili en 1988 en Tenerife, en La Laguna?

Y antes de poder asimilar la pregunta apostilló:

—¿Conociste a una chica que se llamaba Raquel Baute?

Y como si de un castillo de naipes se tratara fueron cayendo cada una de las preguntas que mantenía en la cabeza sobre nuestra relación, nuestro encuentro fortuito, sus ojos, su mirada, sus gestos...

En un instante que pareció toda una vida, nuestras miradas chocaron como si de dos trenes de mercancías se tratara y mi sonrisa se borró instantáneamente. El silencio generado por esas dos preguntas solo fue roto por una afirmación rotunda de Desiré.

—No te preocupes, no hay nada malo en mis preguntas. Y, por desgracia para mí, no eres mi padre.

Dicho lo cual, dio media vuelta con dirección a la zona de embarque. Lo poco que podía ver de su cara parecía inexpresiva por la crudeza de sus palabras y relajada tras quitarse un peso de encima al darme “la información”.

61

Tardé varios minutos en reaccionar y alguno más en dar media vuelta y marchar dirección al parking en el que había dejado mi coche.

Desconozco el tiempo que pasó desde que pagué en la máquina automática del aparcamiento, pero debió ser bastante, ya que, al intentar salir, la barra del parquímetro dijo que debía volver a pasar por caja debido a que había caducado el tiempo previsto para la salida.

Una tras otra fueron cayendo preguntas y dudas como cae la fruta madura del árbol. Ahora tenía

claro y sabía por qué me era familiar su mirada, y su sonrisa, y su forma de mover las manos, y la manera tan peculiar de hacer las cosas. En Desiré veía reflejada en todo momento a su madre y, aunque en poco se parecían físicamente, su estilo era el mismo, no había un ápice de diferencia. En sus ojos sentía el alma de su madre.

Durante el trayecto a la oficina puse el piloto automático e hice un retorno al pasado, a veinticinco años atrás, en cuando perdí la pista de Raquel de forma instantánea e inesperada, no se me olvidará la fecha por muchos años que pasen, un 23 de junio tras un romance digno del argumento de una película de Cuentos de Hadas.

Estando haciendo el Servicio Militar, marché de maniobras por dos semanas y a la vuelta Raquel desapareció como si se la hubiese tra-gado la tierra, no contestó a ninguna de mis llamadas, no apareció por los sitios que anteriormente frecuentamos, no quiso salir en las innumerables veces que llamé a su puerta, ni tan siquiera su mejor amiga, una tal Merche, quiso darme razón de ella.

En el mes y medio que me restaba de “mili” lo pasé muy mal, no llegué a saber nada de ella. Aquello me rompió el corazón de 62

forma cruel, no hay nada peor que el no saber y más sin motivo aparente. Lo último que hicimos juntos, la noche que precedió a mi salida de maniobras, fue el amor y de una forma especial como todas las anteriores.

Tiempo tardé en recuperarme de ese mazazo y lo hice de la forma más dura, sin saber el por qué ni el cómo ni el dónde.

Después de escuchar las palabras de Desiré me di cuenta que aquella herida seguía fresca como el día en que se produjo.

Llamé en innumerables ocasiones a su teléfono, pero me daba como apagado o fuera de cobertura, debía estar aun en vuelo.

La zozobra me angustiaba y tenía que ampliar lo expresado en el aeropuerto.

Por fin, tres horas después sonó mi móvil y vi que era ella.

Sin preámbulos la dije:

—Eres cruel y mala persona. —Con silencio como respuesta—. ¿Por qué me has hecho esto?, ¿dónde está tu madre?

Quiero verla. —Y el silencio seguía siendo la única respuesta—.

Dime por qué no me hablaste claro desde el principio. ¿Qué es lo que persigues? —Nada salía por el auricular del móvil—.

¿Estás ahí?

Y con voz avergonzada y compungida dijo:

—Intenté decírtelo en Melide y también esta mañana, pero he sido incapaz, no sabía cómo sacar el tema.

—Pues que sepas que lo has hecho de la peor forma posible.

Ya tendré tiempo de insistir en el tema, pero dime, ¿qué tal está tu madre?

63

—Ella... falleció. —El silencio continuaba entre nosotros—.

Ella murió, pero hace de esto muchos, muchos años. Tenía yo diez meses cuando pasó.

El mutismo permaneció entre nosotros por más de diez segundos que en una llamada se hace interminable.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que pasó?

—Hasta hace unos meses la versión fue que murió como consecuencia del tratamiento durante un fuerte trastorno de ansiedad depresiva.

—No comprendo ese “hasta hace unos meses la versión fue...”

—Pues no te puedo decir otra cosa... todavía.

—¿Cómo que todavía?

El dolor por su pérdida se medio desvaneció al oír ese “todavía”. No tenía ni idea de a que se refería.

—Esto no es para hablarlo por teléfono. Tenía pensado contártelo esta mañana, pero mis sentimientos me lo han impedido.

—No comprendo nada de lo que dices.

—Pues quédate con lo que te voy a decir en plan telegrama: Mamá murió por un paro cardíaco durante un tratamiento tras un fuerte brote de ansiedad depresiva poco después de cumplir yo diez meses, y esa historia ha seguido viva hasta hace siete en que recibí una caja en casa de mis abuelos, caja en la que aparecieron pertenencias de mi madre, una horrible carta anónima y un diario escrito de su puño y letra con lo que le ocurrió en los últimos veinte meses de vida. Recibida la caja comencé a investigar y lo escrito en el diario en las primeras semanas me dirigió a ti. Tenía que conocerte 64

y por eso monté todo este embrollo del que he salido mal parada contigo, y lo que es peor estancada en mis investigaciones. Pero esto y mucho más espero contártelo en otra ocasión en la que nos veamos. Tenía pensado leer contigo la carta y el diario, y que me ayudarás con tus conclusiones.

—Estoy desbordado de tanta información. He de depurarla despacio. Mañana a media mañana te

llamo y hablamos.

Y sin más comentario colgué a la vez que un escalofrío recorrió mi espalda de principio a fin, mis manos frías, mis piernas temblo-rosas, mi mirada extraviada, mi corazón reventado... Por más que lo intentaba no comprendía absolutamente nada.

Afortunadamente, mi mujer no cenó en casa pues tenía guardia en Oncología del Hospital Ramón y Cajal donde trabaja, lo que agradecí y de qué manera por poder llegar a casa, ducharme y meterme en la cama sin tener que hablar con nadie. Lo malo fue en que no me acosté solo, me acompañaron mis recuerdos de aquellos días, pude sentir su presencia, su olor, su alegría..., su amor. Como sería lo reventado que estaba tras la noticia que al levantarme supe que Esperanza había regresado a casa y dormía placenteramente a mi lado sin haberme percatado de su llegada.

Seguía sin tener nada claro lo que había ocurrido el día anterior, mejor dicho, la tarde anterior, de la mañana ya tendría tiempo para evaluarlo.

No hice más que llegar a la oficina y llamé de nuevo al móvil de Desiré.

65

Capítulo VII

— *Good Morning, Desiré speaking, how can I help you?!*

—Buenos días, soy yo.

—Hola, buenos días. ¿Qué tal te encuentras? Ayer me dejaste muy preocupada.

—Es que la forma en la que me pusiste al día con la historia, no fue de lo más afortunada.

—Es que no podía hacerlo de otra manera. Las horas iban de-vorando el tiempo en el que debía contártelo, y fui muy egoísta al no quererte compartir con nadie, ni tan siquiera con el fantasma de mi madre. —La tristeza comenzaba a aparecer en su tono de voz—.

Desde que recibí la caja y leí por primera vez la carta y el diario, no ha pasado ni un solo día en el que dejara de repasar algún párrafo.

Al principio del diario comencé a notar como su lectura me unía con mi madre, cosa no percibida nunca antes, era un vínculo de unión firme, sin conocerla comencé a quererla, a sentirla; por fin notaba la emoción de tener raíces, por primera vez tuve la sensación de orfandad, de la pérdida de una madre con lo que esto representa. Carecer del referente femenino de una madre es tan duro que no se puede expresar con palabras. —Y después de tragar saliva de la emoción ¡Buenos días, habla Desiré, ¿en qué puedo ayudarle?

67

continuó—: A la vez de sentirme sola y desamparada leyendo los primeros días del diario, días en los que fuisteis pareja, comencé a sentir sus sensaciones y por ende empecé a enamorarme de ti,

de su primer y único amor, del que, si la historia no hubiese sido tan cruel con ella, tú ahora serías mi padre, el padre que ansié pese a que mi abuelo ejerció como tal y bastante bien, por cierto. — Por su tono noté como se recomponía emocionalmente, recobrando entonación e inflexión—. Por sus relatos, los que espero que en algún momento leamos juntos, comencé a conocerte, bueno a conocer a KL pero no como al ansiado padre sino cómo el amante perfecto como lo definió mamá.

—Y, en ese momento, le salió el dulce acento como solo puede poner una tinerfeña—. Me enamoré de ti sin saber realmente como eras y, al conocerte todas mis expectativas se cumplieron en exceso. Te vi en persona por primera vez en el tren que nos llevaba a Sarria, pero en mi interior no solo te conocía, sino que además sabía como sentías o al menos eso creía.

Yo escuchaba con atención a Desiré, pero ante mi veía a Raquel.

—Y como estoy enamorada hasta las trancas de ti, no sabía cómo explicarte sin que se rompiera la magia. No sabía cómo te lo iba a decir, aunque si sabía que te lo tenía que decir y que el tiempo corría en mi contra.

Ante esta avalancha de sentimientos encontrados no me salían las palabras, tenía un montón de preguntas por hacer, pero el nudo en mi garganta lo impedía.

—¿Estás ahí? No dices nada.

A lo que con un gran esfuerzo respondí:

68

—No puedo, mi capacidad de asombro se ha visto superada por lo que cuentas. Siento algo muy fuerte por ti, Desiré, pero con los últimos acontecimientos no sé si es por Raquel o por la revancha que me da el destino, es algo muy difícil de explicar, como supongo sabrás estoy casado y quiero a mi mujer, pero los sentimientos que te has encargado de remover, han supuesto una fractura en mi vida con un antes y un después.

—Está ocurriendo justo lo que no quería que pasase, al final te estoy explicando todo de la manera más terrible, por teléfono.

—Quiero leer ese diario, quiero saber cómo llegó a tus manos, quiero saberlo todo. Estás segura que yo soy ese... KL del que habla el diario.

—Cuando lo leas no te quedará la más mínima duda.

—Dices que llegó a ti en una caja.

—Sí.

—Y tienes el remitente

—Sí, es una empresa de Valladolid que se dedica al software contable.

—Y que tiene que ver una empresa de software en todo esto...

¿Y de Valladolid?

—Lo desconozco, he llamado en un par de ocasiones preguntando el motivo del envío y que quién lo realizó, pero me dicen que no me tienen como cliente, ni en sus archivos aparece la dirección donde les digo mandaron la caja. La dirección es la de mis abuelos en La Laguna, la misma en la que vivió mi madre... y es vital que sepa quien envió la caja.—Insistió recalcando esto último.

69

—Me dices que te llegó una caja de una empresa con su logotipo, dirección y teléfonos y que niegan que salió de allí. No entiendo absolutamente nada.

—Pues es así.

—Necesito una copia del remitente, y de la empresa que tramitó el envío.

—Te lo mando en unos minutos por correo, pero llamando a los teléfonos que figuran ahí nada vas a conseguir.

—Pues entonces me tendré que presentar en sus oficinas si queremos enterarnos de que va todo este sin sentido.

—Cuando tengas pensado el día que vas a ir a Valladolid avísame, aun me quedan cuatro días de asuntos propios y al menos uno puedo ausentarme sin tener que avisar con dos semanas de antelación.

—Pues el próximo martes 14 puedo ir. Pero no hace falta que vengas, menuda paliza desde Bruselas, además me valgo y me sobro para aclarar este galimatías.

—Yo voy, tengo que ir y no solo en mi nombre sino también en el de mi madre. En unos minutos veo los vuelos de ese día a Madrid y te aviso con la hora de mi llegada. ¿Podrás venir a recogerme?

—Sigo siendo tu taxista preferido, ¿no?

—¿Me perdonas por la dureza con la que te informé? No lo digo como disculpa pero llevo algún tiempo con mucha tensión...

—Pues la verdad es que no me puedo enfadar contigo, o al menos hasta que no sepa qué y quién eres en verdad.

Y con un: «te aviso en unos minutos», se despidió de mí un tanto pensativa por mis últimas palabras.

70

No habían transcurrido diez minutos cuando recibí de vuelta su llamada.

—A las ocho y veinte de la mañana llega mi vuelo a Barajas, al no llevar más que equipaje de

mano espero estar en la calle a las ocho y media. Y desde entonces soy toda tuya para lo que quieras, pero solo hasta las siete y media de la tarde que sale mi vuelo de vuelta. El vuelo es el CHKCSK234

—Conforme, allí estaré a las ocho y media.

Al colgar tomé la firme decisión de no pensar ni un solo minuto en todo lo que había ocurrido hasta la fecha, de esa forma cuando retomase el asunto tendría las ideas más claras y no tergiversando tanto juicio inútil.

Y hasta ese lunes dejé todos los pensamientos referentes a Desiré en “*stand by*”. Demasiada información sin antes evaluar lo que decía el recién aparecido diario.

A las diez de la noche, Desiré, tan meticulosa como su madre, me envió un escueto *WhatsApp* que decía: «Nos vemos mañana a las ocho y media».

A las ocho y cuarto de martes 14 de octubre bajaba de mi Toyota Avensys en el parking C, el más cercano a llegadas de la Terminal T4 del aeropuerto Adolfo Suárez-Barajas, y a las ocho y veinticinco veía anunciado que el vuelo CHKDSK234 procedente de Bruselas tenía retraso, el famoso y odiado DELAYED.

Hasta las nueve no salió Desiré con su pequeña maleta de la mano.

Al verme se le iluminó la cara en un claro signo de aprobación.

71

Con un fugaz beso me dijo:

—Venga, vámonos, también nosotros salimos con retraso.

A lo que intentando tranquilizarla contesté:

—No te preocupes, saliendo a estas horas apenas hay tráfico, a Valladolid llegaremos para desayunar.

Y dicho y hecho, eran las once y media cuando, llegando a Valladolid, tomábamos la Avenida de Salamanca como continuación a la Autovía de Castilla hasta cortar con la calle La Flecha en la que se encontraba la sede de la compañía de software buscada. El navegador había hecho su trabajo a la perfección.

Durante el viaje Desiré aprovechó para ponerme al día de su vida. Había sido una niña que sin ser deseada (todo lo contrario), no llegar a conocer a su padre y ser huérfana de madre desde los once meses, había sido querida. Su educación la habían llevado entre sus abuelos maternos y Merche, la madrina y mejor amiga de su madre.

La tienda de electrodomésticos de su abuelo César y las aportaciones que hacía Merche en el capítulo de estudios hicieron de Desiré una joven con buena formación, que vivía de forma

holgada.

Al fallecimiento de Raquel, Merche tomó el timón en cuanto a la enseñanza escolar de Desiré y consiguió que la admitieran en los mejores colegios de la isla.

La muerte de su abuela Kika supuso un punto de inflexión en su vida y a los pocos meses partía a estudiar a Canadá, costeando todos los gastos su madrina Merche. En Acadia University, importante universidad pública en Wolfville (Nova Scotia), cursó 72

estudios universitarios y de post-grado, sacando excelentes notas.

Su nivel de inglés podía considerarse como nativo, y de francés como alto.

Y no solo a lo que conocimientos se refiere alcanzó grandes metas sino también en cuanto a carácter y forma de vivir. El primer curso allí lo recordaba como un año muy duro por el cambio tan abismal en idioma, trato, mentalidad, amigos, comidas..., y la falta de cariño hasta entonces de su abuelo y su tía Merche. Pasado el primer año comenzó a mostrarse como una chica de su tiempo y una vez eliminado el barniz que da la educación en una ciudad no muy grande y la súper protección familiar, en nada tenía que envidiar al resto de canadienses que también estudiaban allí. Todo esto le imprimió un carácter duro y una forma especial de afrontar los problemas. De Wolfville pasó directamente a Bruselas sin hacer escala en España en lo que a temas laborales se refiere, sus buenas notas, sus tres idiomas y el ser una mujer joven le ayudó sobre manera para entrar a trabajar dentro de la Unión Europea en la Dirección General de Empleo, Asuntos Sociales e Inclusión, dependiendo directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores Español. Al poco de vivir en Bruselas comenzó a compartir vida y vivienda con un catedrático holandés que la sacaba veinte años, pero aquello duró poco tiempo. En la etapa que llevaba trabajando en la capital belga se había granjeado la confianza de sus superiores y debido a esto su meteórica carrera.

Lo más duro de los últimos dos años había sido, aparte de recibir la caja con los objetos personales de su madre, el tener que haber ingresado a su abuelo en un centro para mayores debido a 73

su avanzada demencia senil y el fallecimiento de su tía y madrina Merche en un trágico accidente de carretera.

Al no estar su abuelo la caja había sido recogida por una vecina de confianza, que a su vez era la encargada de adecentar la casa los días previos a su llegada.

No se prodigaba en viajes a la Isla, no solo por falta de tiempo y los kilómetros que le separan sino por los recuerdos en aquella, ahora, casa vacía. Su abuelo apenas la reconocía las veces que le visitaba y esto hacía de hándicap para volver más a menudo a La Laguna.

Según me iba contando su vida más iba sintiendo no ser el padre de semejante triunfador, que es lo que era esa joven de veinticinco años.

Los últimos comentarios sobre su existencia los tuvo que resumir sobremanera debido a que ya habíamos aparcado en un parking público muy cerca de la calle La Flecha número 20. Diez minutos después nos encontrábamos ante la bonita fachada de DiamantSoft empresa desde la que

salió el famoso paquete (caja) que contenía objetos personales, una carta anónima y el diario de Raquel.

Llamamos a la puerta y esta se abrió automáticamente mostrándonos una recepción bastante amplia, con un montón de vitrinas y expositores en sus paredes, así como posters de sus productos debidamente enmarcados. Una señorita salió a nuestro encuentro saludándonos y preguntándonos:

—¿Qué desean?

A lo que yo contesté:

74

—Buenos días, mi nombre es Jacobo Fernández y deseaba hablar con el gerente.

—¿Y cuál es el motivo? ¿Tenían cita con él?

—No tenemos cita, soy el director comercial de una empresa de Hardware y queríamos ver la posibilidad de implementar algunos paquetes de software en nuestros equipos. La intención es comercializar, llave en mano, los productos dentro de la Unión Europea.

La cara de asombro de la joven recepcionista fue tal que casi nos dejó con la palabra en la boca, al salir en busca del gerente. Sus palabras mientras se alejaba de nosotros fueron:

—Un momento, llamo a nuestro gerente.

Si la cara de asombro de la recepcionista fue grande, la de Desiré le ganaba. A tal grado llegó su asombro que durante la ausencia de la señorita me dijo:

—Que rollo le has contado, no será verdad que tienes también una empresa de Hardware. Yo me lo he llegado a creer.

No tuve ocasión de reír la gracia a Desiré porque en ese preciso instante apareció, tras la recepcionista, un señor de unos cuarenta años, con una chaqueta de sport bastante arrugada y gastada, símbolo que la tenía allí para alguna ocasión “especial” como la nuestra.

—Buenos días, mi nombre es Eduardo Gil gerente de DiamantSoft, me ha dicho nuestra recepcionista que quieren comercializar algunos de nuestros productos.

A lo que en un ataque de honestidad le dije:

—Buenos días, Eduardo, mi nombre es Jacobo Fernández y soy director comercial de una empresa de excavaciones que poco o nada

tiene que ver con ustedes. —Necesitaba captar su atención antes de que nos echara a patadas de su empresa—. Hace siete meses mandaron un paquete a nombre de Desiré Baute Echevite a San Cristóbal de la Laguna en Tenerife como puede ver en esta fotocopia del remitente.

Eduardo con cara de póker y con evidentes signos de malestar por el engaño en el que había

caído, fijó su mirada en la fotocopia que le entregué.

—Sí, efectivamente esta es una etiqueta de la que empleamos para mandar nuestros productos. Si me permiten unos minutos les diré a qué pedido pertenece.

A lo que Desiré apuntillo con poca vista.

—El envío está a mi nombre y yo no les he pedido nada, ni tan siquiera los conocía hasta la recepción del paquete.

—Entonces ha debido ser un error. Devuélvalos a portes debidos y nosotros se lo haremos llegar a su verdadero dueño.

—Perdón, Eduardo, pero es que no he debido explicarme bien.

El paquete iba a mi nombre y lo que se encontraba dentro también es de mi propiedad.

—No lo comprendo, si todo está bien donde está el problema.

—El problema consiste en que me mandaron documentos de hace más de veinte años, documentos que no sabíamos que existie-ran y que podrían desenmascarar a un posible asesino.

Me sorprendió que incluyera la palabra “asesinato” pero la tomé como forma de captar su atención.

Los ojos del gerente se iban abriendo más y más según le íbamos involucrando en el tema.

76

—Esperen un momento que consulte con el encargado de almacén, él es el responsable de todos los envíos.

Este marcó una extensión en el teléfono de recepción y se dio la vuelta para que no escucháramos los datos que estaba pidiendo al almacenero.

Tras unos minutos de largo silencio, intentando imprimir más fuerza a la conversación que habíamos tenido segundos antes, aparece un joven de unos veinticinco años con un listado de bastantes hojas, con lo que esperaba fuera la información de los envíos en los días que precedieron al 9 de abril que es cuando Desiré recibió el paquete.

Por lo que pude apreciar cada pedido iba asociado a una empresa, con una fecha, y la palabra COMERCIAL seguida de un número.

Al aparecer Desiré Baute Echevite vimos que carecía del último recuadro, el que correspondía al número del comercial.

Visto el error, Eduardo tomó el listado con la mano derecha y al almacenero con la mano izquierda y se los llevó a una esquina de la sala. Al minuto el almacenero salía rápidamente de la sala.

—Disculpen, debe de tratarse de un error que en unos instantes se subsanará, y les podré informar sobre el desafortunado envío.

A los cinco minutos volvía a aparecer el joven responsable del almacén por la misma puerta por la que había desaparecido a la carrera. Habló con Eduardo y la conversación no le debía ir favorable por que se iba poniendo cada vez más colorado.

77

Este se acercó de nuevo a nosotros, pero esta vez de forma amable, cambiando su actitud de forma radical.

—En su caso, Srta. Baute, hubo un cúmulo de errores. En realidad, no tenemos nada que ver con el envío.

—¿Cómo? —gritó Desiré perdiendo de golpe la compostura incomprensiblemente.

—A ver, tranquilícese. Les explico. El paquete salió en valija desde aquí, pero DiamantSoft no tiene nada que ver con ello. Al parecer ese día llamó Alfonso Argüeso, hasta hace siete meses gerente de la compañía, a uno de los chicos del almacén para que le hiciese un favor personal, debido a que por problemas de salud el apenas podía mover-se. Les decía que Alfonso Argüeso pidió a uno de los chicos del almacén que pasase por su casa, recogiera un paquete y lo enviara desde una estafeta de correos sin dar datos del remitente, el motivo lo desco-nocemos, pero así fue, se lo pidió como favor personal pagándole unos euros por ello. El chico se despistó en la hora del envío y en un alarde de “lógica” según él, y al ser Alfonso un antiguo miembro del equipo directivo, pensó en meter el paquete dentro de la valija preparada para la expedición de ese día. Como les decía todo un cúmulo de errores.

Yo intentando quitar hierro al asunto y con la esperanza de sacar algo en limpio esa mañana dije:

—Bueno, hasta aquí todo queda razonablemente claro, ahora necesitamos que nos diga donde podemos localizar al tal Alfonso Argüeso.

—Imposible, lo que me piden es imposible. —Y con cara de circunstancias concluyó—: Falleció hace hoy dos meses.

78

En ese momento, tanto Desiré como yo sentimos que se nos caía el cielo en las manos. Era la una y media y se nos había cerrado la única puerta que nos mantenía en la esperanza de saber de algo con lo que empezar a montar el puzle de los últimos meses de la vida de Raquel Baute Echevite.

—¿El nombre completo del fallecido era?

—Alfonso Argüeso Quintas

—¿Qué edad tenía?

—No lo sé exactamente, unos cuarenta y cinco años

—¿Cuál fue el motivo del fallecimiento?

—Un cáncer galopante, se lo diagnosticaron cinco meses antes de que falleciera.

Los ojos de Desiré se abrieron de par en par.

A cada respuesta de Eduardo me miraba con aquiescencia, con-firmando con su mirada todos los datos hasta el momento.

—Fue una auténtica pena, tenía un aspecto excelente hasta que le diagnosticaron, en un control que nos hacen en la empresa a todos los empleados, un cáncer de páncreas y a partir de entonces el deterioro se podía observar día a día.

—¿Tenía algún familiar cercano?

—Sí, un hijo.

—Nos podría dar el teléfono. Sé lo doloroso que puede ser hablar de ello en estos momentos en los que está tan reciente, pero de verdad es importante.

Y tomando Eduardo una tarjeta de la empresa escribió sobre ella un móvil y el nombre Carlos Argüeso Sánchez 79

Salíamos de DiamantSoft con un par de puntos más de animación que la que disponíamos tan solo quince minutos antes. Se nos había cerrado la única puerta que teníamos, pero como dicen, el aire al cerrarse la puerta nos había abierto una ventana y esta era hablar con el hijo de Alfonso Argüeso con el fin de obtener datos de los que sacar alguna pista.

Antes de llegar al coche ya estaba marcando el móvil de Carlos Argüeso.

—¿Carlos Argüeso Sánchez?

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es Jacobo Fernández y me gustaría hablar unos minutos con usted referente a un paquete que mandó su padre unos meses antes de su fallecimiento.

—Perdón, no le entiendo.

Y con el fin de captar su atención, sabedor que el tiempo jugaba en nuestra contra, aceleré el ritmo de la conversación y recordando que la palabra “asesinato” utilizada por Desiré en las oficinas de la empresa de software había surtido efecto, dije

—Estamos investigando un posible asesinato y en las pesquisas aparece un paquete mandado desde la empresa DiamantSoft que según uno de los empleados del almacén, fue su padre el que dio orden de enviar.

En ese momento Desiré me echó una sorprendente mirada de asombro.

Bastantes segundos tardó en responder a mis alusiones.

—No entiendo nada. Que tiene que ver mi padre en un asesinato.

80

—Posible asesinato —apuntillé.

—Sigo sin entender. Y ese dato de que un chico del almacén recibo de mi padre no sé qué, ¿quién se lo ha dado?

—Nos lo acaban de dar en DiamantSoft, el Sr. Gil

—Discúlpeme, pero debo confirmar este dato, tenga en cuenta que es muy grave lo que me está comentando. Le llamo en unos minutos a este mismo número.

Y en el tiempo que tardamos en entrar en un bar cercano al parking y pedir un par de Coca-Colas, recibí la llamada esperada.

—¿Jacobo... Fernández?

—Sí, dígame, Carlos.

—En primer lugar, le informo que no estoy de acuerdo con nada de lo expresado esta mañana por parte de empleados de la compañía, y no me hago responsable de nada de lo ocurrido.

—No estamos buscando responsabilidades de nada, solo queremos averiguar algunos datos de la vida de su padre que nos ayuden a esclarecer un posible asesinato.

—Pues ahora entiendo menos.

—¿Podemos quedar hoy? Solo le robaremos quince minutos de su tiempo

—Con gusto lo haría, pero me encuentro en León y hasta esta noche no llegaré a Valladolid.

—¿Dispone ahora de unos minutos?

—Sí, dígame.

Y entonces le conté la historia del envío del paquete por parte de Alfonso Argüeso a Desiré, le hablé de la existencia de un diario 81

y de una carta manuscrita que llevaba el paquete. Le hablé muy por encima debido, principalmente, a que yo tampoco había leído ni el diario ni la carta.

—Carlos, resumiendo, lo que queremos saber es si su padre hizo el servicio militar en Tenerife, en el cuartel San Francisco... Y

si recuerda el año

—Sí, lo hizo en Tenerife, creo que en un cuartel que hay en La Laguna, pero el año no estoy muy seguro.

Y tras un silencio que daba a entender que estaba calculando fechas, soltó:

—1988, puede que un año antes o después, pero apostaría que en el 88.

—Pues muchas gracias, Carlos, aunque le parezca extraño, estos datos han sido de gran ayuda.

—Les ruego me informen cuando descubran todo lo ocurrido, pero les puedo asegurar que mi padre era incapaz de matar a una mosca y menos a una persona.

Y como si de un auténtico detective se tratara, le respondí en forma de despedida.

—Es una línea de investigación más. Le informaremos a la conclusión y repito, muchas gracias por la ayuda prestada.

Eran las dos y media, no habíamos comido, nos restaban doscientos kilómetros por recorrer y debíamos estar antes de las siete y media en el aeropuerto.

Lo que desconocía es que mi capacidad de asombro se vería sobrepasada una vez más en el viaje de vuelta.

82

Comimos en un restaurante a las afueras de Valladolid y el silencio durante la comida fue absoluto, nos encontrábamos recomponiendo la historia vivida esa mañana.

Antes de tomar el coche, cogió Desiré las llaves y me dijo con cara muy seria:

—Tengo una sorpresa para ti, he traído una fotocopia de la carta anónima, y que todo hace indicar que es de Alfonso Argüeso.

Quisiera que lo leyeras en silencio y sin hacer comentarios. Si te fías de mí, llevo yo el coche, aunque me tienes que decir por donde ir, y tú aprovechas para leerla.

—Pero cual es el motivo por el que no me la has hecho leer antes, hubiese sido muy importante conocer datos, que seguro aparecen en estas líneas, a la hora de entrevistarnos con el posible autor.

Lo has hecho muy mal.

—No te lo he dado para leer antes por la dureza de los textos y que, en el caso de haber encontrado a su autor, era vital que al menos uno de nosotros guardase la compostura, y seguro que yo no iba a ser.

—¿Pero tan fuerte es?

Y con una media sonrisa forzada y un levantamiento de hombros dio por cerrada la conversación.

Intercambiamos llaves y carta, cometiendo un nuevo error por el mal cuerpo que me puso su lectura y más recién comido.

Cerca de media hora invertí en la interpretación de aquella “pe-tición de perdón” que únicamente constaba de dos hojas manuscritas con letra cursiva y diminuta.

Las fotocopias empezaban con:

83

Hola, Desiré.

Escribo estas líneas con el fin de aligerar, en lo posible, los remordimientos de toda una vida lastrada por un error de juventud.

Ahora que apunto estoy de rendir cuentas ante Dios, quiero descargar mi alma de la losa que lleva presionándome más de veinticinco años.

No firmo esta carta porque con ello implicaría a terceras personas y con estas líneas lo que persigo es acallar a mi apenada conciencia.

Hace muchos años tu madre sufrió una repugnante violación en la que me avergüenza reconocer que participé. Aun después de tanto tiempo, desconozco el motivo por el que me impliqué en tan terrible hecho, pero la verdad es que lo hice.

Él, y no quiero dar su nombre, me convenció en dar una lección a una muchacha cuyo único pecado fue no hacerle caso y pasar de él. Como te decía me convenció para asustarla, simplemente para asustarla y, en el baño del piso que teníamos alquilado, al final de una fiesta la desnudamos. Yo esperaba que quedara solo en eso, en asustarla, porque Él decía que era una caliente-braguetas y que a estas chicas ha-bía que hacerlas entender que eso no estaba bien. Mi misión era que no se escuchasen sus gritos, hacerla callar, taparle la boca. Y cuando ya tenía conseguido mi cometido, Él, en un movimiento rápido, se bajó los pantalones y comenzó a

84

penetrarla de manera asquerosa y repugnante. Yo no sabía qué hacer en ese momento, seguía tapándole la boca, pero la verdad es que había dejado de gritar, su hinchado cuello no permitía salir sonido alguno. Él con los ojos inyectados en sangre, disfrutando sobremanera de su posesión vil y canalla, consumó la salvajada en pocos segundos debido al alto grado de excitación que supuso la resistencia de Raquel. Al final me invitó a que abusara yo también, como si de una copa de cerveza se tratara, pero fui incapaz de hacer absolutamente nada, nada excepto llorar por que una parte de mi había sentido la violación como si la hubiese recibido. Él, para que yo también consumara la tropelía, me abofeteó y me llamó “ma-ricón de mierda”, pero en verdad, en ese momento me daba todo lo mismo, estaba en estado de shock.

Al ver que era incapaz de consumir yo también la violación, tomó a Raquel de los hombros y la gritó una y otra vez: «aquí no ha pasado nada», «tú me has provocado»,

«lo estabas pidiendo a gritos», frases en las que quería descargar su culpa en un claro signo de que también Él había perdido los nervios. Pocos segundos después, y ya más relajado, la levantó y la metió bajo la ducha diciéndole cosas al oído que yo no pude llegar a oír.

En ese momento comencé a vomitar, mi cuerpo no podía resistir tal cantidad de sin sentidos.

Con “cierta ternura” la ayudó a lavarse, con el fin de no dejar ningún tipo de rastro de lo perpetrado minutos atrás.

85

Raquel en un estado de semiconsciencia, como si de un fantasma se tratara, con la vista perdida en el infinito, se dejaba hacer. La secamos, ahí colaboré yo, más que nada en señal de pedir perdón, y la llevamos, como si estuviese sedada, hasta un banco del parque que hay a espaldas de su casa, junto al callejón. En mi caso regresé al piso a limpiar mis vómitos y hacer desaparecer cualquier cosa que diera a entender lo que allí había ocurrido hacía una hora, y Él se fue a tomar unas copas no sé si para purgar en alcohol sus penas o para celebrar el victorioso hecho.

Esto que te estoy contando ha presionado mi vida desde entonces, y en verdad no ha pasado un solo día en el que no me arrepintiese.

Hoy he tomado la “valentía” a mi cobardía de aquella tarde, porque tras un montón de pruebas, me han confirmado que sufro un cáncer de páncreas y me dan, en el mejor de los casos, tres meses de vida. En parte estoy agradecido a este nefasto tumor porque de no haberse producido seguiría escondido en el silencio cobarde que me ha hecho callar hasta hoy.

Después de estos hechos perdí la pista tanto de Raquel como de Él, y más después de abandonar la isla tras licenciarme. Pero al año y medio aproximadamente recibí una carta certificada de Él en la que me daba un número de teléfono para que me pusiera en contacto a la “mayor 86

brevedad posible” por un tema “importante y urgente para los dos” y subrayaba los dos. El miedo se volvió a apoderar de mí y realicé de inmediato la llamada que nunca tuve que realizar.

En la conversación telefónica me dijo que Raquel se había quedado embarazada fruto de la violación, y que llevaba meses extorsionándole, le amenazaba con denunciarle y solicitar una prueba de paternidad. Yo le dije que nada tenía que ver en el tema, a lo que me respondió que si a Él le acusaban de aquello iba a tirar de la manta y que yo saldría salpicado, que la responsabilidad mía podría suponerme unos añitos entre rejas.

Enseguida, y con el fin de quedar bien con Él, le dije que no disponía de dinero a lo que me cayó con un: «yo me encargo del tema económico»; había olvidado que era hijo único de un terrateniente, y que dinero era algo de lo que estaba sobrado.

Quedamos para el siguiente fin de semana en Santa Cruz con el pretexto, según Él, de “no levantar sospechas”. Yo no sabía a qué se refería con ello, aunque poco tardé en saberlo.

Al entrar en el salón del hotel en el que me “hospedó”, vi que se dirigía a mí un hombre gordo y hasta que no lo tuve a metro y medio, no logré reconocerlo, había envejecido sobre manera en el poco tiempo que hacía que no nos veíamos.

87

Me comentó que tenía reservado el hotel hasta el siguiente martes y que disfrutara de unas mini vacaciones hasta el martes en que necesitaría de mis servicios. Yo cada vez entendía menos, pero intenté aprovecharme de la coyuntura. En mi cabeza se mezclaban argumentos sobre qué ocurriría el martes en que tanto misterio había esparcido Él.

El lunes por la noche, sobre las once y media recibo una llamada de control, me pregunta cómo me encuentro, y dando muestras de gran nerviosismo me explica que al día siguiente por la mañana estaba citado con Raquel para poner punto y final a la extorsión a la que le sometía con el fin de que se casaran y que la pequeña Desiré tuviera sus apellidos. Todavía no sabía exactamente que pintaba en aquella obra de teatro, pero si finalizaba feliz y en cima me había chupado unos días de vacaciones en Tenerife pues...

mejor que mejor. También me comentó que Raquel se encontraba internada en una clínica debido a una depresión de la que ya estaba casi bien.

Me pedía que permaneciera en el hotel y esperase una posible llamada suya.

Yo obedecí y la mañana del martes no salí, o mejor dicho no tenía intención de salir hasta que recibí la llamada de Él; con un mensaje escueto y sencillo, me ordenó entrar en casa de Raquel, de la manera que fuese, y llevarme de su habitación cualquier cosa que nos pudiera involucrar.

88

Ante tal “orden” pregunté que qué es lo que ocurría, a lo que me contestó de manera tajante: «lo único que ocurre es que nos jugamos veinte años de cárcel cada uno», Raquel había fallecido y si encontraban algo en su habitación que nos pudiera relacionar, casi seguro que nos imputarían también de asesinato.

De nuevo me sentía frustrado, utilizado, manipulado..., como hacía año y medio. Pero, aun así, como alma que persigue el diablo obedecí su orden. Subí hasta La Laguna en taxi, la urgencia del hecho y el dinero fresco que me había dado Él días atrás me lo permitieron. En el viaje no me podía quitar de la cabeza que todo aquello era ocasional, todo lo contrario, sentía que formaba una parte importante de un plan perfectamente elaborado en tiempo y forma, me sentía usado, manejado. Ya en La Laguna no me fue complicado entrar en su casa por lo bajo que se encuentra el balcón de su habitación que da a un callejón en nada transitado. Fácil me fue entrar en su cuarto y deambular por la casa después por encontrarse vacía, como más tarde me lo corroboró Él.

Los padres, únicos inquilinos de la casa, habían salido de forma rápida al recibir la llamada de la clínica en la que estaba hospitalizada su hija, y desde la que pedían que fueran rápido pues esta se encontraba en estado grave. Sin descolocar nada para que no llamara la atención después, me llevé libros, apuntes, un diario... Todo 89

lo que había en los cajones de su mesa de estudio, un pequeño joyero...

La orden de Él fue saquear su habitación y todo des-truirlo y quemarlo inmediatamente. Insistió en que una vez quemado tirarlo a la basura en diferentes contenedores lo suficientemente separados para evitar posibles pistas a la policía, en el hipotético caso que realizaran una investigación.

Pero yo no tuve valor y guardé en una caja todo lo que retiré de su habitación, como si de un tesoro se tratara, intentaba mitigar mi conciencia con ello.

Por la noche me invitó a una cena de despedida y me contó que, en un forcejeo con Raquel en la cama de la clínica, al no aceptar su dinero y gritando que iba a denunciarlo y a solicitar las pruebas de paternidad, en un ataque de ira, puso la propia almohada sobre su cara y la asfixió. Al parecer nadie le había visto y por lo tanto parecía un ataque al corazón producido por la cantidad de fármacos que había ido recibiendo en los últimos meses. Su cara relajada daba a entender otra cosa bien distinta, dejaba entrever que el plan había salido a la perfección y que se había quitado el problema de su vida; que ya sólo Él y yo sabíamos lo ocurrido y que yo no podía declarar en su contra por estar involucrado hasta el cuello tanto en la violación, asesinato y posterior encubrimiento.

90

Con la tranquilidad del deber cumplido nos despedimos, y como si de un mal sueño se tratara, tomé todas las pertenencias de Raquel depositadas en la caja de cartón y me las llevé a mi casa de Valladolid para recordar siempre que mi conciencia estaba marcada por una violación y por un asesinato.

El contenido de la caja ha descansado en mi casa hasta el día de hoy en el que tengo la necesidad de mandártelo y contarte lo que le pasó a una joven hace más de veinte años años. Todo era propiedad de tu madre y nada ha sido manipulado ni profanado. He leído únicamente una vez el diario, fue nada más robarlo y desde entonces no he tenido el valor suficiente de hacerlo otra vez.

Soy tan cobarde que no merezco tu indulgencia ni tan siquiera solicito tu perdón.

El paquete no lleva remite, no quiero que mi familia se entere de toda esta tropelía, ellos no tienen por qué soportar el bochorno de pertenecer a una familia con un miembro tan repugnante como yo.

Con la valentía que da el saber que, en poco tiempo, muy poco según el oncólogo, podré pedir perdón a tu madre allá donde esté y esperando que Dios se apiade de mi alma, abochornado me despido de ti.

Valladolid, 1 de abril de 2015

91

Tras leer varias veces el contenido de la carta, quedé inmóvil y sin posibilidad de pronunciar

palabra alguna, en mi cabeza se agolpaban fechas, nombres, caras... Las descargas de información que estaba registrando el disco duro de mi subconsciente era tremenda.

Por fin sabía el motivo por el que Raquel no quiso volverme a ver e incluso comprendía su reacción para conmigo. ¿Cómo se podía ser tan miserable? ¿Qué le había hecho a ese hombre mi Raquel? ¿Cuál fue el motivo para semejante acción? Todo mi interior se estaba re-volviendo, la angustia capeaba a sus anchas sobre mí. El volcado de adrenalina a mi torrente sanguíneo fue demasiado, tanto como para no poder continuar sentado en el coche, por lo que rogué a Desiré que parara, tenía que salir y moverme, gritar, llorar, soltar la presión que se aferraba a mi cuerpo.

Dicho y hecho, paró el coche en el arcén de la primera recta, y salí como alma que persigue el diablo y grité y... caí de rodillas sobre unos matorrales vomitando a continuación.

¿Cómo puede ser una persona así?

Ya más calmado regresé al vehículo, volví a sentarme como copiloto y no crucé media docena de palabras en lo que restaba de trayecto hasta el parking del aeropuerto Barajas-Adolfo Suárez.

Fuera del coche, en el momento en el que me hacía entrega de mis llaves, pude comprobar que los ojos color miel de Desiré estaban ahogados en lágrimas contenidas, había conseguido aguantar mi reacción en el coche y el sepulcral silencio del trayecto, pero, demostrando que también era humana, rompió a llorar todo lo que no pudo hasta entonces.

92

—Te das cuenta ahora porque no quería dejarte leer la carta antes de llegar a Valladolid, hubiese sido un problema añadido al que ya de por sí llevábamos. —El llanto lejos de amainar aumentaba por momentos—. También ha sido muy difícil para mí no darte o hablarte de la carta hasta hoy.

—Quiero leer el diario. Me dijiste que lo tenías escaneado,

¿no?, pues mándamelo.

—No, quiero leerlo contigo, es mucho más fuerte que todo esto, necesito sentir a mi madre a través de tus reacciones. No me pidas algo que no quiero hacer.

—Es que ahora necesito más que nunca leer todo lo que puso en ese diario.

—Lo haremos, en dos semanas tenemos un seminario en Toledo y puedo llegar un día antes y dedicarlo a bucear en el diario contigo.

—¿Bucear?, no te comprendo, que quieres decir con bucear.

—Pues intentar sacar conclusiones a su lectura, posibles pistas e intentar saber quién fue ese mal nacido.

—¿Y cuándo dices que puedes venir a Toledo?

—El lunes 24 de octubre.

Momento en el que recordé una cita importante en mi calendario:

—Imposible, ese día abren la plica del proyecto de ampliación del puerto deportivo en Puerto Chico -Tenerife y aprovechando que mi esposa tiene unos días de vacaciones, nos vamos a Santa Cruz viernes, sábado, domingo y lunes.

—Una pena, pero ya quedaremos otro día, aún tengo tres días de vacaciones y los tomaré para esto. Pasadlo “bien” en mi tierra.

93

Por cierto, podías aprovechar y pasarte por el cuartel San Francisco con el fin de pedir un listado de todos los soldados que se encontraran allí por esas fechas, yo lo reclamé, pero no me hicieron ni puñetero caso, y eso que iba recomendado por gente del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero ya sabes que los militares son un gueto aparte y el ocultismo está allá donde se encuentran.

—Confío en tener más suerte que tú.

—¿Entonces lo harás? —preguntó ilusionada—. Podías decir que estás preparando una fiesta por el treinta aniversario de vuestra licencia del Servicio Militar y que necesitas los datos, aunque estén obsoletos, como seguro te responderán.

—Buena idea, aunque algo “light”, lo tengo que pensar despacio y preparar algún argumento de peso.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya estoy bien. Es que me vine abajo por lo inesperado de la historia. ¿Y tú?

—Ya estoy bien. Los nervios me jugaron una mala jugada.

Y con un “nos llamamos” se perdió entre la gente que ya estaba accediendo al finger de su vuelo destino a Bruselas.

Otra vez me encontraba frente al mostrador de embarque, inmóvil, frío como un témpano de hielo y sin saber reaccionar ante la información de lo que pudo ser mi vida si ese “sin alma” no hubiese cometido tal tropelía.

El camino a casa se hizo eterno, mi mente iba cien veces más rápida que el motor de mi coche. Y de nuevo la frase más repetida durante toda la tarde fue: «¿Por qué?».

94

Intentaba volver a la vida cotidiana pero mi mente lanzaba flashes de aquellos años que me rompían el corazón y de nuevo quedaba atolondrado, perdido, anclado en el pasado.

Esa noche y los días sucesivos di cientos de respuestas a la pregunta, pero ninguna lo suficientemente convincente como para que la tomase en serio.

El día a día demandaba toda mi atención por lo que a las pocas fechas “el caso Raquel” pasó de nuevo al archivo de la “P” del pasado... pero solo hasta que recibí una llamada del Cabildo Insular de Canarias informándome que la apertura de plicas para la concesión de obras de mejora del puerto deportivo de Puerto Chico se posponía ocho días, se haría el martes 3 de noviembre. Mi primera reacción fue llamar a Esperanza informándola de ello, intentando posponer los billetes y el hotel para entonces, pero ella ya no podía acompañarme, la flexibilidad para tomar días de vacaciones era casi nula en el hospital en el que trabaja. Después de aclarar con la agencia de viajes las nuevas fechas de vuelo y hotel, mi siguiente paso fue llamar a Desiré para contarle los cambios de agenda confirmándola que el lunes 24

de octubre estaría en Toledo a partir de las diez de la mañana.

Al explicarle los motivos por los que pospuse mi viaje a Tenerife, darle las nuevas fechas y comentarle que no me acompañaría Esperanza, como si de un resorte se tratara me contestó:

—Fenomenal, el lunes quedamos en Toledo y tengo el tiempo suficiente como para solicitar los tres días que me restan de vacaciones para acompañarte a Tenerife, a la apertura de las plicas y a tu visita al cuartel. De nuevo parece que todo comienza a ponerse de cara.

95

La efusividad de sus palabras llamó mi atención, pese a que debería haber contado con ello.

—Da la impresión que estabas deseando que se produjera algo así.

—Pues si te digo la verdad, sí. Es imperioso conocer el nombre del asesino de mamá y si de paso estoy contigo un par de días pues... todo un lujo.

—Desiré, creo que tenemos que comenzar a hablar en serio de nuestra relación, esto no puede seguir así.

—¿Qué relación? Sólo somos amigos ¿no?

—Estamos dejándonos llevar y eso puede hacernos daño a los dos.

—No te equivoques, para mi eres el novio de mi madre y nada más. Recuerda lo que te dije en El Camino de Santiago al entrar en el hostel: «una habitación, un baño, dos camas y las ideas muy claras de que no haremos nada que no queramos los dos o podamos arrepentirnos después».

—Ahora parece que la madurez está de tu parte. Pues adelante, hagamos eso.

—Te llamaré para indicarte el nombre del hotel y el número de mi habitación. Sé que eres muy puntual, pero en este caso deberías serlo aún más, tenemos poco tiempo y mucho que leer y analizar.

Vente cargado de paciencia y de aguante.

Y con un: «besos», colgó el teléfono.

Capítulo VIII

En esos momentos tenía la impresión de que éramos dos de esos detectives norteamericanos de los años 80, que de una carta y una caja con pertenencias de hacía un cuarto de siglo, estábamos sacando datos con los que reescribir los últimos meses de una encan-tadora joven a la que un resentido, celoso y desconocido “soldadito”

había troncado la vida.

Como terapia ya me había funcionado anteriormente, por lo que de nuevo hice propósito de no pensar en nada sobre este tema hasta la mañana del 24 de octubre en la que a las ocho de la mañana salía dirección a Toledo, con los datos del hotel en el *WhatsApp* de Desiré recibido el día anterior, con un trayecto de apenas una hora en la que mi mente analizó todos los *inputs* de que disponía hasta ese momento, y una vez más sin sacar nada positivo de ello.

Llegaba con casi cuarenta minutos de margen, tiempo que quería aprovechar para tomarme tranquilamente un café en algún bar adyacente, pero todos mis planes se fueron al traste y a punto estuve de llegar tarde por no recordar que esa parte de Toledo está prohibida al tránsito de vehículos no residentes. Tuve que dejar mi Toyota a las afueras y darme una carrera para llegar, en tiempo y forma, al monumental Hotel Fontecruz Toledo, situado en el anti-97

guo Palacio Eugenia de Montijo, a escasos metros de la Catedral. Y

todo sin tomarme el preciado café.

A las diez entraba en el Hall y al fondo del salón principal se encontraba Desiré, aún más bonita de lo habitual al llevar una camisa entallada roja con botones blancos y una falda tipo tubo a media pantorrilla en color blanco roto. Su figura espléndida, su estilo so-berbio y su cara radiante.

—No sabía que era una reunión con traje de gala.

—Primeramente, buenos días. Y después te diré que estaba probándome la ropa que he traído para estos días y se me ha hecho tarde.

—Qué pena, yo creía que te habías arreglado por mí.

—Para ti lo que quieras... Pero dejemos las galanterías para otro momento. Subamos a la habitación que tengo todo preparado.

—No, mejor antes nos tomamos un café. ¡Lo necesito!

—No te preocupes, pido al servicio de habitaciones algo de desayunar, pero comencemos ya.

Y, efectivamente, en la habitación estaba todo perfectamente ordenado no como en su anterior visita a Madrid en el hotel Villa Magna; sobre el pequeño buró, el portátil abierto, dos cuadernos

uno a cada lado y bolígrafos de diferentes colores.

—Lo que vas a leer es bastante duro y en el caso que logremos descifrar el nombre de quien cometió tal atropello, lo quiero dejar en manos de la policía, y que sean ellos los que hagan el trabajo final. Tengo sospechas y dudas que seguro contigo se aclaran.

La teoría me parecía la correcta pero como siempre distaba mucho de la auténtica realidad, y en este caso la realidad era que no 98

teníamos más que el reconocimiento de violación y asesinato por parte de un muerto, que en el mejor de los casos daría veracidad al hecho, pero habiendo trascurrido más de veinticinco años ya nadie invertiría ni tiempo ni medios en conocer la verdad. También teníamos en contra que no había ni una herencia ni nada importante que llamara la atención, o al menos eso creía.

—Siéntate y comenzamos la lectura. El diario lo he dividido en tres partes y como tal lo tengo escaneado. Después de leerlo te puedo dar una copia para que lo releas cuantas veces quieras y necesites. Luego entenderás el motivo.

Y sin más comenzamos la lectura del primer tercio del diario.

99

Capítulo IX

09 de enero

Querido diario, eres el regalo de cumpleaños que me ha hecho mi amiga Merche y le he prometido que apuntaré una vez a la semana las cosas que me ocurran y la forma de ver la vida que tiene una

“jovencita” de dieciocho años. Dice que cuando seamos unas cuaren-tonas nos reiremos mucho al leer lo que ahora son intimidades.

No sé si voy a seguir mucho tiempo escribiendo sobre tus blancas hojas, pero lo que si te prometo es que no contaré ninguna mentira.

Adivina, adivinanza, tú, mi diario, que eres tan listo, seguro que lo adivinas: «el nombre es a la ciudad como uno al dos y el dos al uno». ¿Lo sabes? Pues no lo cuentes a nadie.

10 de enero

Con la ilusión que tenía de cumplir dieciocho años y lo que eso suponía iba a representar, después de la euforia de la primera semana, puedo decirte que nada ha cambiado en mi vida. Bueno, sí, que ahora no tengo porque colarme en las discotecas y en los cines, ni aprovechar que no está el de la puerta para entrar. Ya soy una “se-101

ñorita” que puedo hacer lo que me da la gana (que tontería acabo de escribir, estoy segura que ni tú, mi querido diario, te lo has creído).

Hoy estuve en la discoteca de la calle Lucas Vega con Merche; estaba lleno de chicos que cumplen el servicio militar, sobre todo de reclutas que acaban de llegar a su destino. Me dan una pena, tan desorientados, con el pelo al cero y con su moreno tipo obra (cabeza, cuello y brazos a partir de la manga). También había veteranos y de ellos hay uno que no hace más que mirarme (y yo a él). Es un chico serio, moreno y guapo. Tiene que ser muy tímido porque no se ha atrevido a venir donde estamos nosotras. Pero no le hemos pasado desapercibidas porque al irnos nos ha echado una sonrisa.

No sé si a Merche o a mí. Me encantaría que fuera a mí.

16 de enero

Hoy hemos vuelto a la misma discoteca con la esperanza de ver de nuevo al moreno de ojos verdes. Hemos estado hablando Merche y yo, y a ella también le gusta, pero eso no tiene mérito, a Merche le gustan todos los que tienen uniforme. Yo le he dicho que tiene que cambiar la forma en la que entra a los tíos, la van a confundir por lo que no es. Se ha enfadado mucho, pero es la verdad.

Está haciendo lo mismo que esas busconas que intentan ligarse a un soldadito para que las saque de la Isla y la lleve a una nueva vida en la península.

El chico guapo se acercó a nosotras y creo que la elegida soy yo por qué a los cinco minutos estábamos hablando él y yo, pasando am-102

bos de Merche. Parece un chico majo. Como se tenía que ir al cuartel me ha preguntado si volvemos mañana a lo que sin pensármelo le he contestado que sí.

A la vuelta a casa Merche apenas me ha dirigido la palabra, está muy enfadada conmigo y con KL, así se llama el moreno de ojos verdes. Dice que hemos pasado de ella y que le he monopolizado.

No importa, Merche es así, seguro que en un par de días se le habrá olvidado todo.

Ah, la semana pesadísima, en casa no paran de decirme que estudie y que deje de salir, de que hay tiempo para todo..., bueno, la misma cantinela de siempre.

Estoy deseando que sea mañana para ver de nuevo a KL.

KL no es su verdadero nombre, pero tengo que emplear una codificación del nombre para que, si este diario llega a otras manos, nunca sepan de quien estoy hablando. El secreto será siempre tuyo (mi querido diario) y mío.

Lo que más me gusta estudiar son los nombres y sus gentilicios, he de recordar 1221.

Hoy casi me castigan por no conocer todos los gentilicios. ¿Al final servirán para algo?

17 de enero

Casi me castiga Papá por dar una mala contestación a Mamá.

No sé qué hubiera hecho si no me llegan a dejar salir de casa esta tarde.

103

Entramos Merche y yo en la discoteca a las siete y cuarto y ya estaba KL en una mesita al lado de la barra, seguro que estaba esperando en la puerta antes de que abrieran para coger sitio.

Al vernos ha dado un beso de cortesía a Merche y uno más intenso a mí con el que el vello se me ha puesto de punta.

Me ha contado cosas de su cuartel, ¡cómo no!, pero pronto se ha dado cuenta que me estaba aburriendo y hemos cambiado de conversación.

Como la música estaba muy alta, para oírnos teníamos que jun-tar mucho nuestras cabezas y en algunos momentos he tenido la intención de besarle en los labios. No creo que se diera cuenta, aunque me he puesto muy roja al pensarlo.

El reloj ha pasado muy deprisa y a las diez y media se ha despedido por que tenía que ir al piso que tienen alquilado entre varios compañeros del cuartel, a cambiarse de “romano” como dice.

Tengo unas ganas de verle de militar. Me ha dicho que es Cabo pero que en diez días salen las listas de aprobados a Cabo 1ª y que seguro que aprueba. Ojalá sea así porque tienen menos servicios y más pernoctas.

Querido diario: ¿Te he dicho que me gusta este chico? Pues sí, me gusta.

No estoy cumpliendo el pacto de un día a la semana informarte de cómo transcurre mi vida, pero es que estoy tan contenta que a alguien he de contárselo (Merche no vale, ella me soporta continuamente..., y yo a ella).

104

23 de enero

No sé nada de KL desde el domingo, parece que se lo tragó la tierra y necesito saber de él, contemplarle, abrazarle...

Esta tarde iré a la discoteca a ver si le veo, aunque ya estoy harta de ir allí, el ruido y el humo me irritan la garganta y apenas sé cómo es en realidad. Quiero estar con él en la calle, en otro sitio.

Estaba esperándome en la puerta de la discoteca y no hemos en-trado, hemos ido a pasear por el parque junto a la avenida de Brasil.

Nos hemos cogido de la mano y me ha dado como un calambre al hacerlo.

KL es todo un caballero, me acompañó hasta mi casa y no ha hecho ademán alguno de sobrepasarse. Eso sí, me ha dado un pequeño beso en los labios al despedirse. Han pasado dos horas desde entonces y mis labios continúan ardiendo.

Sus ojos son más bonitos a la luz del día que con los focos de la discoteca, además son tan expresivos que parecen que le hablan.

Mañana salen las listas de Cabos 1ª, ojalá tengamos suerte. ¡Ay va!, he dicho “tengamos”.

Este chico me gusta y mucho.

24 de enero

Mi “chico” ya es Cabo 1^a, ya te decía yo que valía mucho. Esto supone más tiempo para estar conmigo, para estar juntos. Él está 105

loco de contento, aunque ya le han dicho que el próximo fin de semana tiene guardia.

Pero eso será dentro de siete días y ahora vamos a celebrarlo en un Burger en Santa Cruz.

Pasear de su lado es una maravilla.

Noto que él también está muy a gusto conmigo.

¡Es tan mono!

30 de enero

Merche lleva toda la semana intentando convencerme para ir a una fiesta de cumpleaños que celebra uno de los compañeros de piso de KL, pero la verdad es que no me apetece y menos sabiendo que él no estará. Al final voy a ceder por ella, no hace más que echarme en cara que le he quitado a KL y que no le di opción a que él eligiera entre las dos. En muchos momentos se comporta como una quinceañera y la verdad es que en dos meses cumple también dieciocho.

Con tal que se calle voy a ceder y la acompañaré.

31 de enero

He ido al cumpleaños de BU, ¡qué manera de desvariar! Nos hemos ido mi amiga Merche y yo a las doce menos cuarto cuando aquello comenzaba a subir de tono. Entre sus compañeros de piso hay uno que es un estúpido que no hace más que mirarme de una 106

forma que me hace sentir mal. Es una pena que no estuviera KL para que le pusiera en su sitio.

Merche no hace más que intentar ligar, está muy claro que quiere pillar a un chico sí o sí. Es muy descarada la forma con la que entra a los tíos, un día la van a dar un susto. No hago más que repetirla que la van a tomar por lo que no es.

6 de febrero

Menos mal que me propuse solamente escribirte los lunes con un resumen de lo pasado en la semana porque de hacer un auténtico diario, la mayoría de los días lo dejaría en blanco, en este “pueblo” no ocurre nada y menos de lunes a jueves.

La próxima semana comienza el carnaval y ya tengo preparado mi disfraz; me lo ha confeccionado la abuela Alicia y ha quedado muy bien. Este carnaval tiene que ser el mejor, dicen que en el carnaval que vives con la mayoría de edad se te cumple uno de los deseos que pides el lunes de carnaval y tú ya sabes lo que he pedido, sí, solo un deseo... estar con KL. No le he visto desde hace más de quince días, pero eso me da más ganas de tenerlo a mi lado y besarlo y achucharlo y.... Cada vez que pienso en él, noto como hormiguitas que me recorren el estómago.

KL me mandó ayer un mensaje con uno de sus compañeros, al parecer no tiene servicio el próximo fin de semana y me preguntaba si podía ser su guía en el carnaval. Mi respuesta ya 107

la sabes, Sí. Parece no pasar las horas..., qué ganas tengo de verle.

Ah, y el pesado de papá no deja de darme la vara con los estudios, dice que le dedico poco tiempo a estudiar, que parece que estoy en la inopia. En parte tiene razón, pero es que... no hago más que pensar que llegue el sábado.

14 de febrero

Ya sé que he roto mi pacto contigo. Sé que solo debía contarte mis cosas los lunes y que hoy es sábado, bueno, domingo que son las dos y cuarto de la madrugada, pero es que tengo que contárselo a alguien.

Ha sido genial, no podía haber estado mejor. Tenías que haber visto lo guapo que venía y, además, en estos días que no le había visto se ha dejado crecer un poco el pelo y le queda mucho mejor, apenas parece un militar.

Hemos recorrido el casco viejo de Santa Cruz y cuando nos ha rodeado una charanga, entre el ruido de sus pitos y tambores me ha tomado de la cintura con sus brazos y me ha dado un largo y tierno beso. En ese momento se ha parado el mundo y se ha hecho el silencio. He flotado entre la gente que me rodeaba.

Es una pena que tuviese que volver al cuartel a las doce, pero ya hemos quedado para mañana. Te contaría miles de cosas más, pero estoy muy cansada.

108

15 de febrero

Genial. Hemos estado en el carnaval, pero esta vez no me he disfrazado, acabé reventada al tener que soportar tanto peso, era muy bonito el traje de María Antonieta que me preparó la abuela, pero también pesado y difícil de llevar, además con él no se apreciaba mi figura, mis esbeltas piernas, mi... ja, ja, ja.

Es monísimo y tierno, cada beso que me da es distinto al anterior y me hace levitar. Parece que me estoy enamorando como una quinceañera. Bueno, la verdad es que solo tengo tres años más y sí, me estoy enamorando.

Tú sabes que he salido con otro chico antes que con KL pero lo que siento por él es muy distinto, es FANTÁSTICO.

21 de febrero

Parecía que no iba a terminar la semana, el miércoles me ex-pulsaron por encontrarme tres veces en una misma clase, dibujando corazones. Lo han calificado como total falta de interés y ha tenido que presentarse Papá a por mí, viéndose obligado a cerrar la tienda y venir al colegio. La bronca ha sido monumental y me ha castigado a no salir el fin de semana. Este colegio parece más una cárcel que un centro educativo. No sé cómo lo voy hacer, pero tengo que salir el sábado sí o sí, he quedado con KL y como el domingo tiene guardia únicamente tenemos el sábado para estar juntos.

109

Al final he convencido a la abuela para que me ayude. Le ha pedido a Papá que me deje el sábado ir con ella al cine, que le han regalado dos entradas y no quiere ir sola; a Papá no le ha hecho mucha gracia, pero no ha podido negarse a su madre. La abuela me ha pedido a cambio que todas las tardes de la próxima semana vaya a su casa a estudiar; dice que en su casa no me distraeré.

He quedado con KL en Santa Cruz, de esa forma estamos seguros de no coincidir con mis padres en La Laguna.

22 de febrero 1988

No tengo palabras para contarte lo de esta tarde. Aun me tiem-bla todo. Hemos ido al cine a ver una película que estrenaron la semana pasada y me ha parecido super bonita. Su título es Dirty Dancing, me ha hecho llorar y de qué manera. KL me acurrucó entre sus brazos y me sentí la mujer más feliz del mundo.

A la salida del cine hemos cogido la guagua² que sube a La Laguna, antes compramos unos sándwiches que nos hemos comido en su piso de la calle del Cristo. Nadie en La Laguna podía vernos, yo en teoría estaba con la abuela Alicia.

Como hasta las once no tenía que estar en casa y el hasta las doce tenía permiso, hemos aprovechado que el piso estaba vacío para querernos.

Al final lo hemos hecho y ha sido como en un cuento de hadas. Tengo poca experiencia en hacerlo, solamente con DS y fueron 2 Así llaman los canarios al autobús.

110

cuatro veces en tres meses, pero eso no fue hacer el amor, hacer el amor ha sido lo de hoy, temblar de fuera para dentro, sentir su calor, no cansarme de darle besos y vibrar junto a él. Terminamos terrible-mente cansados pero abrazados, juntos, muy juntos deseando que el tiempo no pasase.

Cuando me ha dejado en el portal me he puesto a llorar de alegría y he tenido que quedarme en la puerta de casa unos minutos esperando se me fuera de la cara esa expresión de alegría.

He dado un beso a Papá, otro a Mamá y he corrido a mi habitación para que no fueran conscientes de mi alegría y para contarte todo. A alguien tenía que contárselo y solo confío en ti, mi querido diario.

23 de febrero

Vuelvo a romper mi pacto. Hoy no me tocaba hablar contigo, pero tengo que gritar que estoy enamorada, que le quiero y que necesito saber de él, de saber si él también siente lo mismo que yo.

Sé que con dieciocho años tenía que dar sensación de madurez, pero la verdad es que no dejo de pensar en él, en su ternura, en sus interminables besos, en su calor...

Toda la tarde con la abuela Alicia, hemos estado desde las cuatro a las ocho sentadas en la mesa del cuarto de estar, ella haciendo punto y yo haciendo que estudiaba. De vez en cuando me tiraba el ovillo de lana pidiéndome que bajara de la nube.

111

25 de febrero

Son tres los días que estoy sin noticias tuyas, he visto a los otros tres compañeros con los que comparto el piso y no me han dicho nada; tampoco yo he querido preguntarles a ellos. Además, DZ sigue igual de estúpido, mirándome de forma descarada; no le aguanto, no me gusta su forma chulesca de hablar y su machismo.

Por las tardes la abuela no me deja ni merendar, quiere que no me mueva de encima de la mesa para nada.

26 de febrero

Su compañero JP ha hecho de mensajero, he quedado con KL a la salida del cuartel el sábado a las doce de la mañana.

Faltan tres días y me da la impresión que se me harán eternos.

Me está viniendo bien estudiar con la abuela, ella sí que sabe, por algo es mi abuela preferida.

28 de febrero

Son las dos de la madrugada del domingo y no puedo dormir.

Qué triste es ser feliz y no poder contárselo a nadie. Desde la una de la tarde en que llegamos al piso no hemos salido de su habitación hasta las once de la noche y porque tenía que volver a casa a dormir.

El próximo fin de semana si KL tiene permiso, me tengo que buscar 112

alguna disculpa para dormir fuera de casa. Hoy lo hemos hecho tres veces y siempre lo mismo: FANTÁSTICO. Tú eres el único testigo de nuestro amor, porque esto si es amor. Lo tiene todo, es cariñoso, guapo, tierno..., y consigue que todo mi cuerpo tiemble. Yo me dejo llevar y noto como los escalofríos suben por mis pies y van inundando cada rincón de mi cuerpo poniéndome a vibrar. Si esto es hacer el amor, VIVA HACER EL AMOR.

¡KL, eres el amante perfecto!

Hemos coincidido unos minutos en el piso con DZ, parece un niñato, da la impresión como que le tiene envidia a KL, pero envidia no solo por estar conmigo sino por todo en general. Un día terminarán peleándose por cualquier motivo.

3 de marzo

Hoy domingo no ha podido salir y me ha dejado muy triste. Me estoy dando cuenta que le necesito para vivir como necesito el aire, el sol...

5 de marzo

Hoy me llevé un alegrón, cuando iba para casa, junto a mí ha parado un jeep verde del ejército y ha salido rápidamente por la puerta del copiloto, solo ha tenido tiempo de darme un beso y de decirme que el fin de semana no tenía que volver al cuartel y que sus compañeros de apartamento estaban de maniobras por lo que el 113

piso era únicamente para nosotros. Que mi “misión” era preparar comida y una historia creíble para quedarnos a dormir.

Al verle mi corazón dio un blinco, otro más grande cuando me besó y otro muchísimo más grande cuando me contó que teníamos un fin de semana solo para nosotros. Me faltaba el aire para asimilar tantas buenas noticias.

También me ha dado un libro para que lo devolviera a la Biblioteca Popular que hay cerca de casa, dijo que no le iba a dar tiempo y de esta forma no pagaría multa por devolverlo fuera de periodo... Y

que no se me tenía que olvidar el recoger su carné.

He tenido mucha suerte, guapo, bueno, listo, le encanta leer...

8 de marzo

Parecía que nunca iba a llegar el sábado, pero por fin llegó y a las doce de la mañana estaba en la puerta del cuartel esperando a mi

“novio”, ¡qué bien suena la palabra!

Él salió todo guapo con el traje verde luciendo sus galones de cabo primero, me gustó que al salir se le cuadrara y saludara el soldado de la puerta. Al verme me dio un pequeño beso para evitar que los soldados del cuerpo guardia nos silbaran y jalearan como habíamos visto en otras ocasiones con otras parejas.

Los veinte minutos que separan el cuartel del piso se me han hecho interminables, estaba deseando abrazarlo y comerle a besos, pero había que guardar las composturas.

114

Ya en el piso, cuando todavía no se había terminado de cerrar la puerta de la calle a nuestras espaldas, le quité la boina y comencé a comérmelo a besos. Nos faltaba tiempo para estar juntos, acariciar-nos, mirarnos, sonreírnos, besarnos y amarnos. Le sentía en cada poro de mi piel. Nos sobraba todo, solo nos necesitábamos nosotros e hicimos el amor sobre la pequeña alfombra del también pequeño recibidor. No tengo palabras para contarte, pero estoy segura que tú, mi diario, estás sintiendo lo que te estoy escribiendo y como lo estoy escribiendo. Si en estos momentos alguien dice que es más feliz que yo, estate seguro que miente.

Qué difícil es contarte lo que estoy de nuevo sintiendo, mi mano no va a la velocidad con que dicta mi cabeza.

Todo el día ha pasado entre abrazos y caricias, y para rematar nos hemos bañado juntos en la vieja bañera de hierro fundido que aún tienen en esa casa. Ha sido un poco incómodo al principio, pero una vez tomada la posición hemos aguantado juntitos hasta que el agua se quedó fría y comenzamos a temblar.

Después de cenar me ha pedido que me vistiera de militar, bueno lo de vestirme es un decir porque he terminado con las botas, el cinturón, la corbata y la boina y todo ello a juego con mis braguitas y sujetador negros de encaje. Me he mirado al espejo y me he visto un poco ridícula, pero KL, tras decir que estaba preciosa, me ha cogido en brazos y me ha llevado de nuevo a la cama.

Ya lo puedo gritar: soy la mujer más feliz del mundo.

Se me olvidó devolverle el carné de la Biblioteca, menos mal que dice que ahora no tiene tiempo para leer.

115

9 de marzo

Me ha llamado KL para decirme que este fin de semana no podemos quedar, tenía hasta el pernocta firmado, pero en otra batería de su cuartel, la que le tocaba salir de maniobra, tienen enfermos a los dos cabos 1ª y han tomado como voluntarios forzosos a otro y a él. Estaba cabreadísimo, y como no cambie de actitud, me parece que encima lo van arrestar. Son tres semanas las que va a estar fuera de La Laguna y sin posibilidad de hablar con él.

No es justo, y menos ahora. No sé si lo voy a poder soportar, tengo una angustia desde que me lo ha dicho, que me falta hasta el aliento.

11 de marzo

No me apetecía salir pese a que la pesada de Merche ha insistido durante toda la mañana. Prefiero quedarme en casa en mi habitación escuchando música, he sacado toda la discografía de Duncan Dhu y se me ha pasado la tarde volada.

15 de marzo

Todos los días recibo más de una llamada de Merche, pero no es de ella de quien quiero recibir noticias. La tele ha dicho que por el Sur se acerca una tormenta importante y que descargará gran
116

cantidad de agua y aparato eléctrico, pobre KL, están pasando las noches en tiendas de campaña perdidos por Dios sabe dónde. No comprenderé nunca estos juegos de guerra a los que someten a jó-

venes que apenas tienen veinte años, si quieren jugar a la guerra que vayan ellos solos y que se despeñen por las Cañadas del Teide si eso es lo que quieren.

Hoy he cogido yo el teléfono y era Merche, no he tenido más remedio que hablar con ella; quiere ir a una fiesta que dan unos amigos militares (qué raro, ¿verdad?) y dice que no va a ir sola.

Dime, tú, para que querrá escolta, y, además, ¿qué es lo que voy hacer yo allí sin mi KL? He quedado en contestarle mañana, así que ya te diré porque ahora no lo tengo nada claro.

16 de marzo

Sigo sin cumplir con mi palabra de contarte cosas solo una vez a la semana, pero la verdad es que estoy tan sola y... Le echo tanto de menos.

He llamado a Merche y le dije que le acompañaba, pero solo hasta las once, que mi padre no me deja llegar más tarde (mentira).

—Y hasta aquí la primera parte. ¿Qué te ha parecido?

—Radiante, alucinante, precioso y como habrás podido ver, me he pasado más de la mitad del tiempo llorando. Escuchaba su voz, y he podido comprobar que mi amor era correspondido también por ella. ¡Éramos tan jóvenes! Y prácticamente el primer amor para 117

ambos. Aunque no te lo creas he podido revivir cada momento que expresaba en esas líneas. Es una pena que no la hayas conocido, hubiese sido una excelente madre, alegre, vitalista, divertida..., de la que fue muy fácil enamorarme.

Un nudo en la garganta me impidió seguir hablando, y un fuerte abrazo de Desiré ayudó sobremanera a pasar tan duro trance.

Después de unos momentos de pensativo silencio, fue ella la que me volvió a la realidad.

—Pues lamento comunicarte que hemos pasado por lo único bonito que tiene el diario, el resto es duro, crudo y repulsivo. Y para prepararnos con lo que sigue dejo que me invites a comer.

Dicho y hecho, cerramos el portátil y salimos a comer, y a que nos diera un poco el aire. Eran muchas más emociones sentidas en esa mañana y sí como decía Desiré ahora vendría lo realmente crudo había que prepararse.

118

Capítulo X

Durante la comida aproveché para que Desiré me contase como había dado conmigo y como había conseguido “coincidir” en mi viaje a Sarria con motivo de hacer El Camino de Santiago.

—Entre las pertenencias de Mamá, dentro de su caja encontré un carné rojo muy deteriorado, con la foto de un joven con el pelo cortado al cero. El carné era de la Biblioteca Popular de San Cristó-

bal de la Laguna a nombre de Jacobo Fernández Garrido, ese carné que hemos leído que, por fortuna, mi madre no te devolvió. Todos los datos hacían indicar que eras el novio del que habla en su diario y al que puso las siglas KL que aún no sé qué significan. Y por si esto no fuese suficiente recordé que Merche en algunos momentos llegó hablar de ti como: «Jacobo el novio de tu madre». De la gran madeja de información codificada que hallé en el paquete que me mandaron

de DiamantSoft, el único hilo del que tirar para desenredar aquel galimatías eras tú. Y del resto te lo podrás imaginar, búsquedas en páginas blancas y amarillas de telefónica, redes sociales y fuentes del Ministerio de Asuntos Exteriores que dieron contigo en una localidad cercana a Madrid llamada Alcobendas. Por LinkedIn supe que eras el director comercial de GRAMAYES, una empresa dedicada a las perforaciones a gran escala. Por las fotos en la red 119

pude comprobar como eras en la actualidad y como en cualquier investigación que se precie, el golpe de suerte apareció cuando pude ver una noche estando en Bruselas, el Canal Internacional de Televisión Española en el que me pareció ver una entrevista a una cara familiar con un pie de noticia en el que ponía Jacobo Fernández y que contestaba a unas preguntas sobre su inminente comienzo de El Camino de Santiago. Menos mal que en la Web RTVE A LA CARTA pude volver a ver la noticia una y otra vez hasta asegurarme que eras tú, el auténtico Jacobo Fernández Garrido cabo primero de la artillería del RAMIX 93 en 1988.

—¡Qué mente más analítica tienes!

—Dabas muy bien a la cámara y dijiste todo lo que necesitaba saber.

—¿Pero cómo hiciste para coincidir conmigo en el TrenHotel?

—Eso fue lo más fácil y lo más pesado a la vez. Al saber que para hacer El Camino partías de Sarria en Lugo el día 21 de Julio, investigué los medios de transporte posibles intuyendo que como ejecutivo con poco tiempo libre, intentarías optimizar el tiempo para abandonar tu trabajo el menor número de días posible. Me tuve que decantar porque el viaje lo ibas a efectuar por ferrocarril debido a que no había autobuses que llegaran directamente a Sarria y por tanto si lo utilizabas perderías casi un día en la llegada a tu punto de partida. Una vez decidido por el tren únicamente había que calcular el que más se adaptaba a ti. Había un Alvia con salida a las doce y diez de la mañana con llegada a las seis y treinta y dos de la tarde y un TrenHotel a las diez y media de la 120

noche que llegaba a las siete de la mañana. Por lo averiguado en las redes sociales estaba prácticamente segura que tomarías el de las diez y media de la noche como así fue, pero ante la duda y llegados a ese punto, decidí sacar billete en ambos y por ese motivo estuve en la estación de Chamartín a las once de la mañana por si tu decisión no era la esperada. Al ver que no tomaste el primer tren me relajé sabiendo que coincidiríamos en el que partía a las diez y media. No sé si se me notó la cara de alegría cuando coincidí contigo en el coche cafetería-restaurant, pero es que fue el premio a muchas horas de trabajo.

—No noté ningún gesto de alegría por tu parte, pero si una cierta complicidad al coincidir nuestras miradas, cosa que alimentó mi autoestima como varón.

—Fíjate que dos formas tan distintas de ver una misma situación.

—Sí, totalmente distintas.

—El resto fue sumamente fácil. No quedarme a desayunar en la cantina de la estación, caminar muy deprisa durante la primera hora y después esperar que llegases simulando que tenía los pies doloridos. No contaba con la presencia de Emilio, pero ayudó y de qué manera a ejecutar mi plan.

—Pues sí que te trabajaste la “coincidencia” en el tren.

—Eras la única posibilidad que tenía de comenzar a investigar la muerte de Mamá y que además estuviese a mi alcance. Con lo que no contaba en un principio fue con que me había enamorado de ti, incluso antes de conocerte, cuando aún eras únicamente el novio de Mamá.

121

Y una vez conocido el “plan coincidencia” y comido en un restaurante chino por las prisas, regresamos al hotel preparados para asistir a la puesta en escena de la segunda parte del diario de Raquel Baute Echevite.

122

Capítulo XI

—Antes de comenzar con esta segunda parte del diario has de saber que faltan cuatro hojas que en el original da la impresión de haber sido arrancadas de mala forma quedando rastro en el lomo del diario, pero que al escanearlo no se aprecia.

26 de marzo

Son unos hijos de puta. ¿Por qué a mí?

Esto es una tortura continua de la que no sé si algún día me voy a poder liberar.

No puedo quitármelo de la cabeza. Por qué, por qué, por qué.

Me siento sucia, me duele más el corazón que lo de ahí abajo.

No les hice nada, nada...

Hace una semana que pasó y apenas he salido de mi habitación desde entonces, me aterroriza estar sola pero no quiero ver a nadie.

No quiero ver a nadie y sobre todo que nadie se entere de esto. No quiero ni puedo comer, tengo una angustia que me impide tragar.

Perdóname, tú, mi diario, pero he tenido que sacrificar unas hojas porque nadie debe enterarse de quién fue, ni tan siquiera, tú, debes saberlo, y ayer escribí cien veces su nombre y ciento una lo taché.

123

Me siento sucia, muy sucia. Siento asco de mí y de todos los hombres. De todos incluso de KL, él también tiene la culpa por haberse ido de maniobras y haberme dejado en manos de ese miserable y su repugnante lacayo.

Me gustaría poder despertarme en mi cama y decir que todo ha sido una pesadilla, una horrible pesadilla, pero la verdad es que no logro despertarme. No hay forma de quitármelo de la cabeza, una y otra vez veo la escena con esos dos repugnantes animales.

La vida es una mierda. Porqué dos malnacidos pueden echar a la basura mi vida, que he hecho yo para merecer esto.

En casa dicen que algo me tiene que ocurrir, que estoy muy extraña, pero Mamá todo lo achaca a "mal de amores". Sí, casi casi acierta.

Me duele la cabeza, el vientre, las piernas..., y el alma.

Tienes que saber que al día siguiente fui a denunciar la violación al cuartel de la Guardia Civil en Tegueste, a quince minutos de mi casa, en La Laguna nos conocemos todos y sería la comidilla desde ese mismo instante, y el cabo de guardia no me ha hecho caso. No me ha hecho caso, con una actitud cínica, su-giriendo que seguramente yo había aceptado la relación sexual que le habría excitado más de la cuenta y que después habría cambiado de idea. Repugnante machista encubridor de un violador. El cabrón también decía que las chicas aquí solo buscan un novio que

nos saque de las islas y que nos lleve a la península, y para ello utilizamos cualquier artimaña. Además, decía que no veía señales de que hubiese sido forzada ni en la ropa ni en 124

el cuerpo, y que como él era buena persona, se iba a olvidar de todo lo que le había contado y así no me tendría que detener por falsos testimonios.

Encima la culpable de todo soy yo, que pena que no le hubiesen violado a él, de verdad lo deseaba con todas mis fuerzas.

Según ese miserable todos los años se daban más de quince casos con el mismo *modus operandi*. Estoy segura que estaba bebido, su aliento apestaba a alcohol, olía a sudor..., era otro cerdo machista que protege a los de su sexo. No podía mostrarle donde tenía las magulladuras y mis lesiones sangrantes tras la penetración salvaje.

Todo esto me ha producido un sentimiento de culpabilidad que incluso me ha hecho dudar... Pero NO, yo no quería. Me forzaron y me hicieron mucho daño, mucho daño. DZ es un animal y su ayudante BU también.

No lo recuerdo bien, en mi cabeza aparecen escenas como entre nubes, pero estoy segura que solo me violó DZ, eso quiero creer porque después de forcejear con ellos durante un rato me quedé paralizada, sin fuerza y me dejé hacer inmersa en un llanto imposible de controlar y que apenas me permitía respirar. Del ataque de nervios pasé a la parálisis de todos mis músculos e incluso de mi cabeza, pareció como que abandonaba el cuarto y desaparecía todo signo de violencia.

Al principio me taparon la boca evitando que se oyeran mis gritos de socorro, pero al notar la penetración de ese cerdo, ya no hacía falta que me taparan la boca porque mi voz había dejado de existir.

125

Me encontraba aturdida, sin saber con certeza donde me encontraba y que es lo que estaba pasando.

Después escuche voces cercanas, pero no lograba averiguar lo que decían, mi mente iba en cámara lenta, todo se movía a mi alrededor muy despacio. Hubo un momento que me quedé sola en el cuarto, tirada en el suelo, hecha un ovillo, pero al poco volvieron a entrar, terminaron de quitarme la poca ropa que aún tenía puesta y me metieron en la ducha, obligándome a que me lavara con una vieja esponja allí tirada.

El agua fría sobre mi cabeza me ayudaba a pensar, pero tenía tantos frentes abiertos en los que hacerlo que me volví a bloquear perdiendo la noción del tiempo.

Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba en el parque que hay junto a mi casa, sentada en el banco preguntándome si la violación sucedió, si la soñé o me la habían contado. Ese fue el motivo por el que no fui a denunciarlo ese mismo día, pese a que la cruda realidad apareció en el momento de meterme en la cama y sentir mi pelo mojado.

Poco aproveché el sueño ya que a las cinco de la mañana me desperté consciente de lo que me

había pasado la tarde anterior, sin la más mínima duda de que había sido realidad. Un sentimiento amargo invadía mi corazón, un sentimiento de culpa y me daba una vergüenza horrible. Pero sobre los demás sentimientos estaba el de impotencia. Esos hijos de puta no tenían derecho a hacerme esto.

Hoy ya no puedo hablar más contigo, me faltan las fuerzas.

Gracias por escucharme.

126

27 de marzo

Hola, diario, me cuesta volver a hablar contigo, pero es que se lo tengo que contar a alguien y tú eres en el único en el que confío.

Es muy fuerte por lo que estoy pasando, no puedo expresar con palabras lo que siento. Me cuesta incluso pensar en lo que pasó, cada vez que lo intento me dan pinchazos en el corazón.

Tengo sensaciones encontradas, culpa, dolor, vergüenza, dolor, impotencia, dolor, venganza, dolor..., y una sola pregunta: «¿POR

QUÉ?».

A veces en el colegio siento como que soy invisible, a ninguno de mis compañeros les importa lo que me ocurra o deje de ocurrir.

El único momento en el que me encuentro tranquila es cuando estoy durmiendo, he tomado de la mesilla del dormitorio de mamá unas pastillas que utiliza para cuando le duele la espalda y no puede dormir.

He convencido a Mamá para no ir hoy al colegio, le he dicho que me duele mucho la barriga, pero esta tarde me ha dicho que o me llevaba al médico o mañana volvería a clase. Al médico no puedo ir, seguro que se daría cuenta y nadie tiene que saber NADA.

No quiero salir al recreo, los espacios abiertos me producen angustia, me falta la respiración.

No quiero estar con nadie, pero me aterra la soledad.

Tengo el cuerpo irritado de tanto lavarme y de frotarme, frotarme de forma compulsiva pareciendo que esto me ayuda a eliminar su fétido olor mezcla de alcohol, sudor, suciedad...

127

Me siento sucia, me ducho y al instante de secarme vuelve el sentimiento. Cada día me ducho dos, tres e incluso cuatro veces, me molesta el pelo, me molesta la ropa, me molesto yo, me sobra la vida, quiero que todo esto acabe, no aguanto más.

También me pregunto qué hubiera pasado si no hubiese llevado ese jersey rojo tan ajustado, si no

hubiese llevado la falda tan corta esa tarde, si no hubiese sido tan imbécil de quedarme sola con ellos dos después de que se marchase Merche con aquel chico rubio, si no hubiese confiado en esos chicos. Seguro que si se enterase alguien más se haría las mismas preguntas.

Merche no deja de preguntarme que qué me pasa, día tras día.

Creo que ha sido mejor que no me dejase poner la denuncia el cerdo que estaba en el cuartel de la Guardia Civil, porque de haberse sabido seguro que todo el mundo creería a DZ y más con la cantidad de dinero que dice que tiene su padre, seguro que buscaría testigos falsos, y rodeado de un montón de abogados, al final quedaría yo como una vulgar prostituta. Además, no quiero recordarlo más ni que tampoco me lo recuerden.

En un momento de flaqueza se lo he contado a Merche, no se lo podía creer. Creerme me ha creído, pero no lo entendía, no lo comprendía, lloraba conmigo ya que ahora sabía el motivo de mi cambio de actitud en los últimos días.

Merche quiere ir a hablar con él, dice que esto no puede quedar así, que tiene que hacer algo y lo primero es hablar con él.

128

29 de marzo

Merche habló con los dos y dicen no acordarse de nada de lo ocurrido aquella tarde/noche, que habían bebido unas copas y no recordaban nada, pero de todas formas dicen sentirse incapaces de cometer tal tropelía, que son incapaces de violar a nadie, y por si fuera poco argumentan que yo los llevo provocando varios meses con miraditas y movimientos cuando paso a su lado.

Mienten, mienten y mienten, no estaban borrachos. Ni DZ ni BU, eran conscientes de lo que hacían, no se pueden excusar en la bebida.

Maldigo diez, cien, mil veces, no hay derecho..., porqué lo hicieron, quiero saber el porqué, cual es el motivo. Como es que dicen que les llegué a provocar si apenas nos conocíamos, si no crucé más de dos palabras con ellos, si solo los conocía de haber-los visto en un par de fiestas.

He pensado acercarme al cuartel del Cristo a denunciar a esos miserables para que sus mandos los castiguen, les humillen, que les escarmienten con algo, pero para qué, lo mismo hacen lo que el cabo del cuartel de la Guardia Civil y se ríen de mí, afirmando que seguro no fue una violación sino la respuesta a una provocación.

No puedo denunciarlo, no puedo decírselo a nadie, solo lo sabemos tú y yo, Merche... y esos dos hijos de puta.

Han pasado trece días y me siento sin fuerzas, duermo, pero no descanso, he pedido cuatro kilos.

129

Si la justicia humana no les juzga, espero que la divina sí.

3 de abril

Hoy he visto a DZ, creía que cuando le viera por primera vez, le insultaría, me tiraría a su cuello, que le sacaría los ojos..., que le iba a hacer de todo pero la verdad es que me quedé inmobilizada, mis piernas comenzaron a temblar, he tenido náuseas, arcadas, y he roto a llorar como una idiota; me tuve que sentar en un banco y taparme la cara para que la gente no viera en el lamentable estado en el que me encontraba. ¡Qué angustia!

Después me crucé con BU en la calle y al pasar a mi lado ha bajado la mirada y se ha puesto rojo. Parece mentira, pero la verdad es que me da pena, no es un hombre, es un guiñapo que participó en la violación sin saber tampoco el motivo, más que odio le tengo lástima.

Debo reorganizar mi vida, quiero de nuevo llevar una vida normal..., lo tengo que conseguir.

6 de abril

Me tenía que haber bajado la regla, pero no lo ha hecho. Siempre he sido muy irregular pero ya son cinco los días de retraso. Merche dice que es por shock del momento y por mi claro estado de ansiedad.

Tengo las tetas más grandes y muy sensibles.

Ya solo faltaba que estuviese embarazada. No puede ser, más nooooo.

130

8 de abril

Ayer me hice la prueba del embarazo y dio positiva. Lo voy a volver a repetir mañana, dicen que algunas veces falla, espero tener suerte.

11 de abril

No he escrito nada porque no puedo decirte nada, todo lo malo que podía ocurrir ha pasado. No quiero levantarme de la cama y me niego a ir al colegio. Mamá llamó al médico y dice que es una depresión, cuando se enteren de todo sí que va a ser una depresión para toda la familia.

¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho para merecer esto? Yo no quería.

20 de abril

Hace dos días que informé a la familia de que estaba embarazada y la revolución ha sido tremenda, todos llorando, creía que a Mamá le iba a dar un infarto al ponerse a dar espasmos. Papá no hace más que preguntar quién es el padre y yo le repito una y otra vez que no hay padre, que al niño le tendré yo sola. Ni Papá ni Mamá me pueden comprender, no les puedo contar la verdad por que irían a por esos desalmados y probablemente cometería algo de lo que se arrepentirían el resto de sus vidas.

131

21 de abril

Mis padres estuvieron esta tarde interrogando a Merche y menos mal que no ha soltado ni una palabra, solo se ha limitado a decir que no sabe nada. Ellos no se lo creen por lo que le espera unos días de persecución.

23 de abril

Mis padres han hablado con los de Merche y le han contado todo para que les ayuden y pregunten a su hija. Espero y confío en que Merche no abrirá la boca. Al final no fue una buena idea el contárselo... Pero tenía que hacerlo con alguien.

30 de abril

Mamá me ha llevado al médico; después de una desagradable exploración me han dicho que el bebé está creciendo bien.

Todo me huele mal, noto que se ha desarrollado mi olfato.

7 de mayo

Hoy ha venido Merche a casa a pasar la tarde. Me ha dicho que ha vuelto a hablar con DZ porque BU se ha licenciado y ya está en su casa. Quiere que se haga cargo de la situación en la que 132

me encuentro y que al menos reconozca al bebé. Él dice que no está seguro de que el niño sea suyo y que ante la duda no piensa hacer nada.

Merche tiene razón, tiene que reconocer a su hijo. Yo no quiero nada con él, pero su hijo es su hijo.

Esto del embarazo es un asco, me paso todo el día en el baño, me estoy orinando continuamente, parece que me hincho y deshincho por momentos.

15 de mayo

A la pena y rabia que habita últimamente en casa se han unido los vómitos y las náuseas que padezco.

Papá no quiere hablar conmigo hasta que no le diga quién es el padre. Mamá se está quedando delgadísima, no hace más que llorar y llorar.

25 de mayo

Querido confidente, no me he olvidado de ti, pero no tengo nada que contarte. Mi tripa sigue aumentando, a este paso voy a parir un luchador de sumo.

Aunque fue concebido como fue, quiero a este niño.

Merche me ha contado que hoy se licencia KL, no quiero ni pensar en él. En mi corazón no queda espacio para el amor, ni tan siquiera para el suyo. Mi corazón ya no puede romperse en más 133

pedazos. Te doy mi palabra que no volveré a hablar de él, de mi gran amor.

4 de junio

Comienzo a notar cómo se mueve en mi interior. Qué pena que este niño no tenga padre. He de conseguir que le reconozca ese cabrón. Parece que no le bastó con hacerme el daño que me hizo a mí, ahora quiere hacer daño a mi hijo no reconociéndole. Eso no lo puedo permitir.

12 de junio

Esta tarde ha venido a verme Merche, como casi todas las tardes. Es mi única diversión porque me niego a salir a la calle, mi barriga ya dice lo que es, la barriga de una embarazada y como me he quedado muy delgada se nota aún más.

Merche me trajo noticias de DZ, se licencia la semana que viene y dice que está deseando salir de la isla para no volver más. Que todo le trae malos recuerdos y que quiere comenzar una nueva vida.

Imagínate, malos recuerdos... los míos, y a mí sí que me gustaría comenzar una nueva vida sin que hubiese ocurrido aquello. No hay palabras para definirle, pero en cuanto tenga a mi niño le pienso perseguir hasta que le reconozca, le perseguiré, aunque sea lo último que haga en la vida.

134

18 de junio

¡Es una niña! Voy a tener una niña. He de buscar un nombre bonito.

Al pasármeme las náuseas y los vómitos estoy supercontenta, que maravilla, sin embargo, mi cintura desaparece por momentos, está creciendo, pero a lo ancho.

22 de junio

No sé cómo lo ha hecho Merche, pero ha conseguido el te-léfono y la dirección de DZ. Se licencia en dos días y la he dado una nota a Merche para que se la entregue. Me gustaría ver la expresión de su rostro al leerla. No dice nada que no sea verdad, que los dos sabemos que me violó, que la niña que pariré en enero es suya, que yo no quiero nada de él ni nada con él y que tiene de margen hasta entonces para hacerse a la idea que es su hija y que esté seguro que la reconocerá sí o sí, que no cesaré hasta conseguirlo.

La verdad es que me ha quedado como una amenaza, pero es lo que sentía y ya está bien de tener miedo, a mi podrá hacerme lo que quiera, pero a mi hija que ni lo piense.

Noto los primeros movimientos dentro de mí, es una sensación muy gratificante.

135

23 de junio

Merche le entregó mi nota y dice que se echó a reír cuando la leyó, aunque puntualiza a que era más bien una risa nerviosa.

Tiene de margen hasta que nazca Desiré. Por cierto, la niña se llama Desiré y digo se llama porque para mí está viva y porque será la alegría de la ahora triste casa de los Baute.

Como me están creciendo los pechos, voy a tener que comprar-me algún sujetador de más talla.

25 de junio

Tanto Papá como Mamá no están ya tan tristes, se han hecho a la idea que Desiré solo va a tener una madre que la cuide y unos abuelos que suplirán el cariño que pudiera darle su “padre”.

Les ha gustado mucho el nombre elegido, y más su significado, proveniente del latín “desiderium”, “persona querida por Dios” o

“persona deseada”.

15 de julio

Me he puesto como una vaca, he engordado más de ocho kilos y me cuesta moverme, apenas salgo de casa a dar una vuelta al parque de enfrente, siempre acompañada por mi fiel Merche, parece más una hermana que una amiga.

136

15 de agosto

No te cuento nada porque no tengo nada que contarte excepto que con esta barriga apenas puedo moverme. Las piernas se me han hinchado. Mañana Mamá me lleva para hacer una ecografía, al parecer no es nada, pero me da algo de miedo.

16 de agosto

Mamá tenía razón, no era nada la ecografía. Me han dicho que Desiré crece como debe de crecer y que todo está bien.

30 de agosto

Es una pesadez, apenas me puedo mover y todo es un aburrimiento. Menos mal que Merche viene cada tarde a verme y es como mi hora de recreo. Yo le digo que no tiene que venir todos los días, pero, afortunadamente no me hace caso. Me cuenta cosas de clase, ya perdí el curso pasado y este va a ser difícil que lo termine con mis compañeros. No puedo asistir a clase con lo gorda que estoy, además, sería como un bicho raro dentro de un zoo.

Me estoy poniendo feísima, tengo manchas en la cara.

Ayer sentí las primeras patadas, que sensación tan extraña.

137

25 de septiembre

No sé qué escribir, el día se me pasa sin salir de casa, leyendo, oyendo música y charlando un rato con Merche.

Estoy planeando hacer una llamada a DZ para que no se le olvide lo que le dije en la nota.

5 de octubre

Acabo de llamar al teléfono de DZ y no estaba en casa, cuando me han preguntado de parte de quien, he colgado. No quiero dar ninguna pista a nadie, quiero hablar directamente con él.

Me encuentro muy cansada, la barriga aumenta y el ombligo se me ha salido. Estoy como para salir a desfilas en una pasarela de moda.

10 de octubre

He vuelto a llamar a DZ y esta vez me cogió él el teléfono. Él muy cabrón dice que no tiene nada que hablar conmigo y que presente las denuncias que desee, porque no me van a creer en ningún sitio y voy a quedar como una puta. Esto me anima a llevar hasta sus últimas consecuencias un plan que dé a mi hija unos apellidos que le corresponden y en el caso de que sea verdad que su familia tiene dinero, lo que le corresponda por ello.

138

Estoy hecha un asco, tengo la piel llena de estrías. Los picores me consumen y la piel que rodea a mi barriga parece que está a punto de estallar.

5 de noviembre

Papá y Mamá están muy ilusionados con el inminente nacimiento de Desiré, parece mentira como han cambiado el trato conmigo en tan solo unos meses. No me extraña que cogieran el cabreo que cogieron, yo en su caso lo hubiese encajado peor que ellos.

25 de noviembre

Merche y yo estamos planeando poner en manos de algún abogado barato la situación con DZ y que sea él el que nos oriente, y nos diga lo que debemos hacer, pero eso será para febrero o marzo. Parece mentira como se está portando Merche, éramos amigas, buenas amigas, pero de ahí a que se preocupe de la forma en que lo está haciendo...

Por una parte, estoy deseando que llegue el momento del parto porque me encuentro fatigada, pesada, me duelen las articulaciones de las manos y luzco una barriga increíble. Pero por otra me da miedo, mucho miedo; como una cosa tan grande va a poder salir por un sitio tan pequeño.

139

22 de diciembre

Me encuentro tan fatigada que no me apetece ni escribir.

Por favor que me saquen esto de aquí. Apenas puedo conciliar el sueño y la dificultad con la que me muevo es mayúscula. Y pensar que aún me queda un mes de aguantar.

13 de enero

Llevo dos días con contracciones. Los labios se me han hinchado, no quiero mirarme al espejo, debo ser un número de circo.

Te dejo que parece que Desiré está a punto de nacer, me da la impresión que acabo de romper aguas.

—Y hasta aquí la segunda parte del diario, la segunda parte porque he querido dividir todo en tres, el enamoramiento con “su novio”, la violación y embarazo y por último el parto y sus últimos días.

La alegría que mostraban sus ojos hasta ese momento cayó al pronunciar estas palabras. Hasta aquí había vivido su concepción y su permanencia en el vientre materno, un vientre que después no conoció pero que, sin embargo, por medio de estas letras pudo vivir desde su gestación y hasta su nacimiento.

—¿Qué te ha parecido hasta aquí?

—Tengo sensaciones agrisadas, contento de conocer los sentimientos de tu madre hacia mí, y totalmente desolado por el

sufrimiento que vivió. ¿Cómo puede una persona comportarse así?

—Pues ya lo ves, por todo esto es por lo que quería leer el diario junto contigo. Imagínate como terminé la primera vez que leí todo esto, estuve dos días encerrada en mi casa de La Laguna sin salir para nada, absolutamente para nada.

—A tu madre la he querido con toda mi alma, pero desde ahora la admiro de la misma forma. Fue una mujer con carácter y por eso estás hoy tú aquí.

—Ahora viene una parte dura, con pocas inserciones, pero lo poco que hay escrito muestra dolor y rabia.

—Pues venga, comencemos con la tercera parte.

141

Capítulo XII

31 de enero

El día 14 nació Desiré. Pesó dos kilos ochocientos gramos, mi-dió cincuenta centímetros y es preciosa. El parto duró doce horas y creía que ya no aguantaba más, pero mereció la pena, es la niña más bonita del mundo entero. Hasta ahora no he podido escribirte, pero es que no tengo tiempo para nada, las tomas son cada tres horas y apenas me da tiempo a dormir un poco.

10 de febrero

Desiré sigue preciosa y yo sin fuerzas para nada. Menos mal que Mamá me ayuda mucho con la niña, incluso la abuela Alicia también pone su granito de arena, veo que ha rejuvenecido desde que se siente bisabuela.

Parece mentira, pero reconoce mi voz. Paso mucho tiempo conversando con ella. Intento crear un gran vínculo de unión para que siempre haya complicidad entre nosotras.

Merche está encantada con la niña, algunas veces me pongo ce-losa cuando me la quita de las manos para dormirla. Estoy pensando 143

en pedirle que sea madrina de Desiré, se lo ha ganado durante el embarazo y ahora también.

25 de febrero

Esta tarde pregunté a Merche si quería ser la madrina y se ha vuelto loca de contenta, estoy seguro que no se lo esperaba.

Parece que vuelvo a recuperar mi cintura, la tripa se me ha quedado fofa pero el pediatra me ha dicho que en un par de meses no se notará que he parido.

Es una bendición del cielo, mis padres y mi abuela están locos de contentos con ella. Es muy risueña, me sonrío cada vez que me escucha. Algunas veces le hablo estando escondida y me busca mo-viendo sus ojitos.

3 de marzo

Duerme más tiempo sin despertarse para nada y de esa forma descansamos las dos. Mis ojeras me llegan al suelo por falta de sueño.

14 de marzo

Hoy cumple dos meses y pienso que sería mi vida sin ella, todo ha merecido la pena por dar la vida a este maravilloso ser. Lo que se está perdiendo su padre.

144

20 de marzo

Parece mentira lo que puede influir el sueño en una persona, ahora que descanso más, comienzo a tener claro el plan a seguir con DZ. Ya le he dicho a Merche que busque algún abogado que nos informe los pasos a seguir para legalizar la paternidad de Desiré.

4 de abril

Merche localizó un abogado muy joven que acaba de montar un bufete en Santa Cruz. El próximo jueves por la tarde hemos quedado con él. Digo hemos porque Merche dice que no se perdería ir por nada en el mundo y que al ser la futura madrina de Desiré ya somos familia.

10 de abril

El abogado me ha dicho que lo podemos conseguir pero que será un pleito largo y costoso. Tenemos una prueba irrefutable que es la de paternidad pero que él puede alegar un sin fin de motivos entre los que se halla intentar conseguir un pellizco económico de su todavía por demostrar, fortuna familiar.

Su consejo es que primero usemos la vía del diálogo y si no fuese posible, la vía legal.

No me apetece llamarle de nuevo, pero no tengo otro remedio.

Merche quiere hacerlo ella, pero es algo que me corresponde a mí.

145

11 de abril

Acabo de llamar a ese indeseable y me ha cortado alegando que estaba ocupado en ese momento. Antes de que me colgara me ha dado tiempo a decirle que si el 30 de mayo no tenía respuesta suya pondría una demanda por paternidad, y que ya tenía todos los datos necesarios para hacerlo.

Cómo de un indeseable como ese ha podido salir una niña tan bonita y tan buena como esta.

Por cierto, es muy curiosa.

15 de abril

Hemos bautizado a Desiré en la capilla del Cristo de la Laguna.

La ceremonia ha sido muy bonita, cargada de emoción y vacía de invitados. Estábamos únicamente Mamá, Papá, la abuela Alicia, la abuela Lola, mi tío Jorge y Merche. Estos dos últimos han sido los padrinos.

De todos los asistentes, la más feliz era Merche. Es increíble la ilusión que la hace ser la madrina.

30 de abril

Me ha llamado DZ y me ha dicho que ahora está con la campaña de recolección de la naranja ortanique y que es imposible venir 146

para hablar conmigo, yo le he dicho que poco teníamos que hablar, pero insiste. Además, tiene ganas de conocer a la niña. Al final este cabrón va a tener algo parecido a un corazón.

Que en junio nos veríamos.

Es mucho el tiempo que falta, pero llegados a este punto, qué más da un mes que dos, lo importante es que mi hija sea reconocida como su hija y por consiguiente adquiriera todos los derechos.

No es pasión de madre, pero tengo una hija muy simpática, cuando alguien entra en su habitación, sea quien sea, le sonrío, eso sí, con la intención de que le cojan en brazos.

20 de mayo

La normalidad comienza a imperar en casa, ya cada uno sabe su roll y nos apañamos muy bien. Mamá se ha ido recuperando y hace de niñera los pocos momentos en los que me ausento del lado de mi hija. Papá también ha rejuvenecido y pasa horas viendo como duerme “su niña”. Ese título ha sido heredado de mí, hasta hace poco más de un año yo era su niña y ahora lo es mi hija.

Por cierto, ya pronuncia sus primeras palabras con sentido.

15 de junio

Estamos a 15 de junio y no ha llamado ni se ha puesto en contacto conmigo, me parece que ya he esperado demasiado y la próxima semana voy a poner la demanda de paternidad. Ya tengo el docu-147

mento a expensas de poner la firma y entregarlo en la ventanilla del Juzgado de primera Instancia de Santa Cruz de Tenerife.

19 de junio

Acaba de llamar y me ha dicho que ahora no puede reconocer a la niña, hacía dos días que a su padre le habían ingresado en un hospital y estaba en la UVI por un infarto cerebral. Se había recuperado bastante, pero los médicos le habían aconsejado tranquilidad y que se olvidara del trabajo por dos tres meses. En esa situación no podía ni venir a ver a la niña por la gran cantidad de trabajo, ni reconocer a la niña por si había alguna filtración y se enteraba su padre.

Me ofreció a cambio dinero, cosa que desprecié sin dejarle terminar la frase.

Otro palo más en la rueda.

Aun sabiendo que lo hacía mal autoricé la nueva moratoria de dos meses.

1 de agosto

Merche dice que le estoy permitiendo mucho retraso, que tenía que ser más dura con él, y estoy segura que tiene razón.

Desiré cada vez permanece más tiempo despierta y le gusta mucho jugar conmigo. Ha comenzado a gatear, creo que antes de tiempo debido a la inestimable ayuda de mi padre que siempre está detrás de ella.

148

16 de agosto

Terminó la tranquilidad en la casa, Desiré gatea a toda velocidad y como es tan curiosa no deja ningún rincón por investigar.

12 de septiembre

Me ha llamado para informarme que dentro de dos fines de semana viene a vernos. La verdad es que no me apetece verle en absoluto pero ese trago tengo que pasarle sí o sí, por lo que cuanto antes mejor.

28 de septiembre

He quedado con él en un parque que hay en Santa Cruz, ni él ni yo queríamos vernos en La Laguna.

29 de septiembre

No puedo decirte lo que he sentido al verle, pero desde que lo dejé no paro de llorar. Creía que iba a venir en son de paz y que iba a admitir todo lo que le dije por teléfono, pero no, no ha sido así.

Me ha dicho que su abogado le ha recomendado no aceptar nada y que en el caso de que volviera a ponerme en contacto con él, se vería obligado a interponer una denuncia por acoso, que tenía testi-149

gos que no había violación alguna y que yo tras insinuarme durante semanas les había propuesto una noche loca a los dos, a BU y DZ; que bajo ningún sentido hubo violencia y que todo fue una artimaña mía para cazarlos. En definitiva, que fue un embarazo buscado por mí sin contar para nada con él. Ha sido un gran shock y no he sabido reacción, me quedé inmóvil y ni tan siquiera me enteré cuando se marchó. Al oír esa cantidad de mentiras algo se me ha roto por dentro. No puedo seguir contándote más, no puedo ni escribir.

3 de noviembre

Hola, querido diario, te preguntará el motivo por el que no te he contado nada en tantos días, pero es que estuve ingresada en una clínica al parecer por una depresión aguda debido a un posible shock emocional. Si te digo la verdad apenas recuerdo nada y lo mejor es que no tengo interés, me da mucho miedo saber el motivo de lo que me indujo a estar tantos días así.

Imagínate que apenas me he acordado de mi hija.

Me han dejado salir este fin de semana a casa, pero el lunes ingreso de nuevo. Los médicos dicen que necesito tranquilidad.

4 de noviembre

Merche conocedora de mi cita esa tarde con DZ, le ha llamado para preguntarle el motivo por el que había vuelto así a mi casa y él le ha dicho que no sabía nada. Que después de tanto tiempo 150 había decidido reconocer a la niña como yo quería y que el martes se presentaría en el Hospital con el fin de firmar los papeles que fueran necesarios. Solo ha puesto una condición, que no quiere ver a nadie conocido en el hospital e inmediaciones.

Estoy muy cansada de todo esto y quiero terminarlo lo antes posible.

Querido diario, ya te contaré a la salida de la clínica.

151

Capítulo XIII

—Y estas son las últimas líneas escritas por mi madre. Según el informe forense al que he podido acceder, mi madre falleció a la una menos cuarto de la tarde del martes 7 de noviembre de 1989

por una insuficiencia cardio/respiratoria posiblemente debida a la ingesta de fármacos en el tratamiento de depresión por shock emocional. Como verás todo encaja, está claro que fue un asesinato.

—Con el diario tenemos los datos de una violación y con la carta de un asesinato y violación, disponemos del móvil y sólo falta por conocer el autor material, saber quién es DZ.

—Hemos de averiguar a quien corresponden estas siglas, es vital. Un violador y asesino anda suelto y hemos de conseguir que pague por sus delitos.

—Sabemos que yo soy KL y que Alfonso Argüeso es BU. Tenemos que tratar de averiguar cuál es el sistema de codificación que empleó tu madre. Estoy seguro que tiene que estar implícito en algún sitio, hemos de leer de nuevo el diario, o al menos su primera parte porque es allí donde comienza la codificación.

—Se me hace tarde y tengo que regresar a casa.

—¿No te vas a quedar esta noche? —preguntó con cara de extrañeza.

153

—Imposible, mañana a primera hora tengo que estar en la oficina para confirmar las fechas de apertura de las plicas de Alicante y Tenerife, nos jugamos mucho en esas dos operaciones.

—Quédate y mañana temprano te vas de aquí a la oficina. ¿Es-tás seguro de que prefieres dormir en tu cama que aquí a mi lado?

—Seguro.

Tras lo cual se colgó de mi cuello y me dijo:

—Eres fantástico. Que sepas que eres el primer hombre que me rechaza una proposición así.

—Me lo imagino, pero he de meditar en todo lo leído y comen-tado aquí hoy, y de quedarme nada de eso haría.

—Entonces que conste que te dejo marchar por “una buena causa”.

Fue un largo y duro día que aun saliendo de Toledo no acababa, mi mente daba continuamente vueltas al código de los nombres.

Notaba que estaba muy cerca del final de una historia incompleta desde hacía más de veinticinco años.

154

Capítulo XIV

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando entraba por la puerta del despacho, aun sin haberme dado tiempo a preparar el matutino café como de costumbre, sonó la melodía de mi móvil. La corazonada se cumplió, por la pantalla puede comprobar que era Desiré la que llamaba.

—Buenos días, cuanto tiempo sin hablar contigo —le dije de forma irónica.

A lo que me respondió alocadamente.

—Ya descifré el código utilizado por mi madre para los nombres.

—Yo de las dos letras sé a qué corresponde la primera.

—Eso es muy fácil, lo difícil es averiguar a que pertenece la segunda inicial. Como al parecer ya sabes, el primer carácter corresponde a la primera letra de su nombre sumándole un puesto en el abecedario. Alfonso Argüeso es BU, la B corresponde a la siguiente letra de su inicial en el abecedario. Contigo ocurre lo mismo, Jacobo Fernández, la siguiente letra a la J es la K, por eso eres KL.

—Hasta ahí deduje yo, la segunda letra es la compleja.

—Anoche cuando te fuiste comencé a leer de nuevo el diario y hubo un párrafo carente de sintonía con el resto, parecía como 155

trabalenguas sin sentido; además, mucho después hace de nuevo alusión a él. Textualmente dice: «No sé si voy a seguir mucho tiempo escribiendo sobre tus blancas hojas, pero lo que si te prometo es que no contaré ninguna mentira». «Adivina, adivinanza, tú, mi diario que eres tan listo seguro que lo adivinas: “el nombre es a la ciudad como uno al dos y el dos al uno”. ¿Lo sabes? Pues no lo cuentes a nadie». Esto confirmaba la teoría del primer carácter.

Después hablaba de “nombre es a la ciudad” por lo que el segundo carácter tenía que ser el nombre de una ciudad o un gentilicio. Me despistó un poco lo de: «como el uno al dos y el dos al uno», pero no debía ser muy complicado si lo había desarrollado una joven de dieciocho años por lo que me decanté por el nombre de una ciudad al que había que sumarle o restarle una o dos letras del abecedario.

—Sigue, por favor.

—Por lo tanto, había que hacer el trabajo, pero al revés, partíamos de Valladolid y de Madrid a lo que si sumábamos una letra del abecedario quedaba N y W, y si le restábamos una letra... nos aparecía L y U.

—¡Correcto! Entonces Alfonso/Valladolid BU y Jacobo/Madrid KL. Buenas dotes de análisis y deducción. Entonces hemos limitado los posibles asesinos de tu madre. Ahora sabemos que al ser DZ su nombre comienza por C y es originario de... Álava, Albacete, Alicante, Almería, Asturias o Ávila, o sea que...

—Que no solo hemos reducido los posibles, lo más importante es que sabemos dónde no buscar.

—Si tú lo dices —dije con ironía.

156

—Claro que lo digo, en cuanto consigas entrar en los archivos del cuartel, habrás eliminado más de un 80% de los posibles.

—¿Y cómo pretendes que entre en el cuartel y consiga los listados?

—En eso no te puedo ayudar... Ya me han impedido la entrada en dos ocasiones y, seguro que, si hubiese una tercera, los métodos con los que me harían abandonar sus instalaciones serían algo más explícitos. Tienes que sacar a la luz tus dotes detectivescas como en Valladolid y poner firmes a todo el que se te crucen en tu camino.

—Se le notaba muy excitada tras el avance en aquel misterio—. ¿A qué hora dices que nos vemos el lunes? Porque supongo que irás a Tenerife un día antes de tu visita al cabildo Insular.

—Sí, llegaré el lunes próximo a la una de la tarde por lo que dispongo del lunes por la tarde, la tarde del martes y el miércoles hasta las cuatro y media de la tarde para conseguir la información.

—Aún no he sacado los billetes, pero mi intención es aprovechar el fin de semana y los tres días que aún me quedan de vacaciones para visitar a mi abuelo y dar una vuelta a la Isla como decimos allí. Sabes que te acompañaría al fin del mundo, pero al cuartel sí que no, no puedo y sería una traba, más que una ayuda. Cuando aterrice te llamo.

—No te preocupes, te mantendré informada en todo momento.

En ese instante se escuchó a alguien pronunciar su nombre seguido de un: «vamos, te toca salir a ti». Y tras un breve silencio indicó:

—Te tengo que dejar que me están llamando desde bambalinas, soy el próximo ponente.

157

—¡Mucha suerte!

Y de esta forma concluyó la conversación con Desiré y que no entablaríamos de nuevo hasta pasados varios días.

Sus deducciones fueron acertadas y la verdad es que reducía mucho la búsqueda del violador y asesino, pero llegados a este punto, sin un listado en el que comprobar los datos de los que estuvieron haciendo el servicio militar en aquellas fechas en el Cuartel San Francisco de La Laguna no teníamos NADA; por muchas ganas e ilusión en la búsqueda de la verdad la realidad era que nos encontrábamos en un callejón sin salida...

El lunes 2 de noviembre, una vez instalado en el Hotel Silken Atlántica de Santa Cruz en la céntrica Avenida Tres de mayo, y con un montón de horas para investigar, comenzaba la que creíamos parte final de la investigación de la que tenía que salir el nombre, apellido y localidad del violador/asesino, sí o sí.

Lo primero que hice a mi salida del hotel fue tomar un taxi hasta la ciudad de La Laguna y pedir al taxista que me dejara a unos minutos de la Plaza del Cristo con el fin de poder darme un nostálgico paseo hasta el cuartel no sin antes saborear un bocata de calamares, una cerveza y un espléndido café bombón en casa Batista, el bar a donde salíamos corriendo del cuartel con el fin de comer algo distinto al rancho con el que nos “castigaban” un día sí y otro también durante mi estancia. Nada parecía haber cambiado desde entonces.

Cargado mi estómago de alimentos y mi alma de nostalgia, llegué hasta la barrera de acceso al cuartel donde, sin pensármelo dos 158

veces y con paso firme, me dirigí directo al soldado de la garita dejando, eso sí, una prudencial distancia.

Este me dio el alto y preguntó un lacónico

—Alto. ¿Qué desea?

A lo que le respondí:

—Hablar con el oficial de guardia.

Pasados unos minutos y como era de esperar, el oficial de guardia no apareció tras la valla, pero sí un cabo intentando hacer sus funciones.

Antes de que me preguntase nada solté:

—Buenos días, mi nombre es Jacobo Fernández y en este cuartel presté el servicio militar como cabo primero. Estamos preparando una gran fiesta por el treinta aniversario de la licenciatura y

como nos faltan algunos compañeros de entonces, queríamos hablar con el oficial de guardia con el fin de que nos permitiera acceder a los archivos de aquel año.

El cabo con cara de sorpresa no sabía qué hacer, no sabía cuál iba a ser la respuesta del oficial de guardia ante tan insólito hecho.

Rogándome que me quedara tras la valla de la puerta, se metió dubitativo hacia las dependencias de oficiales.

A su salida, sabedor que la noticia que me iba a trasladar no era de mi agrado, con tez seria me dijo que lo solicitara por escrito a la Web del Ministerio de Defensa,
<http://www.defensa.gob.es/portalservicios/>

y que ya esperara contestación.

El cabo esperaba que me fuera a conformar con esa “respuesta tipo” y que dándome media vuelta me retiraría por donde había 159

venido, pero no sabía de mi testarudez. Y elevando el tono de voz y vocalizando muy lentamente con el fin de captar su atención, le expuse:

—¡Cabo!, le dice al oficial de guardia que al menos debería tener la cortesía de responderme él. Mejor le va a decir que quiero hablar con él, y que no me voy a mover de aquí hasta conseguirlo.

El joven cabo no sabía cómo reaccionar, no me podía detener porque estaba tras la valla que daba acceso a la entrada de carruajes y estaba fuera de sus instalaciones, no me podía amenazar con el subfusil que llevaba en bandolera ya que mi actitud no era de agresividad o violencia, no me podía gritar porque mi forma de hablarle era pausada y educada...

Viendo que no podía y no sabía salir del apuro, marchó de nuevo hacía el interior del cuartel en busca del oficial de guardia sabiendo que la bronca que le iba a caer sería monumental.

Diez minutos tardó en salir un teniente que en tono chulesco preguntó.

—A ver, ¿qué deseas?

Y yo comprendiendo que era una guerra ya perdida, me animé en quemar todas mis naves contraatacando.

—En primer lugar, soy un civil y me dirijo a usted con educación por lo que le ruego reciprocidad, y se dirija a mí de usted.

Y en segundo lugar, no le estoy pidiendo un imposible, vamos a hacer una fiesta antiguos compañeros de reemplazo y no queremos olvidarnos de nadie por lo que solicito ver el listado de todos los componentes del cuartel en 1988.

160

Lo dije muy deprisa para que al menos escuchara todo lo que tenía que decirle y no me dejase con

la palabra en la boca. Mi intención de tocar alguna posible fibra de humanidad en su marcial corazón no vio fruto y limitándose a: «imposible acceder a los archivos, no están mecanizados», y un: «adiós, buenas tardes», me dejó cabreado por no haber sacado nada en limpio pero tranquilo por haberme dejado oír, había sacado al cabo primero Fernández Garrido de la 31 batería del RAMIX 93 que aún vivía en mí.

No me resignaba a perder esa inmejorable situación en la que me encontraba y volví a suplicar.

—Tenga en cuenta mi teniente que es por una buena causa y en poco tiempo daría con la información que necesito.

Volviéndose a mí de nuevo respondió:

—No me he debido explicar bien. La respuesta es NO. —Y

señalándome con el índice derecho la salida apuntilló: —Haga el favor de abandonar estas instalaciones militares.

La impotencia debía percibirse en mi rostro por la cara de satisfacción que puso el teniente.

Salí de las instalaciones despidiéndome exclusivamente del cabo que nada tenía que ver en esa “guerra”.

Y en el momento en el que cruzaba el arco de salida, el teniente tuvo la osadía de tocar en mi amor propio.

—Para cualquier tipo de información concerniente a este destacamento solicítelo por escrito en la página Web del Ministerio de Defensa y si tiene suerte en un par de años le contestarán. —Esto seguido de una profunda carcajada.

161

En ese momento mi enfado era mayúsculo y más por las formas que por el fondo. El tono chulesco en el modo de decir las cosas por parte de un oficial del ejército delante de unos soldaditos y un cabo, ha-ciéndose el duro de una película que no había hecho más que empezar.

Yo rumiaba mi fracaso buscando nuevas vías con las que conseguir nuestro ansiado objetivo. Eran las cinco y media de la tarde y me encontraba en un círculo vicioso del que no era capaz de sacar solución posible alguna.

En un momento de lucidez recordé que no había llamado a mi esposa después de aterrizar, y buscando en la agenda de mi móvil el número de Esperanza apareció ante mis ojos “Emilio-Camino”. En ese preciso momento sentí que la suerte estaba cambiando de bando como así fue finalmente. Emilio Sáez de la Pique, Comandante del Grupo Especial de Operaciones de Intervención Inmediata del Ejército de Tierra, compañero de peregrinación y con un montón de contactos que podían ser la solución del momento.

Sin pensarlo dos veces le llamé.

—Buenas tardes, Emilio, ¿qué tal estás?

—Muy bien, a que se debe el honor de llamarme.

—Pues siendo sincero ha sido la casualidad la que ha puesto tu número de teléfono a mi alcance en un momento de necesidad.

—Explícate mejor.

—En este momento me encuentro a la salida del antiguo cuartel en el que hice el servicio militar, y al ir a llamar a mi mujer, Esperanza, has aparecido tú.

—Me alegro que me llames, aunque haya sido por casualidad 162

—Sí, pero hay más.

—Dispara.

—Te lo cuento de forma esquematizada porque si no fuese así tardaría horas en ponerte al día.

—Te agradecería que lo resumieses, entro en una reunión en unos minutos, de hecho, ya tenía que estar dentro.

—Estoy en Tenerife investigando un posible asesinato de hace más de veinticinco años, de la madre de Desiré.

—¿De nuestra Desiré?

—Efectivamente.

—¿Todavía no has salido del charco en el que te metiste en El Camino de Santiago?

—No.

—Pues cuenta...

—Para continuar con la investigación necesito el listado de todos los que pasaron por este cuartel en 1988, estoy seguro que el asesino se encuentra entre ellos.

—Bien, ¿y que puedo hacer para ayudarte?

—No me dejan acceder a los datos en el cuartel.

—Es lógico, esa información está catalogada como materia reservada, es como la ley de protección de datos en el mundo civil.

—¿Y no hay manera de echar un vistazo de “forma no oficial”?

—No lo sé. ¿Y para cuando lo querrías? —preguntó con voz socarrona.

—Para mañana y si es posible para primera hora.

—Déjame ver qué puedo hacer,

163

—Gracias de antemano.

—Antes dime el nombre del cuartel y su ubicación exacta.

—Cuartel de Artillería San Francisco en San Cristóbal de la Laguna (Tenerife).

—Te llamo en un rato.

Al colgar comencé a encontrarme tranquilo y satisfecho, tranquilo porque ya estaba hecho todo lo posible e imposible, y satisfecho al comprobar que no todos los militares eran igual de prepotentes y estúpidos como el teniente en cuestión.

A las ocho y cuarto de la tarde recibí la ansiada llamada.

—Buenas noches, Jacobo.

—¿Son buenas? —pregunté apuntando directamente a la respuesta.

—Sí, son buenas. Pero la próxima vez que necesites algo déja-me un poco más de tiempo, no sabes lo que he tenido que remover para conseguir tu solicitud; mañana preséntate a las nueve de la mañana en el cuartel y pregunta por el Comandante Palacios, es posible que no se presente él pero seguro que te manda a alguien de cierto rango. Tienes carta blanca para mirar lo que necesites, pero no puedes sacar ningún documento de allí. De fotografías no hemos hablado. A las once te invitarán a salir. Recuerda que nada de esto es oficial, tú no has estado ni estarás mañana en ese cuartel, y esta conversación no se ha realizado.

—Eres increíble, no cesas de sorprenderme.

—Muy importante ha de ser el tema, no te imaginas la cantidad de teléfonos que he tenido que marcar.

164

—Gracias de nuevo.

—No te confundas, esto no te va a salir gratis, que sepas que me debes una comida en un buen restaurante de Madrid la próxima vez que pase por allí.

—Eso está hecho, solo has de decirme el día.

—Descuida que lo haré, y dale un beso a Desiré de mi parte.

Por cierto, resérvame también esa tarde para que puedas explicarme en que charco os habéis

metido. Tened cuidado con los juegos de detectives, os pueden explotar en las manos.

—Gracias por todo. Tanto Desiré como yo te estamos eterna-mente agradecidos.

—¡Mucha suerte! —Se despidió Emilio.

La situación había cambiado como de la noche a la mañana, no se nos había abierto una ventana en la investigación, se nos había abierto un portalón.

Esa noche me encontraba tan excitado por los hechos acontecidos minutos atrás que casi se me olvida llamar a mi mujer, con lo que eso hubiese supuesto a mi vuelta a casa.

Tras cumplir con las obligaciones familiares le tocó el turno a Desiré, pero me fue imposible, siempre saltaba el mensaje de apagado o fuera de cobertura, había olvidado que no había conseguido vuelo directo desde Bruselas hasta hoy lunes por la tarde y seguro que aún se encontraba volando.

A las diez de la noche recibí la llamada de Desiré.

—Buenas noches, acabo de aterrizar, una hora de retraso, me parece increíble... ¿Qué tal todo por aquí?

165

—No te puedes imaginar la tarde que he vivido. He conseguido el permiso para ver los archivos del cuartel.

—¡Bien! ¿Y cuándo?

—Mañana a las nueve de la mañana.

—Perfecto. Por qué no me invitas a una copa y me cuentas despacio los logros de hoy.

—No. Mañana tengo que estar muy fresco y si quedo contigo seguro que no lo estaría.

—¿Me tienes miedo?

—No, solo respeto.

—Humm.

—Cuando tengo que verte es mañana a las once y cinco en los alrededores del cuartel.

—¿Y eso?

—Mañana tengo un día complicado por la mañana, de nueve a once visitas al cuartel para sacar toda la información posible y a las doce en Santa Cruz, Agencia Portuaria del Cabildo Insular para la apertura de plicas, nos jugamos gran parte del presupuesto de mi empresa para los próximos tres años.

—Y para que me quieras “en los alrededores del Cuartel” a las once y cinco exactamente.

—Pues porque disponemos de diez minutos para pasarte la información que haya podido recoger. He pensado fotografiar con el móvil todo lo que vea interesante, por *bluetooth* lo envío al tuyo y tú tienes toda la mañana para procesarla.

—Qué bonito, para mí el trabajo pesado y para ti la gloria.

166

—Sí, más o menos es así.

—Bueno, si no quieres que nos veamos hoy... hasta mañana.

Por segunda vez has rechazado una propuesta mía, la primera vez en Toledo, la segunda en La Laguna, quizás no haya una tercera...

Y tras una sonora carcajada, un tanto forzada, colgó dándome a entender que comprendía, aunque no aceptaba de buen grado, que le hubiese cambiado sus planes nocturnos.

167

Capítulo XV

A las nueve menos cinco estaba ya en el arco de entrada al cuartel solicitando, al cabo de guardia, entrevistarme con el Comandante Palacios.

La sorpresa y satisfacción la obtuve a las nueve al presentarse ante mí el mismo Teniente que en la tarde anterior. El comienzo de nuestra conversación fue muy distinto al de horas antes, esta vez cuadrándose y saludándome perfectamente marcando los tiempos.

Con rictus serio y como si fuese la primera vez que nos veíamos, dijo:

—Su documento nacional de identidad, por favor.

Varios segundos tardó en comprobar que mis datos y los que figuraban en una hoja que había sacado de su guerrera eran los mismos, tras lo cual se dirigió a mí señalando:

—Supongo que ya sabe que tiene hasta las once para investigar lo que necesite, dispondrá de dos soldados para que le ayuden a subir y bajar las cajas que desee. La información no está mecanizada por lo que ha de comprobarla en documentos escritos con máquina de escribir y guardados en cajas, todas ellas identificadas con el año y contenido. No sé hasta dónde llegan sus amistades, pero están a un nivel muy alto. Le ruego les informe de todo lo que le he transmitido.

169

Notaba el resentimiento del Teniente, tenía que ser muy duro el plegado de velas que tuvo que practicar delante del cuerpo de guardia en pleno, el mismo que había presenciado nuestra conversación la tarde anterior.

Y acto seguido me volvió a saludar y se despidió:

—Recuerde, solo hasta las once, hora en la que comprobaré personalmente que abandona estas instalaciones militares.

Dicho lo cual aparecieron dos soldados que me escoltaron hasta el edificio central del destacamento. Y allí en el sótano, dentro de unos almacenes ponía ARCHIVOS GENERALES, entramos, yo insultante de ánimos.

Todo el interior de la nave se veía rodeada por estanterías del suelo al techo y estaban clasificadas en principio por años, luego por meses, y las cajas por órdenes del día. El olor mohecido del conjunto y el polvo de años pasados inundaban la sala, captando aún más mi atención.

Los soldados me preguntaron qué era lo que estaba buscando y el año, a lo que mi respuesta fue: «Todo lo concerniente a 1988».

Diez cajas depositaron sobre un gran tablero al que sustentaban cuatro borriquetas, haciendo de mesa de trabajo improvisada para la ocasión. Cajas grandes, difíciles de manejar y cerradas con una cuerda de esparto que mezclada con el polvo del paso del tiempo desde la última vez en que fueron abierta, si es que alguna vez se abrieron, dejaron un tono grisáceo mate sobre la mesa.

Pude comprobar partes de arrestos, órdenes del día, menús de la tropa, menús de oficiales, listados de maniobras, mapas, informes 170

de revisión de vehículos... Información intrascendente hasta alcanzar una caja algo más pequeña que las anteriores, donde figuraba

“listados de nuevas incorporaciones” separados por reemplazos: enero-88, marzo-88, mayo-88, julio-88, septiembre-88 y noviembre-88. Después de casi una hora buceando entre tantos datos por fin aparecía lo que íbamos buscando.

Ante la pérdida de nitidez de algunas hojas, fotografié cada una por duplicado. Todos los folios, amarillentos por el paso del tiempo, estaban escritos a máquina y en algunos casos empleando cintas de impresión gastadas.

Con lo que nos había costado llegar hasta allí no podíamos permitirnos el más mínimo fallo.

Esperaba encontrar más información, pero la verdad es que todo se reducía a unos veinticinco folios. Aun disponía de más de treinta minutos hasta las once por lo que me dejé llevar por una sobre dosis de nostalgia y comencé a buscar en las ordenes de ascenso de ese periodo hasta encontrar las mías, las de cabo y cabo primero.

Ni que decir tiene que también las fotografié.

A las once menos cinco, con toda la información en mi mó-

vil, ordené a los dos soldados que permanecían conmigo desde que entré, que cerrasen todas las

cajas volviéndolas a colocar donde estaban.

Y coincidiendo con la última campanada de las once de la Iglesia del Cristo, colindante con el cuartel, entró en la sala el teniente como un elefante entra en una cristalería, a la espera que no hubiese terminado mi búsqueda.

171

—Su tiempo ha terminado. Ruego abandone las dependencias militares.

La verdad es que parecíamos dos niños disputándose un balón en el recreo, pero yo me dejé llevar por la frustración de la tarde anterior y respondí con una hipócrita sonrisa.

—Le estaba esperando para que me acompañara a la salida.

La frase la encajó bastante mal.

—Son los soldados los que le acompañarán hasta la puerta...

y agradezca a sus “amistades” lo conseguido. Le repito que han de ser personas muy influyentes dentro del Ejército.

Y tras saludar de nuevo, se dio media vuelta y abandonó la Sala de Archivos.

A la salida del cuartel me esperaba Desiré, con la emoción a flor de piel y con la pregunta escrita en sus labios.

—¿Lo has conseguido?

Y con un solitario “Sí”, la hice la mujer más feliz del mundo.

Poco más de diez minutos tardamos en copiar la información de un móvil a otro y con un fugaz beso, salió corriendo hacia su casa. El trabajo era mucho y su paciencia poca.

172

Capítulo XVI

El día comenzó bien y ese fue el tono del resto de la mañana.

En la Agencia Portuaria del Cabildo Insular aceptaron la plica en la que colaborábamos mediante la UTE-Santa Bárbara, una Unión Temporal de Empresas que colaborábamos cada una en lo que en verdad somos especialista, para la ampliación del puerto deportivo de Puerto Chico, haciéndole pasar de los cuarenta amarres que disponía en la actualidad a doscientos cuarenta con una preciosa y precisa dársena. Hay días en los que todo se pone de cara y daba la impresión de que este lo iba a seguir siendo. A la apertura de la plica llegué justo en el momento de iniciar el procedimiento pese a la corta distancia que hay entre Puerto Chico y La Laguna, apenas diecisiete kilómetros.

A la comida de rigor que tuvimos los componentes de la UTE-Santa Bárbara allí presentes, se le añadieron las copas y los brindis por el logro conseguido, lo que retrasó mi vuelta a La Laguna. Eran las ocho y media cuando paraba el taxi en la dirección que me había dado Desiré, en la que era su casa y que yo recordaba vagamente de acompañar en alguna ocasión a su madre. Al salir se agolparon en mi mente cantidad de recuerdos de la zona que apenas había variado en este cuarto de siglo.

173

Apreté el botón del timbre y no había dejado de oprimirlo cuando la puerta se abrió de par en par.

—Buenas tardes. Se ha alargado bastante la reunión, ¿no?

—Sí, pero lo importante es que nos llevamos la adjudicación.

¿Has averiguado algo con toda la información que saqué del cuartel?

—He introducido en un Excel todos los registros posibles en el formato primer nombre, segundo nombre, primer apellido, segundo apellido y lugar de nacimiento.

—Por lo que veo no te has aburrido en todo este tiempo.

—Ni mucho menos.

—¿Alguna conclusión determinante?

—Sí, ahí van: por el cuartel pasaron 775 soldados durante el año 1988. De estos, los soldados con la inicial “C” en cualquiera de sus dos nombres son: veintidós Carlos, seis Cesar, tres Cristóbal, dos Carmelo, un Clemente y un Cipriano. Ahora va lo más fuerte, de los treinta y siete ninguno es natural de las seis provincias que comienzan por “A”, Álava, Albacete, Alicante, Asturias, Almería y Ávila.

—No puede ser.

—Pues con los datos obtenidos en las fotografías que me pasas-te así es. Puede que fuese de otro año o no es correcta la deducción que hicimos sobre que la segunda sigla era la inicial de la ciudad de la que era natural con una letra menos.

—Puede que fuese de algún pueblo, o población pequeña, o con un gentilicio extraño.

174

—De ser así, las probabilidades de encontrarlo son prácticamente nulas.

—Pero con Alfonso Argüeso y conmigo funcionaban esas secuencias.

—También podría ser que alguien fuese natural de un sitio y viviera en otro distinto.

—Pues si es así de nada vale todo lo hecho hasta el momento, volvemos al punto de partida en la

investigación.

—El listado obtenido de las fotos lo he filtrado de mil y una maneras, y los datos son concluyentes.

—Pues sigo pensando que el asesino es de alguna ciudad o pueblo cuya inicial comience por “A”.

—Repito que he filtrado de todas las formas. De los 775, treinta son de Alicante, veinticinco de Albacete, cinco de Álava, veintidós de Asturias, doce de Almería y tres de Ávila.

—Y estás segura de que ninguno de ellos tiene la C en la inicial de su nombre o nombres.

—Completamente segura, es más, entre la infinidad de veces que he filtrado los nombres he visto el de mi tío Francisco, por lo tanto lo debiste conocer aunque solo fuese de vista.

—Francisco... qué más.

—Francisco Ferrer Masnou.

—Su nombre no me es familiar.

—Pues llegados a este punto, creo que lo mejor es que nos vayamos a cenar, nos encontramos en un punto de inflexión que nos lleva a la nada. El trabajo de campo está hecho y su análisis lo 175 podemos hacer más adelante, incluso otro día.

—Te invito a cenar, así celebraremos que al menos nos hemos llevado la construcción del puerto.

—Sí, es lo mejor, ya tendremos tiempo de estudiar y averiguar dónde nos hemos perdido en las deducciones.

—Poco rato me quedará después de cenar, el vuelo sale a las cuatro y media de la tarde y no tengo la maleta hecha.

—Poco deberías tardar en hacer la maleta, seguro que has traí-

do una maleta pequeña de mano.

—Afirmativo, parece que me vas conociendo.

Y así fue, Desiré me llevó al lugar más típico de la Laguna, al restaurante Guaydil, a escasos 400 metros de su casa y donde además de degustar gastronomía canaria lo podíamos hacer entre obras de arte, una exposición itinerante de esculturas y cuadros. Se notaba que conocían a Desiré por el trato exquisito por parte del personal.

La cena se alargó en demasía por las copas del final que tomamos junto con el dueño del local, José Miguel, y a la salida poco o nada le costó a Desiré convencerme que la última fuese en su casa.

Sabedor de cómo terminaría la noche me dejé llevar, por lo que no me sorprendió el poco tiempo que duramos vestidos en el salón de su casa, como dice Sabina en su canción: «duramos menos que dos peces de hielo en un güisqui *on the rocks*». Todo comenzó en cuanto bajó la intensidad de la luz, puso un CD de los 80 con música melódica y se presentó con dos *Gin-Tonic*.

Literalmente, en un instante se lanzó sobre el sillón en el que yo permanecía inmóvil, aunque con una amplia sonrisa de satisfacción.

176

En ningún momento puse resistencia, pero tampoco se lo quise poner fácil, su sensualidad aumentaba en mí por momentos, pese a que no quería exteriorizarlo contribuyendo en ello la poca luz que difuminaba nuestros cuerpos.

—¿Podrás aguantar unos instantes mientras me pongo cómoda?

Sin esperar respuesta desapareció en la penumbra en la que se había convertido la estancia en los alrededores del sillón en el que nos encontrábamos.

Al poco regresó por donde había desaparecido, con zancada larga pero lenta.

En la oscuridad apenas se veían sus ojos, no así su brillo y sus largas piernas. Se presentó ante mí tras un mínimo tanga, al parecer negro, y enfundada en una camisa también negra entallada que me era familiar.

—Supongo recordarás que esta es la camisa negra con la que triunfé contigo en el hotel de Madrid.

—Como para olvidarlo. Lo que no distingo del todo bien es si llevas el mismo complemento que entonces.

Y levantándose ligeramente la camisa me mostró un diminuto tanga negro de puntillas que, si no era el mismo, lo parecía.

—Es que cuando la cosa funciona es mejor no variarlo.

Y tras esa frase se colocó sobre mí a horcajadas, con una pierna a cada lado de la caballería que en este caso era yo. Seguidamente tomo mi cabeza hacia su pecho con ambas manos e inicio un masaje que rompió mis esquemas. Por un lado, me relajaba sobremanera y por otro me excitaba en la misma medida. Me ex-177

citaban sus movimientos, su postura, su silencio y sus turgentes pechos sobre los que descansaba mi cara.

No sé cuánto tiempo duré en esa posición porque perdí la noción del tiempo, pero lo que sí recuerdo es que fue un dulce martirio y más al sumar a dicha posición mi intención de no mover las manos de los apoya-brazos del sillón.

—¿Te has dormido?

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque no te has movido un ápice desde que he vuelto.

—Es que aún no me he repuesto del shock de volverte a ver con ese modelito.

—Eso es bueno o malo.

Sin que me diese tiempo a responder, tomó mis manos colocándolas sobre los cachetes de su duro culo. En ese preciso instante comenzamos a amarnos de forma frenética como intentando recuperar el tiempo perdido. La poca ropa que nos cubría desapareció y en el mismo sillón en el que nos encontrábamos culminamos la singular batalla de besos, caricias, gritos y gemidos por parte de ambos.

Desiré terminó extenuada y tumbada boca abajo sobre mí como si no quisiera que se perdiera ni un grado del calor producido por la pasión; y yo satisfecho, con mi autoestima de “macho ibérico” por las nubes al ver a semejante cuerpo sobre mí, derrengada ante los minutos de placer a los que nos habíamos entregado.

Tiempo pasó hasta que emitimos las primeras palabras, ninguno de los dos quería romper la magia del momento.

—Estoy seca, voy a por agua, ¿quieres que te traiga?

178

—No, tengo todavía el *Gin-Tonic* sin tocar.

—Y yo, pero ahora lo que necesito es agua.

Y de un pequeño blinco se levantó y como de puntillas marchó de nuevo entre la oscuridad dirección a la cocina.

Su estilo al andar me recordaba al de las bailarinas de baile clásico cuando salen a recibir los aplausos al final de la obra, brazos estirados, cuello erguido, culo prieto... Y en este caso se marchó entre bambalinas sin recibir los aplausos que debía haberla dado ante semejante demostración de sexo.

Algo menos de diez minutos tardó en regresar, esta vez con un cambio de look; su larga melena mojada y recogida en forma de co-leta y con una camiseta blanca ceñida que realzaba, también en esta ocasión, sus formidables pechos sobre los que la gravedad no podía.

—¿Por qué no te das una ducha y después terminamos las copas juntitos en el sillón?

—Se me ha hecho demasiado tarde, debo irme al hotel.

—Es mejor que te quedes a pasar la noche aquí, y mañana a primera hora marchas para el hotel,

haces la maleta y te vas para tu casa. Seguro que allí tu mujer te estará echando de menos.

—¿A qué viene eso de mi mujer?

—Nada, perdona, no he pensado lo que decía.

—Creía que teníamos clara la relación.

—¿Qué relación?

—Vale, mejor así.

El planteamiento de pasar allí la noche era el más acertado por lo que accedí. Tomé una reconfortante ducha y una vez repuesto 179

de los sopores del sexo pasado, al entrar en el salón vi a Desiré, en el tresillo central, recostada, con las piernas encogidas sobre el y con un montón de álbumes y cajas de zapatos llenas de fotos por el suelo y en la mesita adjunta.

—Que es todo esto que me has preparado.

—Pues son gran parte de las fotos de que dispongo. Me apetece mostrártelas, ¿quieres?

—Sí, pero ¿Nos dará tiempo a verlas en lo que resta de noche?

—Por supuesto, además he incluido fotos de mi madre.

En ese momento mi sonrisa desapareció, detalle del que se dio cuenta Desiré.

—No quiero que te pongas triste, mi intención es que me conozcas un poco más.

—Pero sabes que lo nuestro no tiene futuro.

A lo que respondió tapándose tiernamente los labios con los dedos de su mano derecha.

—Solo me interesa “este” presente, y recuerda mis palabras en el pueblo de Melide: «Una habitación, un baño, dos camas y las ideas muy claras de que no haremos nada que no queramos los dos o podamos arrepentirnos después».

Y tomándose de la muñeca con su mano izquierda, me colocó muy cerca de ella, tan cerca tan cerca que su calor volvía a ser mi calor.

Entre la cantidad de fotos, cartas y postales enseñadas, aparecieron algunas de su madre, y con una naturalidad “made in” Desiré preguntó:

180

—Físicamente no nos parecemos, ¿no?

—La verdad es que no, hay que reconocer que tú eres más alta y tus rasgos no se parecen a los suyos, pero tu mirada y gestos son los mismos, los mismos que me han cautivado por dos veces con veinticinco años de diferencia.

No había terminado de pronunciar esa frase cuando ya me estaba arrepintiendo.

—No es verdad, tú únicamente te has enamorado de Raquel, lo mío son flashes del pasado.

Y fue entonces cuando me di cuenta de cuanta verdad había en esas palabras, confirmándolo las dos lágrimas que cayeron en ese preciso momento de sus ojos color miel.

La tristeza había cambiado de bando, ahora era de Desiré y aproveché ese momento de confusión para darla un largo y tierno beso que agradeció y de qué manera, mostrando una generosa y radiante sonrisa.

Todavía más juntos si cabe continuamos viendo fotos y yo escuchando comentarios de cada una de ellas. En uno de los lotes aparecieron imágenes de Merche, de la Merche que conocí y de la Merche tras el paso de los años y de los kilos de más que había ido ganando. En nada o en muy poco se parecía la persona en la que se había transformado aquella muchacha que acompañaba en ocasiones a Raquel.

—¿Y cómo fue el accidente?

—Fue un accidente de carretera muy cerca de aquí, en la autopista de la costa TF1, entre las poblaciones de Añaza y Tabaiba.

181

A mi tío Francisco le gustaba correr y a mi tía Merche también.

Recuerdo como en infinidad de veces mi abuelo les repetía que no corriesen tanto y menos cuando me llevaban con ellos, pero hacían oídos sordos. Ni las multas ni las amenazas de retirada de carnet sirvieron para que rebajara la velocidad con la que se movía y menos por la Isla. Cada vez iban a playas más lejanas del Hotel donde se alojaban cuando venían a Tenerife, (tres o cuatro veces al año) con el fin de recorrer más kilómetros a más velocidad, o al menos eso decía mi abuela. Ellos presumían que los coches que alquilaban eran los mejores coches de alquiler que había en todo canarias. Era cantado que en alguna ocasión iban a tener un susto como así fue.

En el momento del accidente no circulaban tan deprisa como en otras ocasiones, pero la casualidad se alió con un montón de circunstancias adversas y por causas todavía desconocidas, el coche se salió de la autopista volando literalmente por un espacio de diez metros, ayudado al parecer por un golpe de viento. El resultado fue el accidente más sonado de ese año en la Isla y más al conocerse por los medios de comunicación que el conductor había salvado la vida, pese a que nada se dijo del estado en el que quedó. Podríamos decir que más suerte tuvo mi tía al fallecer al instante. Francisco quedó tetrapléjico en una clínica privada de Alicante, donde vivían, con el agravante que también se seccionó las cuerdas vocales, sin posibilidad de poderse comunicar con la gente el resto de su vida.

Solo dice SÍ o NO mediante golpes de voz, dos es SÍ, uno es NO.

Pese a todo, los médicos dicen que su cabeza permanece lúcida por lo que sus ojos siguen las conversaciones.

182

—¿Y cuándo fue esto?

—Hace algo más de cuatro años. Yo estaba aún en Canadá y mi abuelo no me quiso decir nada hasta pasada la incineración, para que no viniera de forma inmediata interrumpiendo los exámenes finales.

—Y tu tío, ¿sabe la verdad?

—Por su puesto. Fue muy duro, pero los psicólogos insistieron que había que contárselo todo y así lo hicieron.

—¡Pobre hombre!

—Sí, yo le visito con cierta frecuencia cada vez que vengo a España, intento hacer escala en Alicante para estar unas horas con él. De hecho, tengo un dormitorio en su casa solo para mí y el servicio tiene órdenes de dejarme pasar y atenderme como uno más de la familia. Mi abuelo dice que al final todo será para mí, no tuvieron hijos y tampoco sobrinos, pero sus dos hermanos le persiguen como hienas y más ahora que está impedido.

—Entonces es verdad que sois como familia, tus tíos “verdaderos”.

—Desde luego. Como te dije, al fallecer mi madre, mi tía se hizo cargo de mis estudios y aunque solo la veía tres o cuatro veces al año, rara era la semana que no hablábamos por teléfono. Mi trato con mi madrina era intenso y cercano, en muchos momentos la identificaba como madre y en otros como la hermana que no tuve.

Costeó, bueno, mejor dicho, costearon mis estudios y las clases particulares. Sin embargo, el trato con mi tío siempre fue más frío, hasta el accidente casi inexistente, todo se decía y hacía a través de mi 183

tía, y si por alguna circunstancia él no estaba de acuerdo, la mirada inquisitiva de mi tía conseguía todo.

—Pues en verdad tuviste suerte con la ayuda de Merche en tu educación.

—Sí, cierto, muchas veces me he preguntado el porqué de la obligación que adquirió mi tía hacia mí y no he obtenido respuesta, no he encontrado ninguna causa más allá de ser mi madrina, que en los tiempos que corren es realmente un “título honorífico”.

Toda esta conversación iba documentada con fotos y más fotos.

—Mira esta una postal que hicieron para felicitarme la Navidad.

Y al ver dicha foto me llamó la atención que estaban unidos de la mano primero Francisco, Desiré y Merche, y bajo cada uno de ellos los nombres de Chisco, Desi y Merche. La cara del varón no era del todo desconocida, aunque los kilos de más no ayudaban con la identificación.

—Chisco, ¿qué es eso de Chisco?

—Es el nombre con el que mi tía llamaba cariñosamente a mi tío Francisco.

—¿Cómo?

—Sí, le llamaba así cuando estaban cariñosos, al parecer es típico de Levante, toda su familia le llama Chisco.

—Y dices que tu tío hizo la mili también ese año.

—Sí, además en los listados que fotografiaste estaba él, Francisco Ferrer Masnou.

—Ahora caigo, su cara me era familiar y su nombre completo también, es Chisco Ferrer.

184

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, pero con el nombre de Chisco todo encaja, el puzle parece montarse.

—¿Cómo? Estás insinuando que mi tío...

—Yo no insinúo nada, pero las piezas parecen encajar.

—¿Cómo se te puede ocurrir semejante inculpación? —preguntó con la cara desencajada, con claros visos de no estar en absoluto de acuerdo conmigo.

—Primero: Tu tío hizo la mili en 1988.

—Sí.

—¿La inicial de su nombre en este caso es C?

—Bueno, podría ser.

—Es natural de Alicante

—Sí, ¿y?

—Pues que tiene todas las papeletas para ser él. Lástima del estado en el que se encuentra, y lástima que tu tía Merche falleciera porque nos sacaría de dudas *ipso facto*. Recuerda que ella era la “otra” persona que sabía el nombre del violador y posterior asesino.

—Visto de esa forma tiene sentido, pero no es posible. Mi tía no se hubiese casado con semejante

monstruo en el caso de ser él.

—Pues yo diría que, si encaja, ese es el motivo por el que se encargaron de tu educación y te trataran de la forma que lo hicieron.

—Ahora que lo dices estoy recordando un comentario de mi abuelo referente a ellos.

—¿Cuál? ¿Dime?

185

—Pues que en varias ocasiones la llegó a decir a mi abuela que siempre creyó que Mercedes se había casado embarazada por las prisas en las que se produjo la boda, aún recuerdo sus palabras:

«casó demasiado rápido y sin apenas conocerse, por algo sería».

—Pues ese algo bien podía ser... un asesinato.

—Si no conociese a mi tío Francisco te diría ya que efectivamente él es el culpable y que hay que denunciarlo a la policía mañana mismo, pero estoy segura que esto no es verdad aun encajando todas las piezas.

—Dime porque si no, tu tía Merche se habría involucrado de esa forma en tu vida.

—Cada pregunta que me hago me dirige a él. Es como si cada ficha del dominó hiciese caer a la siguiente.

—Sí, desgraciadamente creo que dimos con el asesino de tu madre.

—Ahora me explico las caras de disconformidad de mi tío cuando hablaban de mi futuro. Él nunca me ha querido, más bien me ha debido odiar en lo más profundo de su ser al sentirse chanta-jeado en todo momento por parte de mi tía. Da la impresión que mi tía ha intentado restituir lo perdido por el asesinato de mi madre, a su manera ha estado impartiendo justicia todos estos años.

—Sí, esa es la impresión.

—Ha sido a raíz del accidente cuando mi tío se ha mostrado más cariñoso conmigo, justo cuando se ha podido sentir más vulnerable ante cualquier documento que lo pudiese inculpar.

—Las conclusiones las estás sacando tú.

186

Los ojos de Desiré no dejaban de brillar, pestañeaban a gran velocidad para no perderse ni un instante del descubrimiento más importante de su vida. Hasta hace nueve meses vivía feliz en Bruselas, dedicada a su trabajo y poco más, pero a raíz de llegar un paquete a su casa, su mundo se puso patas arriba tras conocer que su madre había sido violada y asesinada; llevaba nueve meses intentando averiguar el nombre del asesino y todo parecía indicar que lo había conseguido.

—Y cómo vamos a saber si estamos en lo cierto, habrá que refutar la historia con pruebas.

—Muy fácil, para casos como este están las pruebas de paternidad.

—Y como piensas hacerlo, no dices que esta tetrapléjico en una clínica.

—Pues ahí está la facilidad del hecho. Le tomaré muestras de saliva y pelo, y en unos días sabremos si estamos en lo cierto.

Y como si de un golpe de efecto se tratara, pasó de la hiperactividad a la hipo actividad, derrumbándose como si de un castillo de naipes se tratara. En un instante se hizo un ovillo sobre mí y comenzó a llorar con total desolación.

Aun con lágrimas en los ojos me dijo:

—No sabes la de noches sin dormir desde que llegó el paquete a mi vida. La rabia contenida, la desolación, la sensación de impotencia, de orfandad, de dolor..., y ahora que creo que ya sé el final de la historia no sé qué hacer.

—Hagas lo que hagas estará bien hecho, era tu madre y a ti te toca decidir.

187

—Sí, pero no hagamos más cábalas hasta que no me den los resultados de la prueba de paternidad.

Dicho lo cual y tras un larguísimo bostezo, tomó mi mano, me llevó hasta el dormitorio, me tumbó, y como si de una almohada se tratara, se durmió sobre mi pecho.

Yo no sabía que pensar y, además, no quería hacer más cálculos sobre los hechos descubiertos esa noche y de cómo actuar en el caso de confirmarse que Francisco Ferrer Masnou, o Chisco Ferrer como se prefiera, era el asesino de “mi Raquel”.

El sueño terminó por vencerme tras varias horas de recordar momentos vividos con Raquel y con su hija, la que pudo ser la mía y que ahora descansaba sobre mi pecho.

188

Capítulo XVII

La mañana siguiente me levanté pronto con la intención de pasarme por el hotel, hacer la maleta y llegar al aeropuerto con el tiempo suficiente como para comprar algunos regalos para mi mujer y para mis hijos.

No me había despedido de Desiré, pero la verdad es que había preferido dejarla descansar tras la movida noche anterior. Muy duro fue el averiguar quién era su presunto padre, violador y asesino de su madre. Historia más retorcida imposible, pero real como la vida misma. Muchas veces buscamos y no encontramos algo que tenemos a escasos centímetros nuestros.

Ya desde el aeropuerto la llamé, pero su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, seguro que

aún se encontraba rumian-do lo vivido aquella noche. Solo ella podía lamerse las heridas, en poco tiempo había conocido la triste realidad por tantos años escondida.

Al aterrizar en Madrid volví a intentarlo, pero siempre el mismo mensaje “apagado o fuera de cobertura”. La misma suerte sufrí en días venideros hasta que una tarde recibí un *WhatsApp* en el que decía:

«Abre tu correo que tengo mucho que contar».

189

Mi reloj marcaba las cinco y cuarto de la tarde, y pese a que tenía un sin fin de trabajo atrasado en la oficina, decidí dar por concluida la jornada laboral, y espoleado por mi curiosidad marché para mi casa con el fin de que nadie pudiese molestarme en tan particular momento.

El Correo bajo el título de: “El que nace lechón muere cochino”

decía:

Te pongo estas líneas para informarte con premura de los hechos, para no olvidarme de nada y ante la imposibilidad de articular palabra. Antes te pido perdón por no haber respondido a ninguna de las llamadas perdidas que se reflejan en la agenda de mi móvil, pero en su momento decidí tomarme unos días de absoluta desconexión del mundanal ruido y me recluí en mi casa de La Laguna con el fin de planear los siguientes movimientos de la partida de ajedrez en la que se convirtió mi vida hace una semana.

Después de lo sucedido hoy, al llegar al hotel, me he roto por dentro en mil pedazos, pero con la conciencia tranquila por la satisfacción del deber cumplido.

Como te imaginarás me encuentro en Alicante, he venido a recoger las pruebas, y esta vez no he querido quedarme en casa de mis tíos Francisco y Merche, como cada vez que paso la noche en Alicante, no me parecía correcto y menos cabiendo la posibilidad de que ocurriera lo que al final ha ocurrido.

La verdad es que al salir del laboratorio en el que encargué la prueba de paternidad anónima, (hay dos tipos, anónima y probatoria, diferenciándose en la validez legal), mi primera intención fue

destruir el informe sin leerlo, conocía lo que podía cambiar mi vida ese dato, pero no lo hice y tuve la enorme paciencia de aguantar sin abrirlo hasta llegar al hotel.

Allí, con la ceremonia que rodea a las grandes gestas, me senté frente al escritorio de la habitación y rompí lentamente el lateral izquierdo del sobre, sacando la única hoja que contenía. En ella, tras el encabezamiento con el nombre del laboratorio y la fecha, había tres columnas cuyos títulos eran:

Nº de expediente – loci – ip/Nombre del Hijo/Nombre del Presunto Padre

Y a continuación un montón de parámetros y números con un resultado final que decía:

«Combinado de 1036656».

Que no he llegado a averiguar lo que es, y a continuación en negrita: «Una probabilidad del 99,9999%».

El texto a pie de página, a modo de resumen, expresaba:

«El presente padre no es excluido como el padre biológico del niño(a) examinado(a). Basándonos en los resultados de los análisis obtenidos de los loci de ADN listado, la probabilidad de paternidad es del 99,9999%.

Informe basado en las muestras de las partes probadas cuyas identidades no pueden ser independientemente verificadas. Yo el director del laboratorio y bajo escrito, declaro que la data genética es correcta tal y como fue reportada el 22 de noviembre de 2015».

Encabezando el lado derecho estaba el número de expediente, y a continuación, en tres columnas diferenciadas con los títulos.

191

La respuesta era inapelable, no daba lugar a la más mínima duda:

Coincidencia del 99,9999%

En ese momento no supe si llorar, gritar, reír..., tantos y tantos años de hipocresía, soportando comentarios vanos sobre la muerte de mamá..., se agolpaban en mi cabeza infinidad de recuerdos; me vi bien pequeñita llevando flores al cementerio, la cara de sufrimiento perpetua de mis abuelos, las miradas frías de mi tío Francisco, la forma de acariciarme el pelo de la tía Merche con su mirada triste en el vacío...

Y una tras otra fueron cayendo las fichas de dominó quedando claras frases, situaciones y comentarios que en su momento carecían de sentido. En un instante se hizo en mí la luz y comprendí el motivo por el que mi tía Merche se casó tras un cortísimo noviazgo, como aseguraba mi abuela, supe porque cuando mi tío no se ponía de acuerdo con mi tía, esta le echaba una mirada inquisidora y el

“pobre” cedía en todo, comprendí el concepto de la palabra chantaje, sabedora Merche de la violación en un principio y asesinato después, ambos a sangre fría como ponía en su “carta de despedida”

Alfonso Argüeso. Ahora comprendo porque mi tía me colmaba de regalos constantemente, su conciencia la presionaba, lo mismo que a Francisco, ese mal nacido con el que comparto genes.

En menos de un año he pasado de ser una mujer con una infancia razonablemente feliz, a una huérfana fruto de una violación e hija de un asesino y violador. La mitad de mí está vacía y la otra mitad podrida.

¡Y pensar que de no haber sido por el cáncer terminal del cómplice de “mi padre” no hubiese sabido nada de mi pasado!

Una vez repuesta del primer shock, me cargué de fuerza y co-raje, y fui a ver a “mi padre”, a decirle lo que mi corazón sentía y avisarle que iba a poner todos los datos de que disponía en manos de la policía, para que obrasen en consecuencia.

Según me acercaba a la clínica, mis pensamientos se iban en-turbiando y nacía en mí el sentimiento de justicia, de la justicia de la Ley del Talión, aquella de: «ojo por ojo, diente por diente». Los acontecimientos iban concatenando situaciones, parecía que iba a repetirse la misma historia de veinticinco años atrás, pero en este caso cambiando los protagonistas, el que en su momento fuera el asesino, ahora, todo parecía indicar, iba a ser la víctima.

Por momentos mi lado oscuro me repetía que eso no era suficiente, tenía que saber por qué se iba hacer justicia, tenía que saber que le había traicionado su cobarde compañero de violación y encubridor de asesinato, tenía que saber que conocía quien era mi padre, tenía que saber que iba a cometer un parricidio, y que sus ojos, lo último que iban a ver eran los míos cargados de odio y rencor.

Al entrar en su habitación su mirada supo que lo que venía a continuación no le iba a gustar. Al estar paralizado de cuello para abajo sus posibilidades de salir corriendo eran nulas. Sabía que ya tenía los resultados de las pruebas de paternidad, de las que tomé muestras, arrancándole un montón de pelo con su raíz y forzándole la boca días atrás con los bastoncillos de la analítica de ADN.

Al no poder articular palabra alguna tampoco podía gritar pidiendo socorro.

Solos en la habitación mis primeras palabras fueron: «Hola, papá».

Y ese fue el detonante para centrar aún más su mirada en mí, comenzando a sudar de forma ostensible.

Puse una silla frente a él y me senté haciéndole sentir mi posición de fuerza en ese momento.

Sabedor de lo que le venía encima, la rabia contenida en sus ojos pasó a implorar misericordia, seguramente la misma que negó a mi madre durante la violación y cuando, apoyado sobre la almohada, la asfixió.

Señalando la almohada que estaba sobre la cama, le dije sin mirarle a la cara: «Hoy vas a saber lo que sintió mi madre cuando la ahogaste con su almohada, sentirás lo mismo, lástima que te quedes sin sentir una violación como la suya».

Y poniéndome de pie le musité: «Pero antes te voy a contar un par de cosas mientras disfrutas de

tus últimos minutos del mundo de los vivos».

En ese instante ya no solo sudaba como un cerdo, también lloraba sin consuelo sin el consuelo con el que mató a mi madre.

«No te puedo decir lo vacía que se quedó la casa tras el asesinato de mi madre porque yo era un bebé, pero si te puedo contar que me privaste del amor de una madre, mi abuela Kika lo suplió en la medida que pudo y supo, pero una madre es una madre. Me privaste de muchos besos, abrazos, navidades y cumpleaños, me privaste de 194

muchas alegrías y también de muchos momentos de pena que solo pueden ser aliviados por el abrazo cálido y reconfortante de unos padres. Privaste a mis abuelos de su única hija, y a sus amigos.

Condenaste al silencio a mi casa, únicamente roto por alguna que otra canción infantil.

No solamente no supiste reconocer tu error al violar a mi madre y dejarla embarazada, tuviste que rematar tu miserable acción asesinándola.

A los reos a muerte se les concede una última voluntad, pero tus vilezas y tu nulo arrepentimiento en todos estos años no te con-ceden tal privilegio. Tienes dos minutos para poner tu alma en paz con Dios, mucho más del que dispuso mi madre».

Y, en ese momento, cerró tan fuertemente sus ojos en clara sensación de pánico, que aun llorando sus párpados impedían que saliera lagrima alguna. Muerto se sentía, pero de miedo.

En el preciso instante en el que tomaba la almohada en mis manos, entraron en la habitación una enfermera y un celador con la bandeja de la comida. Al oír el ruido de la puerta, el gañan que tengo por padre, abrió sus ojos esbozando una mueca de alegría al verse salvado por la campana, pero en ese preciso momento se le rompió el corazón, como instantes más tarde reconoció el médico de guardia. La justicia divina se adelantaba a la justicia humana. Mi único consuelo es que su última mirada fue a mí, a mis ojos, en un signo claro de haber perdido el round final del combate de su vida.

No sufrió lo suficiente, pero creo que no hubiese sido suficiente ni aun viviendo tres vidas seguidas.

195

El diagnóstico de la muerte fue escueto: «infarto agudo de mio-cardio».

No derramé ni una sola lágrima, es más, noté como me qui-taba un peso de encima, sabía que se había puesto punto y final a una historia que comenzó “tan solo” veinticinco años antes, que había trastocado por completo mi vida, pero que desconocía nueve meses antes. En este tiempo había vivido y percibido una serie de sensaciones nuevas, desconocidas, de ser una niña criada por sus abuelos, a ser una mujer que asumía su orfandad, que por primera vez notaba la necesidad de un padre (que bien podías haber sido tú), pasé de ser la hija de una madre soltera a ser la hija de una víctima de violencia de género..., demasiadas cosas en un corto periodo de tiempo que han hecho

de mí una mujer rota, sin sentimientos, una mujer que presencia la muerte de su padre y ni se inmuta.

De estos nueve últimos meses solo he sacado en positivo que por fin mi madre puede descansar en la paz del Campo Santo, que sin haberla conocido me siento muy orgullosa de ella, y que he conocido al novio de mi madre, a su amor, y que ha sido hasta hoy mi compañero peregrino, mi amigo, mi valedor, mi confidente y mi amante; y digo “que hasta hoy” porque tú tienes tu familia y jamás intentaría separarte de ella, aunque ganas y fuerzas no me faltan.

Coincido como mi madre en reconocerte como el hombre que más has influido en nuestras vidas.

Y como despedida te diré... un siempre tuya para lo que quieras y desees, fuiste la primera pieza del puzle que acabo de terminar de montar.

196

Desiré

Ah, se me olvidaba contarte que, basándome en mis básicos conocimientos de Derecho, a la búsqueda en Internet y a la sangre fría en el momento del fallecimiento de ese cabrón, solicité, al médico forense de la clínica, una “muestra indubitada” de ADN, y, conmigo presente, las ha puesto en manos del Juez con todo el protocolo de las dos muestras con cadenas de custodia diferentes.

De la clínica fui directamente al Juzgado de Guardia de Alicante a presentar la denuncia de paternidad. Si todo sale como cabe esperar, está escribiéndote la heredera única y universal de Francisco Ferrer Masnou terrateniente de la zona y dueño de media docena de empresas.

En unas horas tomo el avión a Bruselas, y si no eres capaz de venir a visitarme, al menos hazme el honor de recibir una llamada tuya.

Y desde hace un par de horas heme aquí, en el despacho que tengo en la buhardilla de casa, con un montón de fotografías revueltas sobre la mesa. Unas en blanco y negro y otras en color, pero todas habiendo sufrido el deterioro natural de los años y del almacenaje en una caja de zapatos.

Es una pena la pérdida de nitidez sobre todo en las caras, pero la memoria restablece cada uno de los rostros de los allí presentes.

Ella aparece en pocas fotos, pero en todas noto como su rostro da signos de que por fin descansa en paz.

197